

A woman wearing a bright red, double-breasted trench coat with large black buttons and a matching red skirt. She is carrying a black, rectangular handbag with a gold-colored circular detail. She is walking on a paved city street with buildings and trees in the background.

**NORAH
CARTER**

*i Dime
quién
eres!*

de

Lectulandia

Carla nunca pudo imaginar que el extranjero del que se había enamorado guardaba tantos secretos. Cuando descubre que, además, no todo es legal, se le cae el mundo encima.

Pero Darío no va a dejarla tan fácilmente. Una intensa historia donde tendremos que ver si gana el amor o si triunfan los miedos y las inseguridades. ¿Quién dijo que el amor es un juego limpio?

Lectulandia

Norah Carter

¡Dime quién eres!

ePub r1.0

Titivillus 30.10.2017

Título original: *¡Dime quién eres!*
Norah Carter, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

A José Luis, el amor de mi vida
y a mi pequeño Gran Amor, Daniel.

Capítulo 1

Me llamo Carla.

Y, durante cuatro años, trabajé en una pizzería para pagarme mis estudios de Magisterio.

Nadie me puso fácil las cosas a lo largo de mi vida. Nadie me había regalado nada.

Mi madre y yo vivíamos solas. Mi infancia fue la juventud de mi madre, pues me dio a luz cuando ella contaba tan solo con dieciocho años. No sé quién era mi padre y, en casa, tanto ella como yo evitábamos hablar del tema. Como luego os contaré, lo intentó una vez, pero yo me negué a escucharla.

No sé si vivir con esa ausencia podría llamarse tragedia, pero mi madre y yo fuimos felices a nuestra manera y nunca hubo conversaciones trascendentales entre nosotras sobre mi pasado o el suyo, porque no había necesidad de que yo buscara en la vida de ella aquello que mi madre no quería recordar. Aunque, por su rostro, por su forma de expresarse y de actuar, sé que cargaba con una angustia vital que intentaba ocultar de la mejor manera posible.

Nunca le pregunté por mi padre. Nunca. Ni tampoco quise saber nada de él. ¿Para qué? Mi madre estaba sola. Quien fuese mi padre no quería responsabilizarse de mí y quizá, por esa razón y no por otra, la abandonó.

Hubo alguna vez en que Susan, una amiga de la Universidad, me preguntó por ese hombre que desapareció de la vida de mi madre, pero yo fui sincera con ella y me negué a buscar a ese padre que jamás se preocupó por mí.

—¿No has querido saber quién es?

—No, Susan. No me apetece perder el tiempo.

—Pero quizá ese hombre...

—Ya está bien. Ese hombre no es nadie. No me gusta que seas así de morbosa. Ese hombre no significa nada en mi vida ni en la de mi madre, ¿me oyes?

—Piensa que a lo mejor ese hombre está muerto, Carla.

—Si está muerto, mejor para mí y para mi madre.

Me dolió comportarme así con ella, porque Susan fue una persona muy importante en mi vida. Me ayudó con algunas asignaturas que me resultaban difíciles y fue con quien compartí un pequeño estudio mis años de carrera universitaria.

Ahora que me he decidido a escribir sobre mi vida, no tengo claro por dónde empezar y, si en algún momento como ahora, parezco caótica, se debe al temor y al daño que me produce expresar mis propios sentimientos.

Los primeros recuerdos que me vienen a la cabeza son precisamente los que acabo de enumerar: mi trabajo en la pizzería, mi madre, Susan y, aunque no lo quiera reconocer, la ausencia de mi padre también es un recuerdo que forma parte de mi

existencia hasta hoy.

Mi madre trabajaba limpiando escaleras y viviendas. Después de Susan, mi madre era mi mejor confidente, esa mujer que había sufrido la pobreza y la marginación. Y ya explicaré después porque escribo estas palabras tan duras.

Vivíamos en Cádiz, cerca de la Plaza de Mina, y fue esa mujer la que consiguió que a mi infancia no le faltase de nada. Y aunque yo, según crecía, iba reconociendo la escasez que sufríamos, ella trataba de ocultar esa carestía con cariño.

—¿Cómo te ha ido en la escuela, Carla?

—Como siempre. Estoy harta de Julián.

—¿Por qué?

—Siempre nos castigan por su culpa y yo no he hecho nada.

—Pagáis justos por pecadores, ¿a que sí?

—Eso es lo que pasa. Ha soltado una bomba fétida en clase y todos hemos empezado a reírnos.

Esas conversaciones triviales y desenfadadas eran las que se repetían todos los días en aquella humilde casa que alquilamos. Creo que la pobreza y la carencia de recursos van asociados a la sencillez de estos encuentros que ella y yo manteníamos cada vez que nos dábamos cuenta de que el silencio se iba a apoderar de aquel hogar.

Porque, detrás del silencio, no solo estaba la pobreza, sino también la ausencia de mi padre, y ninguna de las dos queríamos eso en casa.

Como era una chica despierta e inteligente para los estudios, pasaba los veranos dando clase a los niños del barrio que habían suspendido y así me sacaba un dinero extra para ayudar en casa. Al principio, los padres eran reticentes a que yo impartiera clases a sus hijos porque era la hija de Esther, pero como cobraba muy barato, enseguida tuve muchos alumnos.

¿Por qué eran reticentes aquellos padres? Porque estábamos marcadas. Mi madre por ser madre soltera a los dieciocho años y yo por ser una hija que no tenía padre. Pensaba que algunos de esos prejuicios sociales se habían superado, pero no era así.

Al principio, mi madre no quería aceptar lo poco que ganaba con esas clases, pero en algunas ocasiones sí que lo hizo; eso significaba que ese mes las cosas estaban feas, muy feas.

Mi madre era una mujer que había nacido para no molestar a nadie y en eso tiene que ver mucho la palabra «marginación» que dije antes. El hecho de ser madre soltera con tan solo dieciocho años hizo que se separara del mundo y el mundo se separó de ella.

Muchas de sus amigas de la infancia le dieron de lado y gran parte de nuestra familia vio en mi madre una especie de fracaso de toda su estirpe. Mis abuelos murieron pronto, pero antes de morir, hicieron todo lo posible para que mi madre no sintiera ese aislamiento al que la habían sometido.

Los ojos de mi madre eran ojos tristes, llenos de nostalgia, de esa tristeza que no desaparece jamás y que lentamente va cambiando el rostro hasta convertirlo en una

máscara que oculta una verdad, un misterio, una pena. Muchas veces, siendo una niña, le preguntaba a mi madre por qué estaba tan triste, pero ella no sabía qué contestar. Intentaba cambiar de tema rápidamente. Era muy avispada para ese tipo de estrategias.

—¿Qué te pasa, mamá?

—A mí, nada. ¿Por qué me lo preguntas tantas veces?

—Porque veo que estás triste. Siempre estás triste.

—No confundas la tristeza con la prudencia, Carla.

—Entonces, ¿no te pasa nada?

—No. No me pasa nada. Me gusta pensar en mis cosas. —Fingía ella con dulzura.

—Pues yo te veo triste, muy triste.

—No seas pesada. Anda, cuéntame algo sobre ti. —El volumen de su voz aumentaba en ese instante.

—¿Qué quieres que te cuente? —preguntaba yo, extrañada.

—¿Hay algún chico en el colegio que te guste?

—Mamá, no voy a hablar contigo de esas cosas —decía yo, con aire soberbio.

—No te fíes de los chicos que van de buenos. Te engañarán —repetía la misma frase continuamente, cada vez que intentábamos hablar de cosas serias.

«No te fíes de los chicos», parecía encerrar lo que había sido uno de los mayores errores de su vida, aunque, pensándolo bien, si su embarazo hubiera sido un error, ahora yo no estaría aquí, relatando esta historia.

Los años pasaron y yo crecí y, por suerte, fui esa chica responsable que mi madre necesitaba a su lado. Y llegó el momento de marcharme a la Universidad y de probarme a mí misma, viviendo sola. Recuerdo aquella tarde en la que mi madre y yo preparábamos la maleta.

En unos minutos, pasaría Susan con su padre para llevarnos a nuestro piso.

—Te voy a echar de menos, Carla. ¿Lo sabes, no?

—Y yo también, pero debo hacerlo.

—Claro que debes hacerlo. No hagas como hizo tu madre.

—No digas eso. Sabes que no me gusta que digas ese tipo de cosas.

—Siento que renuncié a un futuro mejor. Podía haberte dado otra vida. No paro de castigarme por ello.

—Deja de decir estupideces. No he podido tener mejor madre que tú, ¿me oyes?

—Pero...

—No hay peros, mamá —dije, con lágrimas en los ojos.

—Tendría que haber luchado más. Por ti, sobre todo.

—Me tuviste con dieciocho años. Los abuelos eran humildes y tú te has entregado en cuerpo y alma a mí —solté, con la voz quebrada.

—Eres lo único que tengo, y ahora te vas.

La miré fijamente a sus ojos de gata y no pude evitar emocionarme.

—Estoy muy cerca. Vendré todos los fines de semana.

—No sé si podré ayudarte con el alquiler, Carla.

—Por eso no te preocupes. Tengo dinero ahorrado de las clases particulares, además, conseguiré un trabajo. Sé apañármelas sola.

—¿Qué trabajo crees que tendrás?

—En la Universidad siempre salen trabajos a media jornada en cafeterías y restaurantes. De verdad, no te preocupes por mí.

—Estoy muy orgullosa de todo lo que has hecho a lo largo de todos estos años.

—Todo lo que he logrado te lo debo a ti. Pero esto solo ha sido el principio. Me queda mucho camino por recorrer y necesito tu apoyo.

Por primera vez, pude ver que sus ojos emitían un rayo de luz. Sé que yo era una proyección de ella. Mi madre quería que yo fuese aquello que ella no logró ser. Y, aunque es triste, en aquella conversación estaba oculto ese mensaje.

—Además, la que está orgullosa soy yo. Tengo a la mejor madre del mundo. Gracias a tu esfuerzo, podré estudiar Magisterio, que es mi sueño.

—Sé la ilusión que te hace y sé que lo aprobarás todo.

Y así fue. Saqué las mejores notas de mi promoción, porque mi madre me inculcó los valores del esfuerzo y del trabajo. Yo había sido de esas niñas ejemplares que todos los padres desean. Ahora sabía que la vida iba a ser otra cosa una vez que había acabado en la Universidad. Pero no sabía lo rápido que podía cambiar todo en esa vida.

Saqué las asignaturas de cada curso con unas calificaciones estupendas. Susan, además, me ayudaba en aquellas donde yo tenía más dificultades. El trabajo, las clases y el estudio no me dejaban demasiado tiempo para salir de fiesta o para tener relaciones con chicos.

En eso, mi amiga me llevaba la delantera. Cuando llegaba el viernes, yo tenía muchas ganas de volver a casa y ver a mi madre, que se quedaba sola toda la semana. Susan aprovechaba muchas veces para quedarse en el piso y montar sus particulares juergas.

Jamás vi a mi madre con ningún hombre.

Rara vez la vi hablar con vecinos o amigas. Si mi madre tuviera que nacer de nuevo, su nombre no sería Esther, sino Soledad. Resulta duro decirlo, pero yo a veces me sentía culpable por haber nacido.

Parece que mi nacimiento fue la fractura definitiva de su vida, como si se avergonzara de sí misma, y esa sensación, según iba creciendo, me angustiaba. Una mañana de sábado, mientras tomábamos café en la cocina, mi madre inició una conversación que nunca había intentado mantener conmigo antes. Seguramente no lo había hecho porque todavía era una cría y no iba a ser capaz de entender muchas cosas.

—Nunca me has preguntado por tu padre.

—Eso no viene a cuento, mamá —dije yo, molesta.

—No digas tonterías. Tenía que decírtelo.

Llevo años queriéndote explicar algo.

—No tienes que explicarme nada.

—Por favor, te noto tirante, escúchame —dijo ella con el corazón encogido.

—No quiero oír nada de ese hombre. Te dejó sola. Con eso me basta —respondí con un tono hiriente.

—No te pongas así, pero deberías saber algunas cosas. Me da miedo que...

—¿Qué te da miedo? ¿Que la gente me pregunte quién es mi padre o dónde está? Sé defenderme sola.

—No me refería a eso. Me refiero a ti. Tengo miedo de que pienses cosas malas sobre mí.

—Pero, ¿qué cosas malas voy a pensar sobre ti? —pregunté extrañada.

—No quiero que pienses que oculto algo porque no he querido hablarte nunca de tu padre.

—No voy a pensar nada malo de una persona que me dio la vida y que, con sudor y sangre, ha hecho todo lo posible por sacarme adelante.

—Pero debes saber que tu padre y yo éramos muy jóvenes, Carla.

—Mamá, no sigas, por favor.

Estaba sintiéndome incómoda. No quería que me hablara de mi padre, de un ser despreciable que no solo había dejado tirada a mi madre, sino también a mí, a su propia hija.

—¿Erais muy jóvenes? ¿Y qué? Fuiste tú la que me cuidó y la que lo sigue haciendo.

—No sabíamos las consecuencias —dijo ella con lágrimas en los ojos.

—No quiero que me digas nada. Si sigues, me marcharé —dije enfadada.

—Siento la necesidad de contarte lo que pasó con tu padre, Carla.

—No quiero —repetí levantándome.

—¿Por qué? Solamente quiero conversar contigo. No quiero que te enfades conmigo.

—Pues lo estás consiguiendo, ¿sabes? Lo que tengo que saber ya lo sé.

—¿Cómo dices? —preguntó con voz temblorosa.

La luz de la mañana no se reflejaba en sus ojos. Mi madre parecía herida de muerte.

—Lo que tengo que saber es nada. Eso es lo que sé y lo que sabré siempre. Nada —sentenció y me fui de la cocina.

—Pero hija, escúchame...

—No voy a escucharte. Para ese tipo de cosas no voy a escucharte.

Por alguna extraña razón, mi madre quería confesarse conmigo; quería sacar de su interior alguna clase de desafección hacia sí misma y hacia el mundo.

Ya no volveríamos a tener una conversación como aquella.

A Susan se lo comenté varias veces durante nuestra estancia en la Universidad y ella entendía que yo estuviera enfadada con un ser que había despreciado de esa

manera no solo a mi madre, sino también a mí, pero lo que no entendía era que no quisiera saber nada de ese hombre.

Una tarde que estudiábamos Psicología en la biblioteca, salió a colación la figura de mi padre, pues mi amiga se había enfadado con el suyo a propósito de un coche nuevo que este le había prometido y ahora no se lo iba a comprar.

—Que se joda. No sabe lo que se pierde, Carla.

—¿Qué se joda? ¿A qué te refieres? —Solía responder con la misma pregunta siempre.

—No te hagas la tonta. Sabes lo que digo. Cualquier padre querría tenerte como hija, cualquier padre. Que se joda. Se merece que no le vayan bien las cosas. —Susan parecía dolida al decir eso.

—No quiero pensarlo.

—¿Nunca has sentido curiosidad? —preguntó con intención de saber.

—Alguna vez mi madre ha querido contarme algunos detalles de su relación, pero yo me negué.

—Tía, cómo te pasas. Si la mujer quería contártelo, sería por algo —dijo ella con un tono gracioso.

—Ese hombre no importa en mi vida. No lo he necesitado para nada.

—¿Crees que tu madre tiene remordimientos sobre algo?

—Mi madre ha estado toda la vida puteada. Ha estado sola. Esa es la palabra. Mis abuelos ayudaron en lo que pudieron, pero toda mi familia nos ha dado de lado. Ha sido ella la que me sacó adelante como mejor pudo.

—Es muy duro lo que me estás contando.

Susan alucinaba mientras yo intervenía con vehemencia a cada uno de sus comentarios.

—Así es. Ha estado muy sola. Es una mujer joven y guapa, pero no conozco a nadie que haya querido salir con ella. La gente nos ha mirado mal siempre.

—Quizá estás siendo muy injusta contigo misma —dijo Susan, con intención de aliviarme—. No. No estoy siendo injusta. Es lo que he sentido. Mi madre ha estado marcada.

—¿Marcada? Carla, no sé de qué hablas exactamente.

—Hay mucha gente del barrio y de nuestra familia que consideran que su embarazo con diecisiete años fue una clase de maldición. Como si mi madre o yo estuviésemos afectados por alguna enfermedad contagiosa.

—No doy crédito a lo que me estás contando.

—¿No te has dado cuenta de que tengo pocos amigos y amigas? No ha sido por mi culpa, sino porque llevo la marca en la frente. Soy la hija de Esther, la muchacha que folló con dieciséis años y se quedó embarazada. Adiós juventud, adiós futuro.

—Sigo diciendo que estás siendo injusta contigo misma —insistía Susan.

Hubo un silencio entre nosotras. Me relajaba contarle todos estos sentimientos a mi amiga, que era una de las personas más valiosas que tenía en este mundo, pero me

dolía hacerlo porque, en el fondo, me sentía mal, muy mal.

—Tú tampoco has sido una muchacha muy abierta en el instituto.

—Fui lo que me dejaron ser, Susan. Mi madre trabajaba y sigue trabajando a todas horas. Estábamos solas. No podía permitirme los lujos de muchas de vosotras. Tú, Susan, has sido de las pocas personas que han visto en mí lo que otras no han podido ver, ni siquiera mis familiares, ¿me oyes?

—Ya. Y sabes que estoy muy orgullosa de ser tu amiga, Carla.

—Lo sé, pero no pude llevar la vida que llevabais muchas de vosotras. No he tenido vacaciones, no podía irme a comprar trapitos a ZARA o a Stradivarius. Y ese tipo de cosas me han afectado y te van apartando de la manada.

—No sabía que te sentías así. Es cierto que nunca me has hablado de tu padre. Pero no sabía que, detrás de ese ocultamiento, sentías lo que me estás contando ahora mismo.

Susan estaba bastante impresionada por mi testimonio.

—Ya somos mayores y no debes asustarte de estas cosas, pero es cierto que no lo he tenido, ni lo tengo fácil —dije yo, un tanto compungida.

—¿Pero vais mal de dinero? Mis padres pueden ayudarte.

—No voy mal porque trabajo en la pizzería y con las clases particulares durante el verano voy sacándome un dinero, pero te repito que no es fácil.

—No sé qué decir. Estoy consternada, Carla. Eres como esa hermana que nunca tuve. Y mis padres te consideran una hija.

—Y lo agradezco mucho, pero no ha sido lo normal en mi vida. Mi madre y yo hemos vivido señaladas.

—¿Pues sabes qué te digo?

—¿Qué? —pregunté con un tono alegre, pues ya sabía cuál iba a ser la respuesta de Susan.

—Que se jodan. ¿Me oyes? Que se jodan. Y tu padre, también.

—Estás como una puta cabra.

—Y te quiero mucho, Carla. Eres mi hermanita —dijo con voz infantil y nos fundimos en un largo abrazo.

Quizá fue de las conversaciones más serias que tuvimos a lo largo de esos años en la Universidad. Cuando terminamos la carrera, comenzó el estudio de las Oposiciones y llegaron nuevos problemas a nuestra vida; hombres. Ya no se trataba de los ligues de una noche que pudimos tener en la Universidad, especialmente, durante las fiestas de la Facultad o durante las fiestas de primavera. No. Me refiero a noviazgos con hombres que pensábamos que serían nuestros príncipes azules para el resto de nuestras vidas. Susan tuvo la misma mala suerte que yo durante ese tiempo. Sacamos las Oposiciones a la primera, lo que fue una bendición, pues ya teníamos trabajo y podíamos ejercer de aquello que más nos gustaba: educar a niños pequeños.

Pero los hombres, conforme llegaban a nuestra vida, desaparecían, porque no los aguantábamos. Susan salió con un tal Robert que la llevó de cabeza. Un controlador

de mucho cuidado. El tipo, que no levantaba un metro del suelo, se creía un macho alfa y le hizo sufrir mucho. Una tarde la encerré en casa, aprovechando que mi madre había salido a hacer unas compras, y le dejé las cosas claras. O Robert o yo. Ese rufián no tenía ningún derecho a tratarla como la estaba tratando.

—Mis padres no me hablan, Carla. Y ahora tú me vienes con las mismas —dijo ella con el ánimo encogido.

—¿No te das cuenta de lo que te está haciendo? Ese tío es un maltratador psicológico de mucho cuidado. Y pronto te pondrá la mano encima —dije yo, airada.

—En el fondo, lo que sucede es que no lo conocéis —decía ella, resignada.

—No me jodas, Susan. Mándalo a la mierda. Controla tus entradas y salidas, te espera siempre en la puerta del colegio para saber quién te acompaña al trabajo. Revisa tu móvil cada noche. Tengo ojos en las cara. Ya ni te maquillas ni te pones esos *wonderbra* que te elevaban las tetas. Antes de conocer a ese tío, eras un espectáculo de tía —argumenté yo con tono firme y sin dejar de mirarla a los ojos.

—Tienes razón. No te falta razón, pero él me quiere —contestaba retraída.

—¿Pero es que te has vuelto gilipollas de repente?

—No es eso. —Mi amiga sollozaba después de cada intervención.

—Que salga de tu vida. Que salga ya.

—¡¡Está bien!! Tengo miedo de que me haga algo —confesó rota de dolor.

Fue uno de los momentos más crudos que pasé al lado de Susan. ¿Cómo era posible que un pingajo como aquel le estuviera amargando de esa manera? Al final consiguió deshacerse de Robert, no sin antes amenazarle de que iba a ir a la policía a denunciarlo por acosador. Parece que aquella decidida acción de mi amiga forzó a que no supiéramos nada más de aquel gilipollas.

Con Sergio no me pasó lo mismo que a Susan. Estuvimos saliendo un año y parecía un ser excepcional. Lo conocí en una discoteca un verano que Susan y yo pasamos un fin de semana en Málaga, pero luego resultó ser un embaucador. Derrotada, le conté a mi madre una mañana de sábado, que había roto con Sergio. Susan ya lo sabía y tenía todo su apoyo.

—Es un gilipollas.

—¿Por qué? Se te veía muy feliz con él.

—Mamá, ha vuelto con su ex. Seguramente yo era poco para él.

—No digas eso, mi niña. ¿Y ha sido así, de repente?

—Lo notaba raro esta última semana. Me mandó hace dos noches un mensaje a mi móvil. El cabrón cortó conmigo por teléfono. ¡Vaya un cobarde!

—Es menester ser malnacido. —El tono de mi madre sonaba severo.

—No importa. Tampoco era un hombre del que estuviera colada, pero lo pasábamos bien juntos.

—No te puedes fiar de ningún hombre.

Aquellas palabras sonaron a sentencia, como si ella se hubiera puesto en mi lugar por un momento. Volvía a esa misma frase que más de una vez le había escuchado

repetir. «No te fíes».

Capítulo 2

Estaba feliz.

El haber podido conseguir un puesto de trabajo en un colegio cerca de mi casa me facilitaba mucho las cosas. Además contaba con plaza fija, así que decidí seguir viviendo con mi madre y ayudarla en todo lo posible con ese sueldo que nos entraba de golpe en la casa y nos aliviaba muchísimo.

Era como si nos hubiese tocado la lotería. Jamás pensamos en que algo así nos iba a suceder. Para muchos, un sueldo de profesora era algo poco relevante, incluso insignificante, pero, para una madre y una hija, que habíamos vivido en la escasez —no en la necesidad, porque mi madre se encargó de que nunca me faltara de nada—, un sueldo de funcionaria era una bendición del cielo.

Es triste escribirlo aquí, pero habíamos aprendido a vivir con tan poco... Ahora íbamos más desahogadas. Ella intentaba no tocar mucho dinero de mi sueldo ya que decía que eso era para mi futuro, pero yo nunca había tenido futuro. Yo había sobrevivido y, para los que sobrevivimos, no existe el futuro.

Yo hacía caso omiso a mi madre y me metía en el supermercado y hacía grandes compras de comida para que no nos faltase ningún capricho. Además, siempre que podía, le compraba algo de ropa moderna para que luciera el tipazo que tenía y dejara de ponerse esos vestidos grises y tristes que parecía que iba de luto. Mi madre todavía podía brillar, todavía podía volver a enamorarse.

—¡Estás loca, hija! ¡Yo no voy a ponerme eso! —gritaba cuando le enseñaba los vestidos.

—Los lleva todo el mundo. Es hora de que empieces a tirar a la basura esos trapos que llevas. No valen ni para limpiar el polvo. Ahora no tienes necesidad de vestir así —decía yo, con voz enérgica.

—Pero hija, me duele mucho que te gastes el dinero de esta manera.

—Mamá, hago lo que hace todo el mundo. No hay nada deshonesto en nada de esto. Tienes dinero, te lo gastas. Tengo que cambiarte todo el vestuario, eres una mujer joven, a ver si te das cuenta de una vez.

—Estoy bloqueada —decía ella con voz infantil.

—Yo estoy harta de ir con la cabeza agachada. Es hora de mirar al frente, mamá, ahora tenemos futuro.

—¿Qué futuro tengo yo?

—El que no has vivido años atrás, y no hagas que me enfade.

—Está bien. Me vestiré como dices, pero me voy a ver muy rara.

Estas discusiones se repitieron al principio, pero luego mi madre fue aceptando que éramos otras mujeres y que la vida, por primera vez, nos sonreía.

Llevaba ya dos años instalada en el colegio. Con veintiséis años tenía mi plaza y

ahora tenía veintisiete para veintiocho. Mi trabajo me gustaba. No era fácil atender a más de veinte niños hora tras hora. A veces tenía que tomarme una pastilla para el dolor de cabeza. Había momentos en que no daba abasto. Luego me fui relajando, programaba mejor cada una de mis actividades y talleres, y los niños parecían otros.

Se aprende de los errores. Estaba claro que había elegido lo que me gustaba y era ilusionante saber que toda la vida me iba a dedicar a este trabajo de ayudar a que los niños se socializaran y de que fuesen aprendiendo poco a poco conceptos básicos que le serían muy útiles en el futuro. A Susan, que había sacado plaza y trabajaba también en Cádiz, pero en otro colegio, se lo comentaba muchas veces, pero a Susan no le gustaba hablar de nuestra labor pedagógica.

—No seas cansina. A mí también me gusta mi trabajo, pero no estoy todo el día contando a los cuatro vientos lo importante que es el arte de educar.

—Te pasas un huevo conmigo. Me quitas toda la ilusión. Solo quiero expresar lo que siento.

—Pero te pones muy pesada. Yo quiero hablar de otro tema. —Y de repente ponía una tono de suspense.

—¿De qué quieres hablar? Venga, a que no lo advino —añadía yo, con tono burlón.

—De hombres. —Y abría la boca como si fuera una ballena.

—Venga ya, no seas boba. De ese tema, mejor callarse, porque a las dos nos ha ido como el culo, así que prefiero hablar de mi trabajo —comentaba yo con tono serio.

Disfrutaba con lo que hacía, amaba mi profesión y me sentía muy bien protegiendo y enseñando a mis alumnos.

Ese año había entrado un pequeñín que tenía mi corazón ganado. Se llamaba Mateo, era de lo más gracioso y siempre se me quedaba mirando embobado. Cuando se despedía de mí, lo hacía dándome un fuerte abrazo y su abuela, que era la que siempre lo recogía, me guiñaba el ojo.

Después de despedirse de mí de esa manera tan efusiva, el pequeño se iba hacia ella y le daba un abrazo y se marchaban mirándome desde lejos, hasta que me perdían de vista. A mí me hacía mucha gracia y le tenía especial cariño.

Una mañana se puso malito, empezó a vomitar y a coger temperatura corporal. No me asusté. Suele pasar con frecuencia cuando son tan pequeños. Llamé por teléfono a su padre, ya que era el que aparecía en los datos de Mateo. No lo conocía, pues siempre venía a por él la abuela y pensé que era porque sus padres estaban trabajando.

Le comuniqué que el pequeño se encontraba mal y era importante que viniesen a por él para llevarlo al pediatra. Me comentó que en veinte minutos estaría en el colegio.

Un rato después estaba tocando a la puerta para recogerlo. Cuando la abrí y lo vi; me quedé impresionada por lo atractivo y guapo que era. Sus ojos rasgados y aquellas

facciones armónicas me encandilaron. Estaba hipnotizada por el brillo de sus ojos, por su altura y por aquella pose de galán que me recordaba a algunas películas románticas que había visto cuando era pequeña.

—Buenos días, soy Carla, su profesora —dije, mientras le daba la mano y con la otra aguantaba al pequeño.

—Hola, encantada, me llamo Darío —dijo, con una preciosa sonrisa en los labios.

—El pequeño se encuentra mal, está decaído y ha vomitado dos veces, le he puesto el termómetro y tiene treinta y ocho de fiebre.

—Ahora lo llevaré a urgencias, he avisado en el trabajo de que ya no vuelvo, así que me dedicaré a cuidarlo hasta que se ponga bueno, ¿verdad? —decía, mientras cogía a su hijo en brazos y se lo comía a besos.

—Bueno, Mateo, dame un fuerte abrazo que no te voy a ver en los próximos días hasta que te recuperes, ¿me vas a echar de menos? —pregunté mientras se lo arrebatava a su padre de los brazos para darle un achuchón de los que a él tanto le gustaban.

—Seguro que te va a echar de menos. Después de conocerte comprendo porque a Mateo le caes tan bien, eres muy simpática. Perdona, te estoy tuteando —decía mientras le guiñaba el ojo al pequeño y le hacía cosquillas en la barriga.

—No pasa nada. No me hable de usted que me salen arrugas de repente —respondí, sonriendo.

—No. No podemos estropear esa cara —contestó de forma cortés.

—Gracias por el cumplido.

El pequeño sonreía a duras penas aun encontrándose mal; siempre tan risueño y en esos momentos verlo tan decaído me partía el alma.

—Bueno, pequeñajo, esta noche con los mimos de papá y mamá te recuperarás enseguida.

—Pues sí, mamá lo mimará desde el cielo, aquí lo cuidaremos entre la abuela y yo.

Me quedé muerta, no me imaginaba que Mateo no tuviese mamá. Parecía como si la vida y el destino me lo hubiesen hecho comprender ya que tenía una afinidad muy grande con aquella criatura. Casi no pude ni contestar, solo me limité a decir que no lo sabía y lo sentía.

—No sabía nada. Lo siento. Es una noticia terrible. Lo tendré en cuenta para mis actividades —dije yo aún sobrecogida.

—No te preocupes, cosas de la vida, murió mientras daba a luz. De esto hace ya tres años. Bueno, en unos días te vuelvo a traer a este petardo.

—Vale. Que se mejore prontísimo.

Me quedé esa mañana muy tocada con lo que me acababa de enterar sobre el pequeño. El padre me causó una sensación entrañable. Parecía una buena persona. Me imaginaba lo duro que había sido para él sacar a Mateo adelante; menos mal que se veía que la abuela tenía un papel muy importante en sus vidas. Era la que lo traía y

recogía todos los días.

De alguna forma me sentía identificada con Darío y con su hijo. Yo había crecido sin un padre y, aunque las circunstancias aquí eran diferentes, el sentimiento de orfandad no solo pertenece a los hijos, sino también a sus progenitores. Mateo era huérfano de madre, pero también lo era Darío al verse de repente sin una mujer a su lado con la que educar a ese pequeño.

A mediodía quedé con mi amiga Susan para comer.

—¡Te vas a quedar muerta! —grité mientras cruzaba la calle para montarme en su coche.

—¿Te has tirado a alguien a la hora del recreo, en los lavabos?

—No, pero no me hubiera importado —dije, mientras me montaba en el coche y la miraba muerta de risa.

—Escupe... —dijo en tono amenazante, ante mi risa nerviosa.

—¿Recuerdas el pequeño del que tanto te hablé, el niño que se llama Mateo?

—Sí, ¿qué ha pasado? —preguntó sin entender nada.

—Hoy se puso malito... —¿Y te ríes por eso?

—Calla, loca, déjame terminar, que tuve que llamar al padre y cuando abrí la puerta para que recogiese a Mateo por poco me da un infarto, parecía George Clooney con veinte años menos, me quedé súper impactada.

—¡Lo que me faltaba! ¿No te irás a cargar un matrimonio, verdad? —preguntó muerta de risa.

—Tía, pero luego me ha dado una pena tremenda por Mateo. Su mamá murió en el parto —dije ya en tono serio.

—Vaya...

—Es muy fuerte, hice un comentario sobre ella y ahí fue cuando él me lo contó.

—Bueno, al menos sé que no te vas a cargar ningún matrimonio —dijo, guiñando un ojo.

—No te imaginas lo guapo que es, voy a mirar si tiene Facebook, al menos me sé su nombre y su primer apellido. El hombre ha sido muy educado y amable conmigo, incluso me ha lanzado un piropo —dije, sonriendo maléficamente, con el buscador ya abierto.

—Se nota que te ha dado fuerte —reía, negando con la cabeza.

—Tía, está aquí, vaya foto de perfil. —Aprovechando que estábamos en un semáforo, se la enseñé.

—¡La madre que te parió! Qué bueno está... —decía mientras se ponía la mano en la frente.

—Es perfecto, vaya mandíbula. Esos ojos color miel están llenos de seducción. Creo que ha sido un amor a primera vista. —Volví a soltar una carcajada.

—No sé si estás de coña, Carla. Pero si tú no lo quieres, déjamelos a mí. A propósito, tía, ¿te has quedado con su teléfono?

—Sí, lo llamé desde mi teléfono. Hostias voy a mirar si tiene WhatsApp.

—Podrías preguntarle por el niño...

—Tiene WhatsApp y encima tiene esta vertiginosa foto. —Volví a enseñarle el móvil.

—¡Deberías escribirle ahora mismo!

—Lo veo demasiado atrevido, sabes que puedo bromear mucho, pero me gusta ser prudente.

—Lo sé, de todas formas me da que ahora sí que irá alguna que otra vez a por su hijo...

—Qué va, la que se ha quedado chocha soy yo, él ni se habrá inmutado.

—¡Qué poco crees en ti!

—No sé. He sentido algo que nunca había experimentado. El corazón se me salía por la boca.

Mira, todavía tengo el pulso acelerado.

—Nada pues, enhorabuena. Ya sabes qué tienes que hacer. A por él.

—Tía, quita, qué vergüenza. Yo no soy de esas que van por ahí cazando.

—Pues, nena, tú te lo dices todo. Te gusta un tío y vas a dejar que otra tía te lo quite —dijo ella con tono serio.

—No digo eso, pero tiempo al tiempo. Creo que me estoy dejando arrastrar por su apariencia física.

—Joder, lo que interesa. Yo ya no estoy para filosofar, Carla. Yo quiero un polvazo y listo.

—No seas tan superficial. Yo sé que tú no eres así, Susan.

—La película de mi vida hace mucho tiempo que cambió de director y de protagonistas —ironizó.

—Bueno, confiaré en lo que has dicho.

Espero que vuelva a aparecer.

—Seguro que sí. Además, si te ha piropeado, seguro que no le importa acercarse por allí.

—¿Crees que lo hará?

—No lo sé. Reza a todos los santos y a todas las vírgenes para que acuda, ¿me oyes?

—Eso haré —dije yo, como una autómatas, sin dejar de mirar la pantalla de mi móvil. Pasamos toda la comida bromeando sobre aquel hombre y sobre todos los hombres que hay sobre la faz de la tierra, que era el tema del que más le gustaba a hablar a Susan.

—Qué suerte ha tenido la Pataky. ¿Has visto el Thor, Carla?

—Sí que lo he visto. Es muy guapo.

—¿Guapo? Está buenísimo. ¿Cómo tendrá el martillo?

—Estás más salida que un picaporte. Para ya, date una ducha fría cuando llegues a casa.

—A lo mejor la ducha fría te la tienes que dar tú, porque no dejas de espiar en el

face de ese hombre.

—Calla, que nos van a oír. Déjame que investigue.

Después decidimos irnos a hacer un poco de tiendeo a un centro comercial en San Fernando. Siempre terminábamos allí, en Bahía Sur. Me compré varias prendas y le llevé a mi madre unos vaqueros con una camiseta chulísima. Aunque mi madre tenía mi misma talla, ella nunca se ponía nada mío. Evitaba tocar mi ropa; todo lo hacía para que no se estropeará. Siempre quería verme impecable, así que ella siempre andaba regalando la ropa para que tuviese también el armario renovado. Me trataba como si fuese una princesa y a veces odiaba que hiciera eso.

Llegué a casa antes de que anocheciera y vi a mi madre muy nerviosa.

—¿Mamá, ha pasado algo?

—No es nada malo, siéntate, vamos a cenar —decía mientras ponía los platos con los sándwiches de pollo tan deliciosos que solía hacer.

—Me tienes intrigadísima...

—Verás, sabes que limpio en la casa del doctor Quevedo desde hace un año.

—Sí, claro, además es el mejor trabajo que has tenido hasta ahora. Gracias a que empezaste a trabajar con él, solo te dedicas a su casa, y ganas como si trabajases en cuatro. Además tienes todas las tardes libres y fines de semana, vamos... ¡Un chollo!
—dije bromeando.

—Hace seis meses que no trabajo. Desde que a él lo operaron de la rodilla y está de baja, contrató a otra.

Estaba perpleja con aquella conversación.

Pocas veces mi madre se había mostrado tan misteriosa.

—¿Te ha despedido el cabronazo? Y, ¿dónde has estado yendo todas estas mañanas? ¿De dónde has estado cobrando tu sueldo? Mamá, no me asustes. —Me puse como loca al no entender nada.

—No, cariño, tranquilízate. Verás, déjame contarte. A los tres meses de trabajar allí, Quevedo y yo comenzamos un tonto que nunca te conté. No sabía cómo iba a terminar la cosa y yo no quería crearme falsas esperanzas y mucho menos creártelas a ti.

—Estoy flipando, sigue...

—Cuando lo operaron, dijo que quería que me encargase de él personalmente. Todo lo hizo para quitarme a mí del servicio de limpieza y contratar a otra chica, pues no quería verme como una criada. Poco a poco, me di cuenta de que no necesitaba mis cuidados, que todo lo hacía por amor y es lo que me ha demostrado hasta el día de hoy. Dentro de un mes se vuelve a incorporar a la consulta y me ha pedido que me vaya a vivir con él...

—¿Y todavía no has hecho las maletas? —dije feliz y muy emocionada, mientras iba hacia ella para darle un abrazo.

—Cariño, tú sabes que esta casa me la dejaron los abuelos y he terminado de pagarla con mucho sacrificio. Quiero que te quedes en ella. Sé que te voy a echar

mucho de menos, pero vendré a verte todos los días —decía, mientras lloraba sobre mis hombros.

Me pellizqué en el brazo para comprobar si estaba soñando, pero no estaba soñando. Estaba con los pies en la tierra y mi madre, después de muchos años, era esa mujer que yo añoraba. De hecho, desde hacía unos meses, la veía distinta. Se peinaba y se maquillaba como nunca antes había hecho. No me percaté de que algo estaba sucediendo en su vida y que, por esa razón, yo estaba siendo testigo de su transformación física.

—Mamá, yo ya tengo mi sueldo, véndela y disfruta del dinero.

—Jamás haría eso, además Quevedo está muy bien posicionado. Esto lo guardamos aquí por si en un futuro a mí no me marchasen bien las cosas. Quiero que te quedes aquí. Es tu casa, es nuestro hogar.

—Tienes razón. No sabes lo feliz que me hace saber que por fin te preocupas un poco por ti y que has encontrado a una persona por la que has vuelto a sonreír.

—Está deseando conocerte, ¿sabes?

—¡Pues yo también estoy deseando conocer a esa persona que ha cambiado tu vida! —dije mientras le sacaba la lengua.

—Llevo dos semanas intentando decírtelo.

Pensaba que tú te ibas a oponer y yo iba a abandonarle. Ve que se acerca la vuelta al trabajo y que se vuelve a quedar solo.

—¡Qué bonito! Bueno, mamá, te quiero pero ve haciendo las maletas para irte el fin de semana con él. Ya es hora de que yo también me independice —dije bromeando, muerta de risa.

—Es muy importante para mí saber que me apoyas.

—Mamá, yo no voy a entrometerme en tu vida. Esta noche te veo radiante y llena de vida.

—Tienes razón. Jamás pensé que el amor iba a volver a mi vida.

—Suen a bolero. —Seguí con la broma.

—¿Sabes que te quiero, Carla?

Me acosté muy ilusionada por lo que le había pasado a mi madre. Ya era hora de que alguien mirase por ella y se preocupase por hacerla feliz. Era lo mínimo que se merecía y ahora por fin le estaba pasando. Necesitaba que alguien la valorara como se merecía, y por fin el doctor Quevedo lo hacía. Aquel hombre se había percatado de que estaba junto a una de las personas más maravillosas de este mundo. Y, aunque esta frase suene a topicazo, no me cansaré de repetirla jamás.

Antes de dormir, volví a revisar el Facebook de Darío, ya que lo tenía todo en abierto. No es que fuera muy activo en las redes sociales, pero de vez en cuando sí que había colgado alguna foto. Se me caía la baba solamente de mirarlo, así que el día había sido de infarto. Primero conocí al padre de Mateo y luego me enteraba de la feliz noticia que me había dado mi madre.

Al día siguiente, me desperté más temprano de lo habitual y me fui a la cocina a

tomar el desayuno relajadamente —por norma general me tomaba un café y salía pitando. Luego, a la hora del recreo, comía un sándwich o una pieza de fruta—, pero, en esta ocasión, iba sobrada de tiempo, así que me preparé unas tostadas y me lo tomé todo con calma.

Hacía rato que mi madre se había marchado. Lo había hecho a la misma hora de siempre, aunque ahora no era necesario que fingiera que iba a trabajar.

Me fui muy entusiasmada al trabajo, pero me di cuenta de que echaba mucho de menos a Mateo. Era muy gracioso, siempre me cogía de la mano y no me soltaba. Precisamente ese día me habían faltado ocho alumnos, pues había un virus muy contagioso.

Al llegar a casa a mediodía, estaba mi madre esperándome con una sonrisa en los labios. Al entrar, comprobé que había seis maletas en medio del salón ya listas para su nuevo traslado y su nueva vida junto al doctor. Me hacía muy feliz verla tan ilusionada, así que nos besamos y no nos dijimos nada, porque ya todo había sido dicho, todo, absolutamente todo, a lo largo de todos esos años. Le dije que disfrutase de su nueva vida. Evidentemente esa misma tarde empezaba a hacer el traslado.

El doctor apareció un rato después y mi madre aprovechó para presentármelo. Mi primera impresión fue la de un señor noble, atento, educado, correcto y sobre todo muy simpático. Y, a decir verdad, se le veía de muy buen ver. Era un hombre muy atractivo.

Bajamos todas las maletas de mi madre y las metimos en el coche del doctor. Luego me despedí de ellos y mi madre me abrazó fuerte y comenzó a llorar.

—Mamá, ¿eres tonta?

—Hija, me da mucha pena dejarte sola.

—Mamá, que he estudiado fuera, que te vas a vivir diez calles más para allá, que puedo ir andando a pedirte hasta sal. Por favor, sonríe y empieza a vivir —le reproché entre emocionada y enfadada.

—Está bien, hija, uno de estos días te espero para comer allí. Quiero que conozcas su casa.

—Perdón por interrumpir esta conversación. No es mi casa, es nuestra casa —dijo señalándose a las dos.

—Gracias Quevedo —dije, mientras me despedía dándole dos besos.

—Te he dejado la cena en el frigorífico —decía mi madre mientras se montaba en el coche y yo le echaba una mirada asesina.

¿Cómo no? Ella, preparando hasta el más último detalle antes de irse.

—Venga, que disfrutéis —le dije mientras le guiñaba un ojo.

—Luego te llamo cariño.

—Vale mamá. Métete ya en el coche que hay hasta caravana esperando detrás —dije, mirando hacia el único coche que había esperando.

Subí a mi casa y me sentí rara.

En ese momento volvía a independizarme, con la única diferencia de que antes lo

había hecho en un piso compartido y esta vez, por primera vez, viviría sola. Sabía que iba a ser extraño, pero en el fondo tenía ganas de tener esa sensación de libertad.

Por la mañana, recibí un WhatsApp de mi amiga Susan. Me decía de ir a tomar algo a la Plaza Mina. Accedí de inmediato. Estaba muy rayada pensando en Darío, a la vez que intentaba acoplarme a una existencia en solitario.

Me arreglé bastante y me fui al encuentro de mi amiga que ya estaba en la barra de una terraza, tomando una cerveza.

—Vienes monísima de la muerte, Carla. ¡¡¡Muero de amor!!!

—Tú siempre dando el cante —dije muerta de risa.

—Por favor, mira qué mes de abril más bonito tenemos, ya podemos disfrutar de este solazo y de ir en manga corta. ¡Alegra esa cara!

—Te estoy escuchando, ¿cuantas cervezas te has tomado? —pregunté descojonada, a la vez que le decía el camarero que me pusiese una a mí.

—Que sosa eres, hija mía. A mí no me hace falta beber un litro de cerveza para estar graciosa. Mírate tú que traes más mala cara que los pollos de la tienda del caducao.

—No tienes remedio...

—Va, cuéntame, ¿te lo vas a tirar?

—No sé cómo puedes ser maestra. Qué poquito tienes de correcta —dije, mientras la abrazaba para tirar un *selfie* con mi móvil.

—¡¡¡Foto para el Facebook!!! Ahora la subes y me etiquetas.

—No tenía yo otra cosa que hacer que estar subiendo todas las fotos de hoy al Facebook...

—La subes ahora mismo o le pido solicitud de amistad a Darío.

—Serás capaz —dije chulescamente, aun sabiendo que sí que lo era.

—Ponme a prueba, tienes tres minutos.

Me entró un ataque de risa, pero, sabiendo que ese día mi amiga estaba disparada, no tardé ni un segundo en subir la foto.

—Te tengo dominada —dijo, burlándose de mí.

—Qué poca vergüenza tienes. —Solté una carcajada.

—Ya sabes que sí. No sé a qué viene tanta sorpresa...

—Tía, por cierto, mi primera noche viviendo sola. —Volví a soltar otra carcajada.

—Vas a echar mucho de menos a tu madre, lo sé, pero, al igual que la echaste cuando estábamos estudiando fuera. Te acostumbrarás seguro.

—Pues claro, pero se me hace raro estar sin ella.

—Normal, pero qué bueno lo que le ha pasado. Se merecía encontrar a alguien y que por una vez comenzara a ser feliz.

—Pues sí, parece que la han quitado veinte años de encima.

—No, si al final va a parecer tu hermana pequeña —dijo bromeando, la payasa de mi amiga.

—Desde luego que eres más bestia...

—Bueno, ahora solo falta que triunfes con Darío —decía, como quién que no quiere la cosa, mientras levantaba la mano para pedir otras dos cervezas.

Pasamos todo el día juntas. La verdad es que me reí lo que no había en los escritos. De apariencia tan fina... y cuando abría la boca, Susan podía ser la persona más bruta que hayas conocido. Pero yo la quería así para mí.

El domingo me tiré todo el día ordenando la casa. Tenía que empezar a decorarla a mi gusto. Además, aprovecharía la habitación de mi madre para meter toda mi ropa de invierno en su pedazo de armario, así la tendría toda colocada y con bastante espacio.

Todo era nuevo para mí en aquel momento. No podía evitar recordar a mi madre en cada mueble que movía, en cada utensilio que tocaba, en cada rincón al que dirigía mi mirada. Aquella casa estaba llena de recuerdos, como ella me diría días después. Esther era una mujer que había nacido para no molestar a nadie, a la que la vida le había sonreído con ese amor inesperado. ¿Me sucedería a mí lo mismo?

Capítulo 3

No se miente cuando escuchamos que un niño es la alegría de la casa.

Aquella mañana, Mateo volvió a clase y sentí la emoción de quien recibe de repente una buena noticia.

—¿Cómo estás, mi pequeño? —le dije cariñosamente.

—Me cuidaron bien. Mi mamá desde el cielo, mi papá y mi abuelita —contestó con un hilo de voz, mientras yo me reía.

—No sabes qué contenta estoy de verte de nuevo.

—He pensado mucho en ti, Carla. Me daba mucha pena no venir hoy a clase.

—Te voy a comer enterito. Eres un sol. Nadie me había dicho un piropo así de bonito antes —dije yo, en un tono zalamero.

Mateo tenía bastante desparpajo para la edad que tenía. Era inusual que un niño tan pequeño tuviera aquella destreza a la hora de hablar.

Lo que me preocupaba es que aquella criatura supiera que su madre había muerto. ¿Cómo se asume tal cosa a esa edad? Quizá su padre hizo lo correcto, pues sería menos doloroso para Mateo vivir con la creencia de que su madre lo acompañaba siempre como una clase de ángel.

—Ve a tu fila que hoy tenemos que aprender muchas cosas.

El niño sonrió y se dirigió donde estaba el resto de sus compañeros, que lo saludaron con aplausos y salvas. Yo no dejaba de mirarlo, porque aquel niño tenía algo especial que no sabría describir. No sé si era el hecho de que le faltara su madre lo que me producía ese afecto intenso hacia él. Seguramente, era eso. Y, en ese caso, no sé si estaba justificada mi sobreprotección.

Todavía sigo pensando que vino del cielo. Yo no dejaba de mirar cómo reía en su fila. De repente, escuché una voz y giré la cabeza. Me encontré a esa mujer, cuya expresión facial me transmitía siempre serenidad y paz. Sus ojos de lechuza y una leve sonrisa hacían que la abuela del niño me pareciera un ser entrañable.

—Hola. Espero que hoy no se ponga malito. Tuvo fiebre hasta ayer por la mañana. Ahora parece que se encuentra bien.

—No se preocupe. Si viera algo extraño, la llamaría enseguida.

—Mateo solamente sabe hablar de usted y estaba como loco por volver hoy a clase. Su padre y yo lo habríamos tenido en casa un día más observándolo, pero estaba insoportable. El médico nos comentó que si no tenía fiebre, el niño podía incorporarse sin problema.

—Tutéame, por favor —dije yo con ganas de reír.

—Lo mismo te digo. Me hace mayor que alguien me hable de usted —repuso ella con una sonrisa cómplice—. Carla, mi nieto solo habla ti y habla auténticas maravillas.

—No sabes cuánto me alegro. Es la mayor recompensa que puede tener una maestra.

—Es verdad. Estoy muy contenta con la forma que tratas a mi nieto. Su padre también lo está. Tenía dudas a la hora de elegir qué colegio convenía más a Mateo y ha acertado de pleno al seleccionar este.

—No es fácil atender a tantos niños a la vez, pero Mateo es un encanto, ¿sabe?

—Lo sabemos —dijo ella con un tono triste.

La mujer se quedó en el umbral de la puerta de clase y me susurró lo que yo ya me temía.

—No sé si sabes que Mateo no tiene madre.

—Lo sé. Su hijo lo comentó. Lo lamento muchísimo.

—No es fácil crecer con un lastre así —dijo Paloma, con un tono reflexivo.

—Me lo imagino. Haré todo lo que está en mi mano para evitar ciertos temas a la hora de trabajar en clase.

—A veces mi hijo y yo intentamos que esa ausencia no se note, pero es muy complicado. Las madres vienen a recoger a sus hijos casi siempre, ¿verdad?

—Sí, así es. Suelen venir madres y abuelos. Aunque tú eres una mujer joven. No pensaría nunca que eres su abuela.

—No me halagues, por favor. No me hace falta.

—No estoy faltando a la verdad.

La mujer no dejaba de reír cuando la piropeé.

—No suelo mentir y, si lo hago, es porque no me queda más remedio.

—Se agradecen esos cumplidos.

—No se preocupe. Haré lo que esté en mi mano para que Mateo crezca feliz.

—Lo peor son los cumpleaños. Mi hijo hace las veces de padre y de madre, pero, en los cumpleaños, se reúnen todas las madres y ahí es cuando la ausencia se hace más significativa.

—Intentaré evitar el Día de la Familia. La familia es uno de los conceptos que más se trabajan en estos primeros años. Intentaré ser sensible y enfocar ese tema desde diversos puntos de vista para que Mateo no sienta que es diferente a sus compañeros.

—Me alegra mucho que me lo digas. Mejor dicho, me tranquiliza.

Noté preocupación en aquel tono de la conversación, pero yo debía comprender que tuvo que ser durísimo para ellos el hecho de que viviera la criatura y la madre muriera en el quirófano. Un embarazo es una de las noticias más alegres que existen en la vida y, de repente, el destino les da ese revés y sesga a la madre de esa familia que había comenzado a crecer.

—¿Le puedo confesar algo? —preguntó la mujer con temor.

—Sí, claro. No se preocupe.

—Creo que Mateo ve en ti a la madre que no tiene.

Aquellas palabras me llegaron al corazón, pero tenía que mostrarme como la

profesional que era y mantuve el tipo.

—Muchos niños a esta edad consideran a su maestra como una segunda madre. Date cuenta que pasamos muchas horas con ellos y nos cuentan todo. Y nosotras intentamos darlo todo por ellos, porque sabemos lo importante que son estas criaturas para sus padres.

—Eso es cierto. Perdona si soy impertinente, pero, ¿tienes hijos?

—No. Aún no, pero espero tenerlos.

—Verás que la vida se ve con otros ojos y no hay otra cosa más importante que ellos.

—Todas las madres dicen lo mismo. Debe ser una experiencia maravillosa —dije yo con cierto aire de tristeza, pues alguna vez pensé que Sergio podría haber sido el padre de mis hijos.

Por un lado, me daba una pena enorme que aquel niño viera en mí a una figura materna. ¡Qué injusta puede ser la vida! Y lo sabía por experiencia. Por otro lado, pensaba que aquella mujer me estaba presionando, pues sentía ahora sobre mis hombros una responsabilidad que no me correspondía.

Siempre traté a Mateo como ese niño encantador que me había conquistado desde el principio, pero el niño debía entender que yo jamás podría sustituir a su madre.

Una maestra es una persona que nos guía en el conocimiento y en el aprendizaje, alguien que se preocupa por nosotros en la medida de sus posibilidades, pero nunca puede comportarse como un padre o como una madre.

—Quédate tranquila. Haré lo que esté en mi mano —repetí con un tono amable y sin borrar la sonrisa de mi rostro.

—Gracias. Eres un sol. Sé que dejo a mi nieto en muy buenas manos —añadió la mujer dándome la mano.

—Observaré que todo se desarrolla bien en el aula.

—Sí, por favor. Esta mañana no tenía fiebre y le hemos vuelto a dar el antibiótico que nos recetó el doctor.

—Se le ve estupendo.

Me despedí de ella con palabras amables y comencé con mi trabajo en el aula. Los pasillos se fueron despejando y el colegio volvió, como cada lunes, a su rutina habitual. Pero mi vida personal no iba a tener nada de rutinaria, porque, a la hora de la recogida de los niños, apareció quien yo no esperaba.

—¡Hola! ¿Cómo ha pasado la mañana el niño? —dijo Darío, con su tono de voz grave.

No me había percatado de su presencia, pues estaba afanada ordenando carpetas y trabajos. Los últimos niños se habían marchado y Mateo estaba conmigo en clase, dibujando. Me quedé de nuevo impactada al verlo. No supe qué decir por un instante —menuda idiota—, pero al final, me salieron las palabras.

—Bien. Ha estado genial. Ha hecho todas las tareas y, en el patio, ha corrido como el que más. —Me alegro mucho. Ha pasado un fin de semana con bastante

fiebre y algunos vómitos. Le he prometido que esta semana pasaría yo a recogerlo. Le hacía especial ilusión. Nos dio un buen susto este fin de semana. Nunca había tenido tanta fiebre— dijo al mismo tiempo que se acercaba a mi mesa.

—No es extraño en estas criaturas. Son niños pequeños y se contagian con facilidad. Su sistema inmunológico está aprendiendo a defenderse. A veces la fiebre sube muy rápido, pero luego se recuperan enseguida.

—Me alegra oír eso. Los padres nos asustamos con mucha facilidad, ¿sabe?

—Sí, lo entiendo perfectamente. Los profesores tenemos una responsabilidad muy grande con los niños. Trabajamos con un material humano frágil y sensible —dije yo, evitando mirarle a los ojos, puesto que me ponía cada vez más nerviosa.

—Se nota que le gusta su trabajo.

—Si no te gusta, es mejor que lo dejes. La docencia tiene mucho de vocación y a veces los propios profesores olvidamos cuál es nuestra labor en la sociedad.

—Me encanta escucharla hablar.

Cuando dijo aquello, me sentí realmente halagada y de nuevo no supe qué contestar. Mateo seguía dibujando y Darío parecía no tener prisa por irse. No me sentía incómoda con aquella conversación. Al contrario, me encantaba hablar con los padres y madres cada vez que podía. Yo era de los docentes que pensaba que un trato directo y personal con las familias corrige muchos problemas de conducta del niño, en el futuro.

—Gracias, es muy amable.

—Por favor, tutéame, Carla.

—De acuerdo, siempre se me olvida. Si hubiera observado algo extraño, le habría telefoneado. Es un encanto de criatura.

—Todos los son, ¿verdad? —intervino él con ganas de darme conversación.

—Todos lo son, es cierto, pero conforme pasan las semanas, uno tiene sus favoritos, aunque no debería decirlo.

—No se preocupe. Ese secreto queda entre nosotros.

—Quiero decir que todos los niños son igual de importantes para un maestro, pero al final te decantas por algunos más que por otros. Todos son afectuosos, pero Mateo destaca.

—Sí, es cierto. A veces es un poco pesado y solo quiere arrumacos —dijo esbozando una leve sonrisa.

Mis ojos seguían sin mirarlo a la cara. Estaba como avergonzada y yo creo que Darío se estaba dando cuenta.

—No quiero molestarla más, disculpe.

Tendrá cosas que hacer.

—No me molesta. Me encanta escucharle —dije espontáneamente, repitiendo la frase que Darío había dicho al principio.

Noté que él se había dado cuenta de que le había devuelto el halago.

—Mateo habla mucho sobre sus clases. La quiere mucho.

—Me lo ha dicho también su abuelita —dije yo con retintín, mirando a Mateo que ya estaba recogiendo.

—Me vuelve loco a veces con todas las cosas que hacéis en clase, Carla. Supongo que costará mucho prepararlo todo, ¿verdad?

—Sí que cuesta, pero lo hago encantada. Es mi profesión. Luego, hay trabajo también en casa, pues tienes que programar todo para el siguiente día.

—Es su profesión y su vocación —añadió Darío con un tono sobrio.

—Eso espero. Aunque una no es perfecta y los profesores cometemos muchos errores. Lo importante es aprender de ellos y rectificar a tiempo —dije yo intentando dar lecciones.

Cuando volvía a casa y analizaba en mi cabeza aquella conversación, me sentía un tanto ridícula. Había estado demasiado pedante y esa es una de las facetas que más me desagradan de mi personalidad. Pero no puedo evitar hablar de mi profesión, de lo que me gusta y de cómo trato de intervenir en el aula para que todos los niños trabajen. Susan me tiene que parar muchas veces porque ella odia hablar del trabajo cuando salimos de las clases.

Pero había sido Darío el que me había dado cuerda para comportarme así. Cuando se marchó, sentí el alivio de quien ha pasado un interrogatorio de tercer grado, pero en mí comenzó a brotar un extraño sentimiento que no sabía dónde ubicar ni cómo asumir.

La ansiedad de aquel momento se mezclaba con una misteriosa ilusión que hizo que riera a solas. Al salir del colegio, la luz del sol era otra y las cosas habían tomado otro sentido, otras formas, otro color.

Cuando llegué a casa, llamé a mi madre y, por el tono de voz, supo que yo no era la misma. Darío había hecho que yo me sintiera diferente, como más alegre, más niña, como si una ingenuidad poco frecuente en alguien como yo me hubiese poseído.

—¿Qué te pasa, Carla? —preguntó mi madre con intención de sonsacarme.

—No me pasa nada.

—No me mientas.

En ese instante te das cuenta de que una madre lo sabe todo.

—¿Has conocido a alguien?

—Mamá, por favor, no estamos en el instituto. Haz el favor de estar en silencio —ordené dibujando una leve sonrisa.

—Venga, suéltalo. No me puedes engañar.

—No voy a contarte nada porque no hay nada —mentí claramente.

—¿Es algún profesor del colegio?

—Mamá, eres una descarada. ¿Te pregunto yo a ti por tu vida? ¿Qué tal te va con tu doctorcito? —dije a la defensiva.

—Solamente estaba preguntando, pero ahora que lo preguntas, Carla, me va muy bien y estoy buscando trajes de novia —bromeó por un momento.

—No pienso contarte nada.

—Hija, qué pena. Me hacía ilusión.

En ese momento, al ver que su tono de voz se amustiaba, me atreví a contarle lo que estaba experimentando con Darío.

—Es una tontería, mamá.

—Venga. Deja que me ría un poco.

—Es un padre que ha venido dos veces al colegio. Es muy guapo y le gusta hablar conmigo.

—Y a ti te gusta hablar con él, ¿verdad? —añadió mi madre muy animada.

—Sí, me gusta hablar con él. Parece un tipo maduro e inteligente. Y ya no preguntes más.

—¿Por qué iba a preguntar?

—Porque te conozco. Y no tengo nada más que contarte.

—Pero, ¿cómo se llama ese hombre que te gusta?

—Se llama Darío y yo, en ningún momento, he dicho que me guste.

—No seas tímida —dijo ella riendo.

Poco a poco, de una forma muy sutil, estaba consiguiendo que le contara con todo lujo de detalles lo que había ocurrido.

—No se trata de timidez. Se trata de prudencia, una palabra que a ti te gusta mucho.

—No te pongas a la defensiva, pero... —Hizo una pausa con intención de sonsacarme nuevamente.

—¿Pero...? Dilo, mamá.

—Ese hombre estará casado, ¿verdad?

—No. Es viudo. Es una historia muy triste. Su mujer murió en el parto, mamá.

—¿Qué me dices? —dijo mi madre, sobrecogida—. Y tú tienes como alumno a su hijo, ¿no es cierto?

—Así es. Le tengo un cariño especial a ese chico.

Mi madre calló al otro lado del auricular, pero estaba segura de que, en ese momento, esbozaba una leve sonrisa, como si ella ya supiera lo que me estaba pasando, como si ella se alegrara de que al fin yo experimentara uno de los sentimientos más hermosos de toda nuestra existencia.

Llámalo amor, llámalo deseo, llámalo enamoramiento.

Yo aún estaba lejos de aceptar cualquiera de esos nombres, pero lo que estaba claro es que, cuando Darío aparecía ante mí, mi percepción del mundo cambiaba.

—Suéltalo ya mamá, por favor. Tus silencios me matan.

—Carla, lleva cuidado —dijo seria.

—Mamá, no hay nada entre ese hombre y yo.

Solamente hemos conversado dos veces.

—Sí, pero por algo se empieza.

—No me gusta ese tono, mamá. Haces que me sienta mal.

—No voy a aconsejarte, Carla. Eres mayor y, por suerte para ti, tienes un trabajo

envidiable. —No sé a qué viene entonces esa preocupación. Antes estabas riéndote.

—No quiero que... —Interrumpió la frase, aunque yo ya sabía a qué se refería.

—Mamá, no me va a pasar lo mismo que te sucedió a ti, tranquila.

—No puedo evitarlo, Carla. Me pongo en tu piel —dijo con voz temblorosa.

—No me va a pasar, entre otras cosas, porque ya no tengo veintisiete años. Y, gracias a ti, no voy a tener que matarme a trabajar de rodillas para poder sacar a una hija adelante.

—Lo sé. A veces pienso en una cosa, Carla —dijo con un tono más sereno.

—¿En qué piensas?

—En que nada de lo que ha sucedido es verdad.

—No sé qué quieres decir —dije yo intrigada.

—Pienso que todo es un sueño. Te tuve con dieciocho años, te di unos estudios, luego la carrera. Aprobaste las Oposiciones y ahora trabajas como maestra. No creo que sea verdad todo lo que has conseguido.

—No lo he conseguido yo sola. Lo hemos conseguido —enfaticé las últimas palabras.

Me habría encantado darle un gran abrazo en ese momento.

—Has conseguido lo que te has propuesto.

—Mamá, ha sido un trabajo de las dos. Y eres la persona más generosa que he conocido.

—Eres mi hija. Mi vida ha tenido sentido gracias a ti —dijo con voz tenue y escuché que rompía a llorar.

—No llores ahora, por favor. Vas a hacer que llore yo también.

Sé que ella no podía evitarlo.

Mi madre estaba contenta por mis logros, pero la culpa la reconcomía. Mi madre no era culpable de nada, pero ella sentía que era culpable por no haber formado parte de un matrimonio modélico. Por mucho que yo insistiera, ella no podía librarse de esa auto humillación. Ahora la veía mucho más ilusionada al lado del doctor Quevedo, pero ella era reticente a librarse de ese sentimiento tan cruel y asfixiante, no solo para ella, sino también para mí.

Colgué y aquella noche, antes de acostarme, me miré delante del espejo. Estaba desnuda. Me sentía radiante. Y susurré el nombre que había ocupado todos mis pensamientos desde que dejara el aula: Darío, Darío...

Mateo era la luz.

Aquel niño se había convertido poco a poco en un talismán para mí.

El martes apareció de nuevo su padre. Yo estaba saliendo de clase cuando él se hizo claramente el encontradizo.

—¿Te marchas ya? —preguntó confiado.

—Sí, ¿sucede algo?

—Nada importante. Anoche tuvo unas décimas, pero mi madre, su abuela, insistió en traerlo. Bueno... y él estaba como loco por estar con su maestra —dijo él en tono

serio.

—No me ha dicho nada su abuela, pero tranquilo. El niño ha estado mejor que nunca. Contento, cooperativo y muy hablador. No tienes por qué preocuparte.

—Gracias por la información. Veo que estás muy pendiente de él. —De nuevo en aquella frase había un intento de iniciar una conversación que no sabía muy bien dónde acabaría.

—Es mi trabajo. Si un padre o una madre pregunta, debo informarle.

—Me sorprende tu eficiencia.

—No es nada inusual, Darío. La mayor parte de profesores hacen el mismo trabajo que hago yo, especialmente, con los pequeños. Informar es nuestra labor principal. Muchos problemas de aprendizaje se detectan a edades muy tempranas, pero estate tranquilo, Mateo, está genial en ese sentido.

Estaba claro que aquel hombre tenía otras intenciones conmigo, no solo las de pedir información de los progresos de su hijo en clase, pero aún no sabía exactamente cuáles eran.

Podría tratarse de una trampa y quizá estuviese delante de esos perfiles obsesivos y acosadores que buscan a una víctima. No quería pensar en eso, por Dios. Darío no obedecía a ese tipo de personas, pero era cierto que estaba siendo bastante pesado. De hecho, el miércoles, cuando fue a recogerlo, lo reconoció.

—Pensarás, Carla, que soy un poco pesado.

—No. Entiendo que se preocupe. Le repito que mi labor es informar.

—Pero no solo vengo a verla para saber de Mateo, sino que también me gusta hablar con usted.

No sabía cómo interpretar aquella última frase.

Me sonrojé y Darío tuvo que darse cuenta. No sé si llamarlo sutilidad, aunque pienso que no fue sutil, sino directo.

—No me molesta que me preguntes por el niño. Hazlo siempre que quieras.

—No me has escuchado, ¿verdad? Me gusta hablar contigo —insistió con voz seductora.

—Gracias. Sí, ya lo había escuchado. A mí me gusta hablar contigo también —dije con un hilo de voz, avergonzada.

—Siento si he sido un poco atrevido, pero tenía ganas de decírtelo.

—No, no pasa nada. Lo que ocurre es que una no está acostumbrada a esta clase de halagos, ¿sabes? —respondí con voz temblorosa.

—Es una pena. Además, eres una chica muy atractiva. Quería decírtelo también.

Ya no sabía qué responder. No sabía cómo actuar ante aquella clase de cortejo.

Su presencia y aquellas palabras me dejaron fuera de juego. Fingí que tenía prisa y cerré mi clase. Quería seguir demostrando que mi trabajo no tenía nada que ver con aquel juego de seducción en el que Darío quería que yo participara.

—Bueno, te dejo. Tengo muchas cosas que hacer esta tarde. —Me excusé, aunque se notaba que estaba mintiendo.

—Si quieres que te lleve a algún sitio, solo tienes que decírmelo.

—No, gracias. Tengo mi propio coche.

—En ese caso, nos vemos mañana y gracias por todo, de verdad. Estás siendo muy comprensiva conmigo.

Desaparecí sin despedirme siquiera del pequeño Mateo. El rubor de mis mejillas era la expresión del nerviosismo que aquellas frases de Darío habían producido en mí.

Estaba encantada con aquel galanteo, pero también me encontraba un tanto turbada porque no me gustaba que alguien, en mi puesto de trabajo, intentara seducirme. Sin embargo no podía engañarme; flotaba y así se lo dije a Susan aquella misma noche de miércoles.

Habíamos quedado para cenar en una taberna cerca de la Plaza Mina.

—Me ha tirado los tejos, tía —dije yo, emocionada.

—¡Qué suerte! A mí no me pasan esas cosas en mi colegio —dijo, fingiendo envidia.

—Pero tienes que verlo. Es un hombre muy guapo y muy apuesto.

—Chica, pues no sé qué te preocupa. Ve a por él.

—¡Hala! Solamente te he dicho que el tipo ha intentado ligar conmigo. Además, no está bien que empiece a salir con el padre de uno de mis alumnos.

—No seas antigua, Carla. Una sale con quien le da la gana. Estamos hablando de una relación que mantienes fuera del trabajo. Ya eres mayorcita. Que sea el padre de uno de tus alumnos no tiene por qué afectar a tu trabajo.

—Me ha gustado mucho lo que ha dicho.

—Te brillan los ojos, Carla. Dime, suéltalo, por favor.

—Me ha dicho que, además de gustarle hablar conmigo, soy atractiva.

—Lo tienes en el bote —dijo con sonrisa pícara.

—No sé qué pensar, Susan.

—No pienses. Si te gusta, intenta quedar con él. No le vuelvas a dar con la puerta en los morros, que lo vas a espantar.

Cuando se trataba de ser directa con los hombres, Susan era una experta. Después de aquella tormentosa relación con Robert, se había vuelto más fría y menos romántica cuando nos poníamos a hablar de tíos. Se notaba que estaba un tanto resentida con el sexo masculino y que iba a lo práctico. No pensaba en noviazgos ni en relaciones largas.

—No sé qué haré. Si vuelve a lanzarme alguno de esos piropos, le daré la oportunidad de que me conozca.

—Yo lo haría si estuviera en tu pellejo. Un polvazo y a por otro —dijo ella sin ningún tipo de miramiento.

—No es tan fácil para mí pensar así, Susan.

—Después de lo que yo pasé con Robert, ahora solo pienso en follar.

—Eres muy bestia. No me gusta que te expreses así. Me pone muy nerviosa. Te

recuerdo que Sergio me dejó por su ex. Tampoco he tenido yo demasiada suerte con los hombres.

—Otro gilipollas. Dejó ese cuerpazo que tienes por una ex que tiene un Audi y un adosado en Mallorca.

—Seguramente se acostará en la cama con el Audi, Susan.

—Sí, algo de eso debe ser, porque la tía más fea no puede ser.

—¿Tú la conoces? —pregunté intrigada.

—Sí, la conozco. Su padre es amigo del mío. Fea, muy fea, pero con mucha pasta —dijo ella asqueada.

—No lo sabía. Pero que sea fea tampoco es un alivio. Al final el gilipollas, como lo llamas tú, me dejó.

—No te vi traumatizada, Carla. No vayas ahora de víctima. Peor fue lo mío —dijo ella dolida.

—No hace falta que me lo recuerdes, por favor. Aquello me afectó más de lo que piensas.

—Pero estabas tú para ayudarme, para quitarme aquella venda de los ojos. Cómo pude estar tan ciega, Dios.

Se hizo un silencio entre nosotras, como si de repente recordáramos en unos segundos todo lo que habíamos vivido.

Nos miramos y reímos.

—Pero seguimos juntas —dije yo encantada.

—Lo sé. No sabes lo que agradezco al cielo que seamos amigas, Carla.

—No te pongas ñoña.

—No se trata de ser ñoña. Es una verdad como un templo.

—¿Qué hago entonces con Darío?

Susan me miró a los ojos y exclamó:

¡Fóllatelo!

Menos mal que no había nadie alrededor, porque mi amiga estaba desatada y no le importaba hacer el ridículo.

—Fóllatelo, fóllatelo,... —comenzó a canturrear.

—Para, me ruborizas. Susan, para, por favor.

—No voy a parar —dijo ella, con un tono de amenaza.

—Eres muy tonta, ¿eh?

—Estás deseando tirártelo. Desde que has empezado a contármelo, se te nota que ese tal Darío te pone.

—No voy a contarte más cosas. Vaya consejos que me das.

—Vamos a ver, Carla. ¿Qué quieres que te diga? No somos unas niñas. Suéltate el pelo y aprovecha la oportunidad. Y ya está. No hay nada más que hablar. La vida es esto.

—Quizás tengas razón. Veré cómo transcurren las cosas —dije yo, con cierto aire de resignación.

—Lo primero que tienes que hacer es relajarte y no amilanarte cuando aparezca este tío.

Déjate llevar por tus sentimientos, Carla.

«Déjate llevar por tus sentimientos», me repitió cien veces durante aquella velada.

Yo siempre había sido bastante cortada con los hombres y es cierto que no había sabido sacarle provecho a mi belleza. Cuando me arreglaba un poco y me maquillaba, estaba cañón.

Y los tíos se me pegaban como moscas.

Fatalmente caí en las garras de aquel desaprensivo, Sergio, y, tras aquella ruptura, me había vuelto mucho más escéptica y distante con los hombres.

A Susan le había pasado algo parecido, pero su comportamiento era similar al de una mantis religiosa. Follaba y devoraba. Follaba y devoraba.

Así me lo decía continuamente.

El jueves llegué intranquila a clase. Saludé a Paloma y estuve un rato bromeando con Mateo.

Luego trabajé con los niños en diferentes proyectos y me olvidé de que, al terminar la clase, Darío aparecería de nuevo, como había hecho el resto de días anteriores.

Y así fue.

Esperó al final intencionadamente, para que nos quedáramos a solas. Su presencia volvió a intimidarme. Y no lo escribo en un sentido despectivo, sino en un sentido positivo, como si aquel hombre estuviera deseando verme, como si intentara estar lo más próximo posible a mí para que no pudiera escapar con facilidad.

Que hiciera aquello no me disgustaba, al contrario, sentía una emoción que jamás había sentido antes, una emoción donde mi corazón se aceleraba y el rubor de mis mejillas era consecuencia de un temblor de pies y de manos que no podía frenar.

—¿Cómo estás hoy? —me preguntó, mientras bajaba las persianas de la clase.

—Hola, Darío. Bien, un poco cansada. Tengo ganas de que llegue el fin de semana. Hoy, además, los niños estaban más alterados que de costumbre, pero Mateo es el que mejor se ha portado.

—No preguntaba por Mateo. Te preguntaba a ti —dijo, acercándose hasta donde yo estaba con paso decidido y sin dejar de mirarme a los ojos.

Estaba acorralada. Lo peor de todo es que yo podía haber cerrado el aula mucho antes, pero mi corazón me pedía que ese hombre y yo debíamos estar a solas. Y eso es lo que hice. Yo también, intencionadamente, me retrasé para encontrarme con él.

—Muchas gracias por preocuparte por mí.

No es lo habitual.

—No querría ser impertinente, pero me gustaría proponerte algo.

Estaba más nerviosa que nunca. Después de bajar las persianas, simulando que lo que me estaba contando no me interesaba demasiado, fui a los armarios del fondo de la clase a guardar unos álbumes ilustrados.

Intentaba retenerlo allí el máximo tiempo posible y, para eso, debía fingir que estaba atareada, muy atareada.

—Sí, soy toda oídos. Puedes hablar con tranquilidad —comenté intentando mostrar que yo dominaba la situación.

—A Mateo le gustaría que mañana comieras con nosotros. No para de hablar de ti. Y a mí no me pareció mala idea.

No sabía qué contestar. Pensé en Susan y miré al pequeño que se escondía detrás de su padre, esperando que mi respuesta fuera un sí.

—Darío, no sé si es lo correcto.

—No veo nada malo en eso —dijo él, abatido.

—El resto de padres y de madres podrían ver cierto favoritismo hacia tu hijo. Es una situación delicada.

—Nadie tiene por qué saberlo.

—Es difícil que mis compañeros y algunos padres no se den cuenta, Darío.

—He pecado de imprudente, lo siento. Estaba equivocado. Pensaba que iba a hacerte ilusión —murmuró apesadumbrado.

Seguí ordenando el aula, aunque el corazón no paraba de palpar cada vez con más fuerza. Cuando los vi salir por la puerta de clase, hice caso a las palabras de Susan y me dejé llevar por mis sentimientos.

—Darío, está bien. Estaré encantada de ir a comer con vosotros.

—Muchas gracias, Mateo está feliz, ¿a que sí?

El niño se puso a saltar de alegría, aunque fue a su padre a quien vi realmente ilusionado. El brillo de sus ojos lo delataba.

—No te preocupes, Carla. Seré discreto.

Mañana te recojo a mediodía y salimos a comer.

—Gracias.

—Vale, de acuerdo. Repito que no debes preocuparte por nada. Lo pasaremos bien.

Salí ilusionada.

Había hecho caso a mis sentimientos, esos que me pedían estar con Darío un poco más que en aquellos forzados encuentros en clase. Me apetecía conocer a aquel hombre que aún resultaba tan misterioso para mí.

No quedaba nadie en el aparcamiento del colegio. Despedí con la mano a Mateo y a su padre, que se montaban en su coche para marcharse y yo fui a visitar a mi madre a casa del doctor Quevedo.

No sé por qué, pero tenía ganas de contarle lo que me había pasado y la decisión que había tomado.

En media hora estaba en la casa solariega que el doctor tenía a las afueras. Mi madre estaba en el porche con el médico. Se alegraron mucho al verme. Y yo, ni corta ni perezosa, se lo solté a ella como si fuese una quinceañera a la que han invitado al baile de fin de curso.

—Mamá, he quedado con Darío mañana para comer —dije con tono enérgico.

—Hija mía, podías saludar primero —repuso ella sonriendo y dándome un abrazo.

—Es que estoy emocionada y quería venir a contártelo enseguida.

—Me temo que esta chica está enamorada —intervino el doctor con aire risueño.

—No creo. No veo a Carla vestida de blanco —dijo mi madre entre risas, peinándome con las manos, mientras yo la miraba a los ojos...

—¿Por qué no? Sería una novia preciosa.

—Creo que estáis yendo muy lejos. Darío es un hombre que me cae bien y ha tenido ese detalle de invitarme a comer.

—Bueno, habrá que esperar a la evolución de los acontecimientos —dijo el doctor con un tono gracioso.

—Mamá, tengo miedo.

—Pues yo te veo muy alegre.

—Tengo miedo de enamorarme.

—Mi niña, solo tienes que ser prudente. No veo mal que vayas a comer con ese hombre. No te fíes de las apariencias, te lo he dicho muchas veces. Por lo demás, no te preocupes. Disfrútalo.

—Disfrútalo, Carla. Hazle caso a tu madre —añadió el doctor, intentando reforzar mi autoestima.

—Siempre estás a tiempo de recular. Si ves algo que no te gusta en ese hombre, ya sabes lo que tienes que hacer. No le des más importancia. Darío quiere ser amable contigo y te ha invitado a comer. Eres una maestra estupenda con su hijo y quiere agradecértelo de ese modo. Relájate, Carla, pero, no te fíes —dijo ella con una voz tersa y suave mientras seguía atusándome el pelo.

Entramos en la casa y mi madre me preparó un café. El doctor Quevedo se sentó a mi lado y me susurró.

—Tu madre es una bendición.

—Y tú, otra —le contesté yo rápidamente, pues veía a mi madre muy feliz con ese hombre que le estaba dando el cariño y el afecto de los que se había visto privada desde que nací yo.

Cuando comenzó a anochecer, regresé a mi piso. Estaba agotada. No tenía ganas de prepararme nada para cenar. Las clases y tantas emociones, que no sabía cómo gestionar, me habían dejado exhausta.

Me duché y me fui a la cama.

Salí al balcón un instante. Titilaban estrellas aquella noche. Y pedí un deseo que no pronuncié en voz alta.

Me dormí pensando no solo en Mateo, sino en aquel hombre, un tal Darío, que había llegado a mi vida de una forma misteriosa.

Capítulo 4

Me desperté más pronto de lo habitual. Quería arreglarme bien el pelo y prepararme para esa comida. No es que me fuese a vestir de gala, pero quería ir un poco más arreglada de lo que solía hacerlo.

Me puse unos vaqueros de *lycra* pitillo y unas botas de piel, me dejé suelta mi larga melena morena, me pinté un poco en tonos naturales y salí feliz de la vida hacia el colegio.

El pequeñajo se tiró toda la mañana pegado a mí, sabía perfectamente que al mediodía íbamos a comer juntos. Era evidente que estaba más nervioso que cualquier otro día. Yo no paraba de mirarlo, pues me recordaba a Darío. Volvía a temblarme todo el cuerpo. Estaba impaciente por que llegase la hora de la salida. Me apetecía mucho irme con ellos.

A la hora de la salida, hice tiempo para que se fuesen todos los niños. Darío llegó cuando todos se habían marchado y solo quedábamos Mateo y yo.

—Buenas tardes, ¿me estáis esperando? —dijo mientras cogía a Mateo en brazos y se lo comía a besos.

—Claro, vamos —dije mientras sonreía avergonzada.

—Por cierto, estás guapísima.

—Gracias. Tengo que confesarte una cosa.

No suelo arreglarme ni pintarme de esta manera.

—Pues deberías hacerlo con más frecuencia. Pareces una actriz de Hollywood. Pareces Angelina Jolie, aunque ya quisiera esa muchacha tener la belleza natural que tienes tú.

En esos momentos, se me subieron los colores que hasta él lo notó. Me salió una sonrisa espontánea. Sentía vergüenza. Sin embargo, él me miraba sonriendo ufano, orgulloso de aquel piropo que me había lanzado. Se había dado cuenta de que me había dejado cortada. Cerré la puerta del aula y no contesté.

Esa mañana había ido a trabajar en autobús. Nos montamos en su coche y fuimos directamente hacia el Puerto de Santa María a comer a un asador que hacían una carne a la brasa deliciosa. Durante el trayecto, íbamos todo el tiempo bromeando con Mateo. Nos estaba contando algunos episodios de la serie de dibujos animados de Bob Esponja.

Cuando nos sentamos en el asador, Mateo se metió en un pequeño parque de bolas que había en el interior del restaurante. Nuestra mesa estaba cerca de esas colchonetas donde jugaba aquella criatura que no paraba de saltar y de trepar. Era la mejor forma para comer tranquilos y tenerlo a la vista.

—¿Dónde trabajas, Darío? —pregunté para romper un poco el hielo.

—Intermedio en negociaciones con empresas españolas y multinacionales —dijo

secamente.

—No entiendo, ¿entonces para quién trabajas? —pregunté muerta de risa porque me había quedado igual que antes.

—Soy como una especie de negociador, consigo acuerdos entre varias empresas de muchos países.

—Pero tú cuando te levantas, ¿dónde vas a trabajar? —pregunté sin borrar la sonrisa de mi cara, pues seguía sin entender nada.

Parecía bobalicona al no entender nada de lo que me decía Darío.

—Voy a un despacho que tengo en un edificio comercial. Desde allí entablo conversaciones y programo visitas a mis clientes en cualquier parte del mundo.

—Suenan muy bien...

—Pero sigues sin entender nada —dijo con un tono cómico mientras me guiñaba el ojo.

—¿Te va bien? —pregunté por saber un poco más.

—Lo suficiente como para mantenerte toda una vida sin que te falte de nada —soltó de repente mirándome fijamente a los ojos y sonriendo pícaramente.

Darío era un experto en dejarte fuera de juego con una sola frase y cuando menos te lo esperabas.

—Yo también sé mantenerme, para eso trabajo —guiñé el ojo con una sonrisa de oreja a oreja.

El vino que estaba tomando me estaba sentando de lujo. Estaba cómoda con mi acompañante y nos reíamos, no solo con el tema de su trabajo, sino también con otros asuntos. Seguía sin entender a qué se dedicaba Darío.

Mateo se acercaba de vez en cuando, le dábamos algo de comer y volvía a irse.

Le conté toda la historia de mi vida hasta que me había quedado sola porque mi madre se había ido a vivir con el doctor Quevedo. Él me escuchaba atentamente. Se sorprendió con cada giro que había sucedido tanto en mi vida como en la vida de mi madre.

—No te imaginas el valor que tienes, Carla.

—¿Por qué dices eso?

—Por lo difícil que la vida os puso las cosas. Habéis tenido el mérito de salir hacia delante e incluso te has sacado una carrera y aprobaste unas Oposiciones para llegar a donde estás ahora.

—Mi madre ha luchado mucho por mí. Se ha dejado la vida fregando escaleras. Por eso estoy tan contenta de que ahora esté viviendo este momento tan bonito que la vida le ha dado. Mi madre ha sido capaz de volver a creer en el amor.

—El amor es una cosa que no llega cuando uno quiere, pero aparece cuando menos lo esperas.

—Tienes razón, Darío, así es.

—De igual manera te lo arrebató de la forma más cruel que te puedes imaginar.

—Debió de ser muy duro...

—Me costó mucho levantar cabeza. Si no hubiese sido por mi madre no sé qué hubiese sido de mí.

—Se ve que quiere mucho a Mateo.

—Es una gran madre, pero sobre todo un ejemplo de abuela. Se volcó tanto con nosotros que se olvidó de ella misma. Su vida es aquel pitufo que juega en la piscina de bolas. Ella lo está criando, ella es la que se preocupa las veinticuatro horas de él, mientras yo aprovecho todo el tiempo que el trabajo me deja libre para pasarlo junto a mi hijo. Pero realmente los que están todo el día con él son ella y mi padre. Su abuelo se prejubiló hace dos años y se entiende muy bien con su nieto.

Se lo lleva todas las tardes al parque.

—¿Tienes hermanos?

—Sí, mi hermano José, es cinco años menor que yo, tiene treinta, se enamoró hace tres años de una parisina y allí vive, en París, en la ciudad del amor, en un precioso ático frente a la *Torre Eiffel*, trabajando cómodamente para la empresa familiar de su pareja.

Me encantaba escucharlo. Su tono de voz flojito, su mirada clara mientras me hablaba, su forma tan educada de expresarse me decían que era una persona muy noble. Se notaba que estaba acostumbrado a dialogar y a conversar, pues tenía una gran facilidad de palabra y manejaba muy bien las pausas y los silencios.

Después de comer, nos fuimos a un parque para que Mateo jugara un poco mientras nosotros nos tomábamos un café en la terraza del bar que había allí. Pasamos toda la tarde contándonos cosas y terminamos cenando en un Burger King, donde el pequeño volvió a meterse en un parque de bolas.

Cuando íbamos de camino hacia mi casa, Mateo se quedó dormido nada más montarse en el coche. Nos hizo mucha gracia porque seguía con el babi puesto. Decía que, como estaba con la profe, no se lo quitaba.

Nos despedimos quedando en hablar por WhatsApp. Aún no me había metido en la cama, cuando me llegó el primer mensaje.

Leí el mensaje tres veces y puse una sonrisa de gilipollas que no podía con ella. Primero me llamaba preciosa, luego que soñase con él y, por último, que me volvía a recoger mañana para invitarme a comer. ¿Qué más le podía pedir a la vida?

No tardó en responder.

Dios, cómo me hacía babear. Yo estaba en una nube y sobre todo estaba empezando a asumir que quizá me había enamorado. Con aquellas sensaciones, era difícil dormir. Tardé en coger el sueño porque mi corazón palpitaba con fuerza.

Me levanté a las diez de la cama, me preparé un café y me senté en la mesa de la cocina. Miré el móvil y tenía otro mensaje suyo.

Me mataba, esas cosas me mataban, me daban ganas de ponerme a saltar y bailar unas bulerías en lo alto de la mesa. No me podía estar pasando todo eso a mí. Me daba miedo despertar y que hubiese estado viviendo un sueño. Seguía mirando el mensaje hasta que decidí contestar.

No volvió a responder. Me quedé sentada en la mesa tomando el café, fantaseaba con comenzar una relación con él. Me estaba quedando súper pillada.

Un rato después, comencé a prepararme, y a las doce ya estaba esperándome debajo de mi casa. Puntualidad británica. Me recibieron los dos con una gran sonrisa. No sabía con quién se me caía más la baba, si con el padre o con el hijo.

Mateo no paraba de charlar, llevaba toda la conversación hacia delante, no paraba de contar los dibujitos que había visto por la mañana. Yo le hacía muchas preguntas para seguirle el rollo y él se entusiasmaba contestando a cada una de ellas.

Me sorprendió de nuevo, pues me llevó a comer a un restaurante que hay junto al mar. Las vistas eran espectaculares. Había escuchado hablar de aquel sitio e incluso había visto fotos por Facebook, pero nunca había estado allí.

—Este paisaje junto al mar es precioso.

—Sí, por eso quería traerte. Imaginé que habías estado aquí, pero me apetecía mucho que me acompañaras. He venido varias veces y es una gozada comer aquí. Además de la calidad de los platos que sirven, es alucinante estar a esta altura por encima del mar.

—¿Cuándo va a hacer calor, papá? —preguntó Mateo mirando hacia las olas que rompían contra las rocas.

—Ay, cuánto te gusta el agua. Ya queda muy poquito para empezar a ir a la playa a darnos un baño. En un mes seguro que ya podemos estar en la playa algún que otro fin de semana.

—También con Carla —dijo el pequeño con descaro.

—Claro, cariño, a Carla ya nos la vamos a llevar a todas partes. Nos va a llamar pesados, pero a nosotros no nos va a importar. No dejaremos que nos abandone —decía bromeando con Mateo mientras me miraba fijamente y terminaba guiñándome el ojo.

—Bueno, si me seguís tratando así de bien, seré yo la que no permitiré que me dejéis sola —dije desafiando a Mateo con la mirada.

—Te trataremos mejor, cuestión de prácticas —soltó una preciosa sonrisa.

Estuvimos charlando toda la comida sobre nuestros gustos musicales y géneros cinematográficos. Coincidíamos en muchos aspectos sobre todo en el de la música ya que a los dos nos gustaba casi lo mismo. En el tema de cine, él era más de géneros de ficción y a mí me encantaba la comedia romántica.

Comimos una estupenda paella y nos bebimos una botella de vino. Luego terminamos en la playa jugando con Mateo durante toda la tarde. Las horas volaban junto a ellos. El pequeño no dejaba de darme abrazos y besos. Parecíamos una familia.

Jamás me había sentido tan bien.

Por la noche nos fuimos a cenar a una pizzería y luego volvieron a dejarme en mi casa, amenazando con que al día siguiente tenían otra sorpresa para mí, así que quedaron en que me recogerían a la misma hora.

Sucedió que el domingo me levanté con un poco de jaqueca. Me tomé una pastilla y estuve hablando con mi madre por teléfono. Estuvimos hablando de cosas insustanciales. No me atreví a contarle nada sobre mis encuentros con Darío y su pequeño. No sé si era miedo, no sé si era pudor, no sé si en realidad lo que no quería era preocuparla. Mi madre siempre tuvo pavor a que yo iniciara una relación sentimental siendo muy joven. Ahora ya no lo era y había logrado ser una mujer independiente, pero aun así, siempre pensé que ella no quería verme sufrir por amor. Creo que, tras mi ruptura con Sergio, mi madre lo pasó peor que yo.

Me encontraba mejor tras la charla. Me duché y me puse un vestido con estampados de colores que me quedaba fantástico. Me estuve maquillando con devoción, pues quería que Darío se quedara extasiado al verme. Como me dijo aquella vez, debía hacerlo más a menudo porque un buen maquillaje resalta la belleza natural de una mujer.

Nunca me consideré una mujer explosiva, pero sabía que era capaz de ligar con facilidad a poco que lo intentara, pero siempre me dio mucha pereza comportarme así. No buscaba en un hombre para un polvo rápido, sino una relación madura, un compromiso para el futuro. Las discotecas y algunas fiestas no eran precisamente lugares ni momentos para encontrar a alguien como Darío.

Por eso empezaba a gustarme aquel hombre y, aunque todavía no se lo había dicho, había cosas que no necesitaban palabras. Nuestras miradas y sonrisas nos delataban.

Cuando subí al coche aquel domingo, noté a Darío más nervioso que de costumbre. Yo creo que mi vestido y mi maquillaje le impactaron. Mateo reía y estaba muy callado.

—Oye, ¿aquí pasa algo raro, verdad?

—Sí. No podemos decir nada. Es un secreto —respondió el niño conteniendo la risa.

—No te preocupes, Carla. Estás preciosa. Tengo que decírtelo. Has tenido un gusto excelente al elegir ese vestido.

—Lo compré en las rebajas y no precisamente en una *boutique* —dije yo con cierta vanidad.

—No es el vestido lo que te hace así de hermosa. Eres tú —sentenció antes de arrancar el vehículo.

—Me haces sentir especial, y te lo agradezco, pero ahora no necesito que me piropees. Arranca, anda.

Me sonrojé. Parecía una quinceañera. Aunque aquella última frase había sonado demasiado cursi, tuvo un efecto en mí cautivador. Durante el trayecto, Mateo y yo nos pusimos a cantar aquellas melodías que habíamos trabajado en clase. Darío sonreía y de vez en cuando decía:

—Menos mal que la lluvia vendrá muy bien para los campos. Están muy secos.

—No seas tonto, al niño le encanta cantar. —Le reprochaba yo con aire infantil.

Habíamos llegado a una urbanización, cerca de la Playa de la Victoria. No sabía dónde me encontraba; Darío no me decía nada. Bajamos del coche que había aparcado en una zona para residentes y, en principio, no vi ningún restaurante.

—Voy a presentarte a mis padres, Carla —me dijo sin que yo preguntara.

—Darío, creo que no es el momento —dije yo con un tono serio.

—No quiero que lo veas como algo formal. A mi madre le hacía ilusión. Ya está. Lo que no quiero es que te sientas incómoda.

—No quiero que me malinterpretes, pero quizá Mateo, o tus propios padres, se hacen una idea equivocada de mí y de ti. No estamos saliendo —dije yo, un poco molesta.

—Por favor, no quiero que te enfades conmigo. Solo quiero ser amable. Mis padres no harán preguntas inoportunas. Te lo prometo. Ellos saben que, entre nosotros, no hay nada... todavía. —Aquella última palabra me llegó al corazón y yo volví a sonreír como una quinceañera a la que el chico que más le gusta del instituto acaba de invitarla a salir.

Mateo estaba quieto como esas estatuas que montan su particular espectáculo en mitad de las calles. Creo que intuyó que me había enfadado. Por un lado, me gustaba que Darío se comportara así; estaba siendo bastante tradicional en su forma de actuar conmigo, pero, por otro lado, me parecía un poco precipitado que me invitara a casa de sus padres, como si tratara de darle un carácter formal a una relación que aún no estaba consolidada.

Llamó a la puerta de aquel chalet y yo estaba temblando de miedo, porque entraba en un terreno desconocido. Conocía a la madre de Darío y me había parecido una mujer sensata y sensible. Ahora yo jugaba fuera de casa y no estaba entrenada para este tipo de reuniones familiares. ¿Cómo sería el abuelo? ¿Metería yo la pata en algún comentario? ¿Era mejor estar callada? Pero, si estaba callada durante toda la comida, pensarían que era una maleducada. Estaba volviéndome loca por momentos.

Un hombre con el pelo canoso nos abrió.

Mateo lo abrazó y entró corriendo en la casa.

—Buenos días o buenas tardes. Nunca sé qué se dice a esta hora —dijo aquel hombre con tono amable.

—Hola, papá. Te presento a Carla, es la maestra de Mateo.

—Es un placer —susurré.

—Encantado de conocerla. Yo soy Mateo, aunque todos me llaman Mat. Es usted una mujer muy guapa. Nos complace invitarla a comer. Mi nieto no para de hablar de usted.

—Por favor, no me hable de usted —volví a susurrar yo, avergonzada.

—Ay, perdona, te hablaré de tú, pero pasa, pasa, por favor. No te quedes en la puerta.

Enseguida salió Paloma a recibirme al discreto vestíbulo. Me di cuenta que el interior de aquel chalé estaba decorado sencillamente. Unas acuarelas en las paredes

y algunas fotos, eran los principales elementos que decoraban el salón donde íbamos a comer.

Pese a la amabilidad que mostraron los padres de Darío, no me sentía cómoda. Cuando empezamos a comer, Mat quiso entablar una conversación conmigo y agradecí que lo hiciera, porque estaba rígida en mis respuestas hasta ese momento. Contestaba a lo que se me preguntaba con monosílabos.

—No será fácil lidiar con tantos niños en un aula, ¿verdad?

—No es fácil, Mat, pero es muy importante la organización de la clase y acostumbrarlos a una rutina —dije yo confiada.

—¿A qué se refiere con la rutina?

—No cabe la improvisación en la enseñanza. Con los pequeños tiene que ir todo perfectamente medido y calculado. Si no hay actividades programadas de antemano, tu aula se puede convertir en un caos.

—Imagino. Por esa razón, tendrás que dedicarle muchas horas en casa —dijo Mat con interés.

—En el colegio, tenemos horas libres que dedicamos a preparar clases. Luego, claro está, te llevas trabajo a casa.

—Ya te dije yo que era una chica muy eficiente —intervino Paloma con un tono dulce.

—No se trata de ser eficiente. Se trata de supervivencia. Si quieres sobrevivir en un aula, no te queda otra que una buena programación de tareas, juegos y contenidos.

Notaba que Darío me miraba y que estaba hechizado con cada frase que salía de mis labios.

—Siempre me ha parecido un trabajo admirable.

—Yo no tendría paciencia —añadió Paloma mirándome a los ojos.

—Bueno. Sigamos comiendo. El guiso de pavo está riquísimo y no paramos de hablar, se va a enfriar. Tengo un hambre canina —repuso Darío con desenfado.

—No seas impertinente. Deja que la chica se exprese. Me encanta escucharla —dijo Mat.

—Me sonrojas. No quiero parecer pedante —susurré.

—Eres la mejor maestra —dijo de repente Mateo, que jugaba con sus piezas de construcción en una mesa.

—No para de decirlo todos los días —dijo Paloma con tristeza.

—Mamá, no te pongas melancólica.

—No puedo evitarlo, Darío, se me rompe el corazón cada vez que veo al resto de madres llevando a sus hijos al colegio.

—Paloma, haz caso a tu hijo. Mateo está muy bien atendido, mejor, mucho mejor que algunos niños que conservan a su padre y a su madre.

—Lo sé, pero...

—Mamá, no me des la comida —dijo Darío enfadado.

Jamás lo había visto así. Frunció las cejas y dejó de comer. En aquel momento,

intervine para relajar el ambiente. Continué con el tema de la educación.

—Mat, cualquier docente con el que usted hablara le contaría lo mismo que yo.

—En mis tiempos, hija, había muy poca gente que iba al colegio. Y los maestros nos pegaban si no hacíamos los deberes o si hablábamos entre nosotros.

—Eran situaciones muy injustas que espero que no vuelvan a repetirse.

La conversación siguió fluida entre nosotros. Darío intervenía de vez en cuando. Paloma callaba, como si se la hubiera tragado la tierra.

Cuando llegó el momento del café, se animó y comenzó a preguntar sobre mi familia. Quise ser sincera y le conté que mi madre fue quien me crio y que las dos solas hicimos frente a todos los obstáculos que habían sido sobre todo económicos.

—Sinceramente, tampoco ha sido fácil para nosotros, Paloma. Mi vida y la de mi madre no han sido historias sencillas —dije yo con confianza.

—Entiendo lo que dices. Perdona si antes me he comportado como una estúpida.

—No. Ya te lo he dicho más de una vez.

Entiendo lo que sientes y lo que siente Darío. Pero Mateo es un niño que está creciendo con amor, con mucho amor, y eso es gracias a vosotros.

Comencé a reír y sentí que volvía a ser yo. Estaba más relajada y sabía encajar las bromas de Mat, que era un encanto de hombre. En la cocina, Paloma y yo nos quedamos a solas unos minutos y me preguntó por Darío.

—¿Cómo lo ves?

—¿A quién? ¿A Darío? —pregunté extrañada.

—Sí. No sé cómo se encuentra.

—No lo conozco apenas, Paloma. Agradezco que me haya invitado a casa de sus padres, pero no sé si ha sido un poco prematuro. Apenas nos conocemos, pero veo que tienen un hijo maduro, generoso e inteligente.

—¿Crees que sigue afectado? A veces lo veo tan solo —dijo Paloma con resignación.

—Nunca se superan esas cosas. Se aprende a vivir con ellas. Lo sé por experiencia. —El tono de mi voz se volvió también triste.

—La vida es tan imprevisible.

—Lo sé, pero no hablemos más de desgracias, Paloma. Estamos juntos y tienes un nieto precioso que es la luz de esta casa.

Cuando comenzó a atardecer, Mateo se quedó en casa de sus abuelos y Darío me llevó hasta casa. Durante el trayecto, estuvimos escuchando la música que sonaba en Kiss FM. Reconocía todas las canciones y él estaba alucinado con mi cultura musical.

—Pasé mucho tiempo sola en mi cuarto, Darío. Siempre tenía encendida la radio. He sido testigo del nacimiento y la desaparición de muchos grupos musicales —comenté riendo.

—Quiero darte las gracias. Has sido una invitada excepcional. Mis padres estaban encantados.

—Gracias a ti. Pero avísame antes de este tipo de cosas, porque lo he pasado muy

mal al principio. No estoy preparada para este tipo de acontecimientos familiares.

—¿Demasiadas Nochebuenas solas? —preguntó con un tono incisivo.

—En efecto. No estoy nada acostumbrada a comer en familia, ¿sabes?

No hablamos más hasta que bajé del coche y me dijo que pronto nos veríamos. Vi luz en sus ojos y comprobé que estaba feliz. Yo estaba confusa. No sé a qué había venido esa invitación.

Tuve la sensación, por las palabras de Paloma, que quería demostrarle a sus padres que era capaz de salir con nuevas personas, que se encontraba bien, que la muerte de su mujer formaba parte del pasado.

Aquella noche, estuve leyendo antes de dormir. Sonó mi móvil. Un mensaje de Darío que solamente decía:

Yo respondí con un emoticono. Salí al balcón. Hacía frío y, sin embargo, sentía el calor de un afecto que me sumía en una silenciosa alegría.

Capítulo 5

No sabía qué era querer en realidad. Seguía sin saberlo para entonces.

Pero estaba claro que yo sentía algo especial por aquel hombre que se había convertido en alguien muy importante en mi vida.

La ilusión que me hacía ver a Darío y a Mateo eran indescriptibles. Todavía me sigue costando mucho expresar todo aquello que sucedió y de esa forma tan rápida.

Me levanté temprano aquel lunes y llamé a mi madre. No solía hacerlo, pero yo estaba nerviosa y quería pedirle consejo. La ansiedad volvía a pasarme factura, pues encontraba que mi atracción por Darío era más que evidente, pero no dejaban de surgirme dudas.

Ni siquiera por Sergio había experimentado esa clase de sensaciones.

—Mamá, soy Carla.

—Hija, ya sé que eres tú. Es muy temprano.

—¿Sucede algo grave? —Se alarmó de repente.

—No. No te preocupes. No pasa nada. Quería preguntarte algo que nunca te he preguntado.

—Dime, por favor. Pero deberías estar de camino al trabajo, ¿no?

—Solo es un momento, mamá —dije dubitativa.

—Me preocupa ese tono. Estás poniéndome muy nerviosa.

—¿Cómo sabes si alguien te gusta de verdad?

¿Cómo sabes si te has enamorado?

—Ufff, son preguntas muy complicadas para un lunes por la mañana.

—¿Podemos quedar para tomar café después de las clases, mamá?

—Me encantará —dijo muy animada.

—Me gustaría que vinieras sola. No me molesta el doctor Quevedo, pero es un tema tan personal que me avergonzaría un poco hablar delante de él.

—No te preocupes. Sé lo que tengo que hacer —dijo ella con ese tono dulce que a mí tanto me gustaba.

Colgué con un escueto adiós. Vendría a mi casa, que era también la suya, para que conversáramos. Necesitaba a mi madre. Por un lado, mi actitud parecía infantil en ese momento, pero, por otro lado, su intuición me ayudaría a saber si estaba en lo cierto; a saber si en realidad Darío era esa persona en la que podía confiar mis sentimientos.

La mañana en el trabajo transcurrió perfectamente. Los niños estaban ilusionados con el mundo de los animales. Vimos un documental de anfibios que les fascinó y Mateo me miraba con su cara risueña, sonriendo cada vez que yo lo hacía.

Esa tarde volvió a aparecer Darío en mi clase. Estaba hablando con algunas madres y él esperó a que acabara.

—No te esperaba hoy. Pensaba que ibas a recoger a Mateo solo la semana pasada.

—Es cierto. Pero le hace tanta ilusión que venga a recogerlo que he hecho un hueco en mi horario así que vendré todas las tardes.

Al saber aquello, mi corazón me dio un vuelco. Lo miré fijamente y sonreí. Detrás de aquella sonrisa transmití algo más que una mera complicidad. Ahora me atrevía a fijar mis ojos en los suyos. Me gustaba hacerlo. Sentía protección, pues no solo era cariño lo que nuestras miradas intercambiaban.

—Me alegro por Mateo —dije yo sin dejar de sonreír.

—Pensaba que te alegrabas por otras razones.

Temblé cuando dijo aquello.

—No seas pícaro, Darío. Claro que me gusta verte y hablar contigo. Lo sabes de sobra.

—Eres una mujer misteriosa, ¿sabes? —dijo con voz grave y sugerente.

—¿A qué te refieres? —pregunté con extrañeza.

—A que eres una mujer parca en palabras, muy comedida, elegante en tu forma de comportarte.

—¿Y eso es malo?

—No. No es malo. Te admiro por eso, pero no estoy acostumbrado.

—Pero, ¿a qué mujeres has conocido tú? —dije bromeando.

—No me malinterpretes. Lo que quiero es decir es que me gusta tu estilo. No vas de rompecorazones, pese a tu belleza. No alardeas de tu posición ni intentas vestir de forma provocativa. Hay mujeres que, en tu lugar, lo harían. —Su tono me pareció un tanto vanidoso y machista.

—Hay muchas mujeres maravillosas como yo ahí afuera. Y algunas que conozco han tenido muy mala suerte con los hombres —dije yo un tanto dolida.

Mateo había salido fuera a jugar con un grupo de niños que todavía esperaban a sus padres.

—Lo que me has dicho, Carla, suena a que estás un poco escarmentada. ¿Tuviste algún fracaso amoroso? Quizá me estoy metiendo donde no me llaman.

—No pasa nada, Darío. Tuve una pareja durante un año y acabamos fatal. Creo que hay muchos hombres que no saben valorar a las mujeres que llevan al lado.

—Es cierto. Te doy la razón. Los hombres somos bastante egoístas por naturaleza y no sabemos apreciar a las personas que verdaderamente merecen la pena.

—No me gusta que seas complaciente conmigo. No tienes por qué darme la razón.

—Me duele que digas eso. Estoy hablando en serio. Si no fuera así, no estaría aquí en esta clase hablando contigo.

Pasó un ángel. Se hizo un silencio de repente tras esa última intervención de Darío. De nuevo, no sabía cómo responder, pero sí que me apetecía hacer una cosa que seguramente le iba a sorprender mucho.

—Me gustaría devolverte la invitación, si te parece bien. A ti y a Mateo, por supuesto. Me gustaría invitaros a comer mañana.

Estaba decidida. No lo había meditado apenas, pero el corazón me lo ordenó. Mientras venía al colegio en mi coche, se me ocurrió hacerlo. Así podría estar más tiempo con aquel hombre que, ahora, se acercaba hasta mí y, sin tocarme, a pocos centímetros de mi cuerpo, parecía que lo estaba haciendo.

Notaba sus manos sobre mis hombros y en mi cintura, pero solamente era una ilusión, otra de esas fantasías que creamos para hacer más llevadera nuestra existencia.

—Mateo se pondrá muy contento cuando se lo diga.

—Os lo debo. Habéis sido muy amables conmigo.

—Sabes que estimo mucho todo lo que estás haciendo por mi hijo. Mi madre no para de decírmelo.

—Creo que estáis exagerando. Hago lo que haría cualquier otra profesora. Hay docentes muy buenos en este colegio —dije convencida.

—Sí, pero nosotros te preferimos a ti.

—Me alegro mucho. Entonces nos vemos mañana a mediodía, ¿vale?

—Sin problema, lo notifico en mi trabajo y Mateo y yo te acompañamos. Me dejas intrigado.

—Mejor. Mejor así, con intriga —dije yo, sintiéndome dueña de la situación.

Estaba deseando salir y hablar con mi madre. Darío parecía ilusionado con aquella invitación que no se esperaba. Y yo, al mismo tiempo, no esperaba otra reacción que aquella; la de un hombre que bebía los vientos por mí, que, midiendo muy bien los tiempos, había conseguido que yo estuviera enamorada de él.

Yo quería saber si estaba en lo cierto y, por esa razón, tenía que hablar con mi madre, como si de alguna forma necesitara su consentimiento, una clase de bendición, que me permitiera acercarme a Darío de una forma que nada tenía que ver con la amistad exclusivamente. Ya sabía lo que Susan me iba a decir, si le preguntaba: Fóllatelo, Fóllatelo.

No se trataba solo de una atracción física. Aunque parezca mentira, nunca me había preocupado en exceso la apariencia en los hombres, sino más bien otros valores como la sinceridad, el compromiso, la lealtad. No sé si Darío encarnaba esos valores que yo esperaba en un hombre, pero pronto saldría de dudas. Por ahora, estaba siendo un hombre precavido, inteligente a la hora de conquistarme y sutil en su forma de dirigirse a mí y de seleccionar con agudeza las frases que me movían a quererlo.

Mi madre llegó antes que yo. Tenía llaves y me esperaba sentada en el sofá del comedor. Esperaba en silencio. Por esa razón, solo puedo describir a mi madre como esa mujer que nació para no molestar.

Me dio mucha alegría verla allí, parada, meditabunda, callada, como ausente del mundo que la rodeaba. Con aquella imagen volví a mi infancia en la casa.

—Mamá, he retrocedido veinte años cuando te he visto ahí, sentada en el sofá —dije yo con emoción.

—Me produce ternura cuando hablas así.

—Hablo como me enseñaste tú —repuse yo con un tono bromista antes de darle un abrazo.

—Me apetecía recordar momentos que viví aquí contigo desde que eras una bebé —dijo con tono melancólico.

—¿Has recordado muchas cosas? —pregunté yo, con ansias, apoyándome en el borde de la mesa.

—Sí, por ejemplo, ahí donde estás apoyada ahora, te diste un golpe tremendo. Hubo que llamar al médico. Te salió un chichón enorme y me diste un susto que casi me da un infarto.

—¿Hablas en serio?

—Muy en serio. Pero a veces no es bueno recordar, Carla.

Mi madre volvió a ponerse triste. Su rostro volvió a ser esa máscara gris a la que me tenía acostumbrada cada vez que la miraba.

—¿Por qué no es bueno recordar?

—Porque los espíritus regresan, Carla.

—Mamá, me asustas.

—No tienes que temer nada. Mi madre, tu abuela, siempre decía que los espíritus de los ausentes nos obligan a recordar momentos del pasado para que rectifiquemos acciones del futuro.

—¿Piensas que recordamos a causa de los espíritus?

—Yo no creo en nada de eso, Carla. Es lo que decía tu abuela. Lo único que sé es que al recordar me pongo muy triste. Menos mal que recuerdo también tus caídas en aquel pasillo que me hacen reír.

—Mamá, eres una caja de sorpresas. Voy a preparar café.

Me alejé de mi madre, que volvió a sumirse en el silencio, y encendí mi Nespresso. La tarde llegaba a su fin. Se escuchaba tenuemente un rumor de hojas en los árboles del parque y algunas voces de gentes que pasaban por la avenida a la que daba la ventana de mi cocina. Volví al comedor y mi madre acariciaba un cenicero que hice yo en parvulario.

—Aún me acuerdo cuando trajiste este cenicero a casa. Dijiste que era para papá. —Noté que la voz de mi madre se tornaba triste y oscura.

—¿Dije eso? ¡Qué ingenua era!

—Eras una preciosidad de niña, como ahora, y te encantaba el colegio. Y, mira, has acabado siendo maestra.

—Ahora no mandarías que mis niños fabricaran un cenicero —dije entre risas para que mi madre se sintiera más relajada.

—Eso es cierto. Eran otros tiempos, pero parece que todo fue ayer, Carla.

—Sí, pero ha pasado mucho tiempo en realidad. Los espíritus están siendo crueles con nosotras —repuse yo, ahuecando el rostro para burlarme de su superstición.

—No te rías de esas cosas. Trae mala suerte. A propósito, ¿qué te pasaba esta mañana? Te noté muy nerviosa.

Sorbí del café y miré al vacío. Necesitaba tomar aire antes de hablar y pensar muy bien lo que iba a decir.

—Mamá, creo que me he enamorado.

—Bueno, Carla, eso no es ninguna enfermedad. No hay nada malo en eso. Me tenías asustada. Llevo un día de perros, pensando solo en lo que me ibas a contar.

—El problema es que no sé si estoy segura de mis sentimientos.

—Eso nunca lo vas a saber —respondió rápidamente antes de beber de la taza.

—No sé si me he explicado bien. Darío, el padre de Mateo, parece un hombre sensato y entra dentro de ese prototipo que tanto me gusta a mí. Es inteligente, agudo, parece que tiene un trabajo estable.

—Vamos, hija, te ha tocado la lotería —bromeó ella, dándome una palmada en la pierna y sonriendo.

—No lo sé, mamá. He comido con él más de una vez. El niño me tiene mucho cariño. El padre parece muy familiar y está entregado a su hijo. Creo que siento algo por ese hombre que no había sentido antes por nadie.

—No puedo ayudarte, Carla. Eres una mujer con talento, sensible y trabajadora. Ya no eres la niña que se caía en el pasillo o se daba golpes con la mesa, o la que trajo este cenicero para un padre que nunca existió. Ya no eres esa niña. Eres una mujer. Te he dicho cientos de veces que no te fíes demasiado de las personas.

—¿Por qué dices eso? ¿Por papá?

—Nunca quisiste hablar del tema. Claro que lo digo por papá y por esos hombres que dicen ser lo que no son en realidad. Recuerda lo que te pasó a ti con Sergio o lo que le pasó a tu amiga Susan con ese tal Robert.

—Ya, pero esperaba que, con tus años y por tu experiencia, podrías ayudarme.

—Pues no. Lo siento, Carla. Debes disfrutar este momento y tu propio corazón dictará qué debes hacer a continuación, cuál es el paso que debes dar para que esa relación sea duradera. No hay manuales para el amor.

Me quedé un tanto chafada al escuchar las palabras de mi madre. Pero aquellas palabras no estaban exentas de sabiduría.

—Siento haberte defraudado, Carla.

—Mamá, no digas eso, por Dios. No me has defraudado. Es solo que esperaba una respuesta más precisa. Un consejo que me permitiera al menos no equivocarme.

—No soy quien para dar consejos. Mira lo que me pasó. Naciste tú y, pasados todos estos años, agradezco, sin embargo, aquel incidente. Porque tú has sido la razón de mi existencia. Si yo volviera a nacer, elegiría otra vez esta vida. He sido feliz contigo, que naciste de un error. —Terminó la frase con una sonrisa.

Volvió el brillo alegre a sus ojos y la máscara gris desapareció de su rostro.

—Tienes razón, mamá.

—No tengo razón. Debes empezar por ahí. No existe un solo camino para llegar a la felicidad. No existe. Mi error me condujo a ser feliz. Tus aciertos y tus desaciertos no pueden ser previstos con antelación. Disfruta de este momento con Darío y, si te

equivocas, pues bendito error.

—Antes no pensabas así.

—Claro que no. Quizá ha sido por influencia de nuestro querido y amado doctor Quevedo. He estado toda la vida sufriendo y ahora me he dado cuenta de que he perdido mucho tiempo culpándome de un hecho tan maravilloso como fue tenerte a ti. Fue a los dieciocho, es cierto. Era muy joven, pero no hice nada malo a nadie. Ni robé ni maté.

Las palabras de mi madre me hicieron reflexionar después en la cama. No me acosté temprano aquel lunes. Estuve cocinando y ya sabréis por qué. Mamá se había marchado sobre las ocho. Estuvo ayudándome con una masa para un pastel. Le pedí luego un taxi.

Había anochecido antes de lo que yo imaginaba. Seguí comiéndome la cabeza con todo aquello que me dijo, pero estaba claro que en el amor estaba sola. Era yo quien debía gestionar mis propios sentimientos y enfrentarme a la verdad, aunque no se trataba exactamente de una verdad, sino de una incertidumbre. ¿Era Darío el hombre de mi vida? ¿Era ese hombre el príncipe de mi cuento?

Antes de cerrar los ojos, sonó mi móvil y leí un mensaje que me ruborizó. Era un mensaje de Darío.

Me quedé paralizada sin saber si debía responder. Pensé en lo que me había dicho mi madre y me dije a mí misma: disfrutemos del error.

A partir de esa frase, comenzó un intercambio de mensajes que me recordaban a mis tiempos en el instituto, cuando escribíamos notitas a los compañeros.

Así cualquiera dormía. Di vueltas en la cama sin cesar. Me levanté varias veces a beber agua. Dormité delante de la tele donde un señor calvo vendía zapatillas para evitar la reuma. Madre mía, menuda nochecita. Y, al día siguiente, tenía que estar radiante para mi sorpresa.

Menos mal que aquella mañana parecía que los niños habían sido sedados y no hubo mucho jaleo en clase.

Mateo me abrazó varias veces a lo largo de la mañana, como hacen tantos otras de estas criaturas. Pero reconocería aún el abrazo de Mateo si me vendasen los ojos. Era un abrazo tibio, sin fuerza apenas, como esos abrazos que se dan con miedo. Mateo estaba inseguro y era lógico, se notaba la ausencia de calor materno.

Por mucho que Darío lo intentara, quien enseña a abrazar de verdad a una criatura como Mateo es una madre. Demasiado estaban haciendo los abuelos y su padre por suplantar el afecto materno que Mateo necesitaba.

No me percaté de su presencia. Salió de la nada. Estaba bajo el umbral de la puerta. Sonreía y en su rostro la confianza era más que visible. Acababa de sonar el timbre y el colegio ya se había vaciado.

—Bueno, ¿adónde vamos?

—¿Qué prisas son esas? —ironicé.

—Antes de las tres debes estar aquí, ¿verdad?

—Tenemos tiempo de sobra —dije con serenidad mientras terminaba de ordenar las sillas.

—¿No me vas a contar nada sobre los mensajes de anoche? —preguntó con cierto tono morboso.

—¿Qué mensajes? No recuerdo nada. —Fingí con una sonrisa de oreja a oreja.

Salimos del cole. Mateo corría por delante de nosotros. Monté en el coche de Darío y, en quince minutos, estábamos en la puerta de mi casa.

Quería invitarlos a comer al que había sido siempre mi hogar. Seguramente, Darío esperaba algún restaurante, pero no era esa la idea. Quise que la invitación fuese en mi casa. Una comida casera y un buen pastel son siempre bien recibidos y así fue, pues no quedó nada en los platos. El guiso de carne que había preparado la noche anterior y el pastel de manzana volaron en un santiamén.

—Estaba hambriento, Carla.

—Se nota. Se nota. Has rebañado el plato y Mateo también.

—No sabía que fueras tan buena cocinera.

—No sabes muchas cosas de mí. —El tono de mi voz se volvió un tanto picante.

—Ni tú de mí, pero ya las irás descubriendo. —Aquellas palabras sonaron a seductoras y tentadoras.

—Espero que no sean sorpresas desagradables —comenté yo recogiendo la mesa.

Mateo me ayudó y Darío prefirió quedarse en la mesa. Yo creo que no se podía levantar del atracón que se había dado.

—Darío, ¿eres de esos hombres que prefieren que las mujeres hagan todo?

—¿Me estás llamando machista? —preguntó con intención de provocarme.

—Sí, mira a Mateo. ¿Has visto cómo me ha ayudado? Son las cosas que le ha enseñado su maestra.

—No lo dudo. Ojalá hubiera tenido maestras como tú —añadió Darío con un tono de admiración que me ruborizó.

—Déjate de tonterías y vámonos, que llegamos tarde.

Durante el trayecto hacia el colegio, los tres estuvimos cantando varias canciones infantiles que Darío había puesto en el equipo de música del coche para que el niño no se durmiera.

A las cinco volvió a aparecer el padre de Mateo y apenas nos dijimos nada. Bastaban las sonrisas y unas miradas llenas de un lenguaje subterráneo que solo nuestros corazones sabían interpretar.

Aquella misma tarde quedé con Susan, que no se anduvo con chiquitas en nuestra conversación. Habíamos quedado en mi casa, y mientras tomábamos un café me insistía en que el romanticismo solo conducía al desastre.

—Le estás dando muchas vuelta al asunto, Carla.

—No sé qué quieres que haga. Nos estamos conociendo. Todavía no hay nada serio entre nosotros.

—Claro que no lo hay. ¿Y por qué no lo hay? Porque no habéis follado. El día

que te lo folles, Darío será tuyo.

—Hija, qué bruta eres. ¿Qué ha sido de aquella chica sensible que tan buenos consejos me daba?

—Aquella chica era una estúpida y hace mucho tiempo que se marchó de mi vida —dijo sin cesar de gesticular con las manos.

—Me gustaba mucho aquella Susan.

—Pues ha pasado a la historia.

Estaba claro que mi amiga era pragmática. Quería que yo me acostara cuanto antes con aquel hombre para que le contara qué tal funcionábamos en la cama. Aquella clase de consejos no me convencían; no casaban con mi personalidad.

El miércoles sucedió lo mismo.

Darío y yo intercambiamos algunas palabras y de nuevo las sonrisas y las miradas con intención formaron parte de aquel encuentro en el colegio. Me sentía embargada por una especie de cariño que por ahora me satisfacía, pero era cierto que, al acabar la jornada del miércoles, esperaba alguna nueva invitación a comer.

Pero nada de eso ocurrió. Darío había estado encantador, pero nuestro diálogo había resultado monótono y hasta aburrido, me atrevería a decir.

Agradecía mucho sus mensajes, pero yo quería volver a estar con él y con Mateo, como si fuésemos una familia.

El miércoles caí rendida sobre la cama. Estaba confusa. Encendí la radio y puse la alarma en mi móvil. En ese instante, recibí un mensaje que me dejó perpleja.

Risueña y emocionada, contesté rápidamente.

Pecando de ingenuidad, escribí:

Dejé el móvil sobre la mesita de noche y miré al techo, luego a las estrellas que poblaban el cielo y que, desde mi cama, podía divisar a través de la ventana. Pensé en el error que posiblemente estaba cometiendo, pero me dejé llevar y dije que sí.

Apagué el móvil. No quería saber si había contestado a mi agradecimiento. Lo pensé un rato. O más bien no pensé en nada. Mentira. Pensaba en una voz que me decía: «No te fíes».

Capítulo 6

Salí del colegio y Darío me estaba esperando. Mateo ya estaba dentro del coche y su padre apoyado en la puerta del copiloto, de brazos cruzados, mientras me seguía con la mirada.

Solía salir a la misma hora que los alumnos, pero ese día se me habían complicado un poco las cosas y tardé algo más.

Me acerqué, nerviosa, al pensar en las horas que nos quedaban juntos. Eso y que estaba guapísimo. Sonreí tímidamente, él descruzó sus brazos y se separó del coche.

—¿Preparada para un fin de semana especial? —preguntó en mi oído tras darme un cariñoso beso en los labios.

—No. —Negué con la cabeza, nerviosa.

—Lo pasaremos bien.

Nos montamos en el coche, Mateo estaba feliz por quedarse ese fin de semana con su abuela, no dejaba de decir que por fin podía ver películas de terror como siempre hacía con ella. Que Darío se lo prohibiera no servía de nada, Mateo asentía con la cabeza como dándole la razón a su padre, quien lo miraba por el espejo retrovisor, y después me guiñaba el ojo a mí, diciéndome claramente que se iba a disfrutar de lo lindo con su abuela y no haría nada de lo que su padre le decía.

Media hora después, tras dejar a Mateo con su abuela, Darío y yo íbamos de camino al *Novo Sancti Petri* en Chiclana. Tardamos poco en llegar. Nos pusieron la pulsera del todo incluido del hotel, dejamos las maletas en la preciosa habitación que había alquilado y bajamos al restaurante a comer algo.

—¿Qué te apetece? —preguntó Darío cuando nos sentamos.

—No sé, lo que pidas estará bien.

—Vamos, Carla, no tengas vergüenza conmigo.

—No es eso, es que como empiece a pedir, nos pasamos el día aquí. Todo tiene que estar delicioso —dije mirando la carta.

—Pues no te cortes. Si quieres pedimos una degustación de cada plato.

—¿Podemos hacer eso?

Ya me estaba imaginando cuatro mesas llenas con todo tipo de comida.

—No veo por qué no, así sabremos qué nos gusta y qué no. Encima está todo incluido así que puedes aprovechar y comerte el restaurante entero.

—Todo... Soy de buen comer eh —reí.

Y acabé llenísima. No nos habían puesto pegas para la degustación y yo, aunque estaba a punto de reventar, probé absolutamente todo. Nos estábamos tomando un café, observando el precioso lugar en el que pasaríamos las próximas 48 horas, cuando Darío se levantó de la silla, se puso de pie frente a mí y me ofreció su mano.

—¿Bailamos?

Miré alrededor y nadie lo hacía, fui a decirle que no cuando él ya me estaba levantando de mi asiento.

—Olvida a la gente, Carla, solo mírame a mí. —Me agarró por la cintura y pegó mi cuerpo al suyo.

—No soy muy buena bailarina —dije un poco avergonzada.

—Ni yo tampoco, ¿pero a quién le importa?

Coloqué los brazos alrededor de su cuello y apoyé mi cabeza en su hombro.

—Quiero que recuerdes siempre este fin de semana, Carla —dijo en mi oído—, porque yo no creo que lo olvide.

No me temblaron las rodillas de milagro, Darío era todo un seductor y yo no era lo que se decía lanzada cuando un hombre me gustaba de verdad.

Levanté la cabeza y lo miré.

—Ten por seguro que lo recordaré siempre —le dije mirándolo a los ojos.

Acercó su boca a la mía y me dio un dulce beso.

Permanecimos abrazados, moviendo nuestros cuerpos al ritmo de la balada, besándonos de vez en cuando. Todo era perfecto, solo estábamos nosotros, era como si el mundo a nuestro alrededor hubiera desaparecido. Y eso siempre me ocurría con Darío; tenía ese poder sobre mí, cuando él estaba, solo él existía.

Un par de canciones después, sin decirme nada, agarró una de mis manos y comenzamos a caminar. Entramos en la habitación y, tras cerrar la puerta, agarró mi cara y me besó apasionadamente.

En ese momento fue como si una compuerta se hubiera abierto y dejó salir toda la pasión que había en nosotros.

Besándonos, dejándonos sin aliento mientras sus manos acariciaban cada parte de mi cuerpo. Llegamos a la cama a trompicones. Estábamos desatados. Yo un poco sorprendida por el cambio de Darío, pero no quería que cambiara, me excitaba verlo así, como si se muriera por hacer el amor conmigo.

Los dos de pie delante de la cama, mirándonos a los ojos y con las respiraciones acelerada, pero ninguno decía una sola palabra, solo sentíamos.

Darío comenzó a desnudarse sin dejar de mirarme a los ojos. Yo miraba cada parte de su cuerpo, excitándome cada vez más. Iba a tener un orgasmo con solo mirarlo si seguía así.

Respiré profundamente e hice a un lado la vergüenza que podía sentir, comencé a desnudarme también, pero mirando a la nada. Cuando estaba en ropa interior, busqué sus ojos y me quedé observándolos.

Él tragó saliva antes de decir:

—Eres perfecta.

No pude replicarle, volvió a pegar nuestros cuerpos y las palabras sobraron de nuevo. Caímos en la cama, nuestras bocas no se daban tregua.

Me quitó la ropa interior y besó cada rincón de mi cuerpo, con delicadeza pero apasionadamente. Los dos gemíamos con el contacto, su pecho sobre el mío, nuestras

piernas entrelazadas, nuestras caderas...

Cuando entró dentro de mí, supe lo que ese hombre significaba ya para mí. La sensación fue de perfección y las emociones me sobrepasaron, llegué al orgasmo casi inmediatamente, haciéndolo sonreír.

Abrí los ojos y noté que ya había anochecido, me tapé el pecho con la sábana y me incorporé un poco en la cama, buscando a Darío. Lo vi sentado en un sillón que había justo debajo de la ventana, mirando hacia fuera, silencioso y pensativo.

Estaba como ensimismado.

Me levanté y me enrollé en la sábana, me acerqué lentamente, extrañada porque ni siquiera lo notase. Puse una mano en su hombro y él salió de su estupor. Levantó la cabeza, como si se hubiera asustado.

—¿Estás bien? —pregunté en un susurro.

Me agarró por la cintura y me sentó encima suyo. Me acomodé, semitumbada y lo miré a los ojos.

—Ha sido perfecto —dijo, refiriéndose a nuestro tiempo juntos.

—Lo ha sido —confirmé—. Darío, puedes confiar en mí.

—Lo sé, tranquila, estoy bien. —Lo miré con las cejas enarcadas, incrédula—. Solo pensaba.

—¿En qué? —pregunté a riesgo de sonar entrometida.

—La quería mucho —dijo tras unos minutos de silencio y yo supe que se estaba refiriendo a su ex mujer—. Ya está superado, pero no ha sido fácil.

—Lo imagino...

—Muchas veces tengo remordimientos —suspiró—. Cuando murió, no fui un buen padre.

—Eh, no digas eso, eres el mejor padre del mundo.

—Gracias —sonrió tristemente—, pero no es así.

—¿Por qué piensas eso?

—Murió en el parto y yo fui incapaz de mirar a mi hijo en ese momento.

—Es normal, Darío, estabas en *shock*.

—No podía comprender cómo la vida me hacía eso en ese momento. —Él seguía hablando, como si no me escuchara—. Tenía que haberme aferrado a mi hijo, a esa nueva vida, pero no supe hacerlo. Hubo momentos en los que incluso lo culpé. — Algunas lágrimas cayeron de sus ojos y se las limpié con mis dedos, emocionándome al verlo así—. Mi hijo lo era todo y yo me comporté como lo peor.

—Oye, mírame. —Me costó que lo hiciera, y esperé hasta que sus ojos se encontraron con los míos—. No tienes que culparte por nada de eso, es una reacción normal.

—No, Carla, estuve casi un año así.

—¿Así cómo?

—Cuando asimilé las cosas, me hice cargo de Mateo, pero era verlo y el dolor se apoderaba de nuevo de mí. A veces era solo mirarlo para que me recordara a ella.

Lloraba demasiado, no le di a mi hijo todo el amor que necesitaba siendo solo un bebé.

—Te repito que eres un gran padre.

—Perdió a su madre, pero tenía un padre. Cuando entendí eso, me volqué con él. Pero jamás me perdonaré no haber estado al cien por cien desde el primer momento.

—No eras tú, Darío, era el dolor. —Quería que entendiera eso, no podía seguir culpándose.

—Ahora lo sé, Carla, pero de vez en cuando vuelven esos remordimientos.

—No, eso tienes que superarlo del todo. Actuaste como lo haría cualquiera, por eso no fuiste un mal padre, solo llevaste el dolor de la pérdida de tu mujer como mejor pudiste, o como supiste hacerlo. Nadie nos prepara para algo así, no sabemos cómo hay que actuar. Nadie manda en nuestros sentimientos, Darío —dije emocionada.

Me abrazó y nos quedamos en silencio, mirando por esa ventana hacia la oscuridad de la noche.

—Perdóname —dijo, mortificado, unos minutos después.

—¿Por qué? —levanté la cabeza y lo miré.

—Acabo de hacerte el amor en esa cama —dijo señalándola—, y ahora te hablo de ella y...

—No. —Puse un dedo en sus labios—. La quisiste, era tu esposa, fue... Es... —rectifiqué—, la madre de tu hijo. Nunca te sientas mal por contarme cosas sobre ella, seguro que era una gran mujer. Si me hubiera pasado a mí, me hubiese gustado que te quedases con ese recuerdo y hablastes de mí sin temor a estar con otra persona.

—Tú eres una gran mujer —dijo emocionado.

Me acerqué y le di un beso.

—Gracias —le dije sonriendo.

—¿Por qué? —preguntó extrañado.

—Por confiar en mí.

Nos besamos y acabamos de nuevo en la cama, haciendo el amor, esta vez más pausado, disfrutando de cada momento y grabando cada sensación en nuestros cuerpos.

Esa noche acabamos pidiendo algo al servicio de habitaciones y nos dormimos temprano, había sido un día con demasiadas emociones.

El sábado estuvimos de relax, era como si lo de la noche anterior no hubiera sucedido y a la vez, yo sentía que teníamos más conexión que antes; nos había unido o al menos así lo sentía yo.

Estábamos tan cómodos el uno con el otro que el día se nos pasó rápidamente. Ya era por la noche, habíamos cenado y estábamos tomando una copa en el bar.

—¿Cómo está Mateo? —le pregunté cuando regresó, se había separado un poco para hablar con él.

—Se ha comido una *pizza* de queso y están comiendo palomitas, van a ver una

película —dijo poniendo los ojos en blanco.

—De miedo, imagino —reí.

—Miedo me da a mí dejarlo allí, después tiene pesadillas, pero él no dejará de verlas.

—Es un niño, es normal, déjalo disfrutar.

—No dirás lo mismo cuando te toque aguantarlo una noche.

—Por mí bien. —Me encogí de hombros—. Me lo quedo cuando quieras.

—Ya te arrepentirás. —Me sacó la lengua.

—¿Quieres otra? —Señaló mi copa.

—Como beba más, no respondo por mis actos.

—Otra —le dijo al camarero y yo reí.

—¿Quieres emborracharme?

—Quiero verte un poco desinhibida.

—No sabes lo que dices. —Cogí la copa nueva y me la bebí del tirón. Si quería verme borracha, iba a conseguirlo rápido. Aguanté las arcadas y tosí.

Darío no dejaba de reír, yo ya estaba en modo payasa y comenzaba a notarme más que achispada.

Un poco era un decir, porque acabé bailando sola en la pista, chillando como una loca y muerta de la risa.

—Venga tío, este tema de la bicicleta de Shakira está muy de moda —grité, bailando desde la pista, ante la risa de él.

—No —dijo desde la barra mientras hacía el gesto con el dedo.

—Soso —grité.

Darío pasó de divertirse a enfadarse, o eso creí, cuando jaló mi mano y nos metió a los dos en nuestra habitación.

—No te dejaré beber más —dijo quitándome la ropa.

—¿Por qué? Es divertido —dije arrastrando las palabras.

—No, si los camareros estaban muy entretenidos, sobre todo cuando has empezado a enseñar más de la cuenta.

—Solo estaba bailando. —Me hizo tumbarme en la cama y él se tumbó después.

—Si no llego a pararte, haces un *striptease* allí mismo.

—Eres un exagerado. —Me levanté como pude y miré mi cuerpo desnudo—. Mierda, así no puedo hacértelo.

—¿Hacerme qué?

—El *striptease* —dije, como si fuera tonto.

Se rio a carcajadas y tiró de mí, haciendo que cayera sobre su cuerpo.

—Ya me lo harás en otro momento, no te preocupes, te lo recordaré.

Y a partir de ahí sobraron las palabras, ya todo era tocarnos, besarnos y hacer el amor como locos.

Acabé agotada encima de él, me dio un beso en la cabeza y las buenas noches. Cerré los ojos, disfrutando de su contacto, sin querer separarme de él.

El domingo me desperté con una resaca de campeonato. Darío me trajo el desayuno a la cama y yo fui incapaz de probar bocado. Había bebido demasiado la noche anterior.

Todo me molestaba: la luz, el sonido fuerte...

Me tomé una pastilla, esperando que el dolor de cabeza mejorara en algo. Tras el desayuno, dejamos el lugar donde tanto habíamos vivido y volvimos a casa. Cuando me despedí de Darío, lo hice con un beso que mostraba más de lo que yo quería, pero entre nosotros algo había ocurrido; una conexión especial que no quería perder.

Como él me dijo al principio del viaje, jamás olvidaría ese fin de semana.

Mateo llegó a clase muy emocionado por verme, me dio un fuerte abrazo ante la atenta mirada de todos los padres y niños que sonreían al saber la complicidad que tenía ese pequeñajo conmigo.

Toda la mañana la pasamos haciendo juegos didácticos y aprendiendo un poco de las letras, me reía mucho con ellos, ya que cuando preguntaba desde la pizarra a qué letra me estaba refiriendo, todos chillaban y se levantaban de los asientos para destacar que lo sabían; era muy divertido trabajar con ellos, además me había tocado una clase bastante buena.

A la salida nos estaba esperando Darío, que nos llevó a comer a un Burger King para que el niño estuviese distraído porque quería hablar conmigo.

—Quiero que nos vayamos el viernes a París, mi hermano echa mucho de menos al pequeño, mi madre ya le habló de ti y me encantaría que nos acompañases.

—¿París? ¿Este fin de semana? ¿Los tres?

¡Me apunto!

—Biennnnnn —gritó el pequeño que nos estaba escuchando desde el parque de bolas.

—Una cosa, mi parte la pago yo, es la única condición que pongo.

—Bueno, voy a coger los vuelos ya —decía mientras sacaba su móvil.

—Si salimos desde Sevilla, tiene que ser a partir de las cinco porque saliendo a las dos de trabajar, necesitaremos nuestro tiempo para llegar.

—Perfecto, aquí hay un vuelo para las 18:45, lo cojo ya, dame tus datos y ya pongo los nuestros.

En cinco minutos teníamos los vuelos. Yo estaba loca de contenta por irme con ellos a pasar el fin de semana a Francia. Volvíamos el lunes ya que era fiesta.

Pasamos toda la tarde juntos, luego me dejaron en casa y Mateo no paraba de decir que nos íbamos a París, muy emocionado. Nos despedimos y Darío me dio un beso en los labios en la puerta de mi casa, a lo que el pequeño comenzó a aplaudir muy feliz.

Al día siguiente quedé con Darío en que me recogería por la tarde en el colegio ya que ese día había turno partido, además él no podía venir a mediodía a recoger al pequeño ya que se le había acumulado el trabajo. Dejamos a Mateo en casa de los abuelos, que se lo iban a llevar a un cumpleaños de un amigo de la urbanización.

Fuimos a cenar a un italiano. Para ser martes estaba el local a tope ya que como se estábamos en mayo la gente comenzaba a salir a menudo; el clima en Cádiz era espectacular, disfrutábamos de muchos meses con una buena temperatura.

—Carla tengo que pedirte un favor —dijo Darío un poco serio.

—Claro, dime.

—Mañana tengo que salir de viaje por temas laborales y no vuelvo hasta el viernes por la mañana.

—Justo para irnos a París —dije en plan broma, a pesar de que me dolía saber que no lo iba a ver hasta el viernes.

—El problema es que a mi padre le hacen unas pruebas el jueves y mi madre necesita acompañarlo. Son en Córdoba y vendrán muy tarde, el pequeño tendría que faltar al colegio o tendría que poner a alguien para recogerlo y quedarse con él hasta que ellos vengan, pero a mí no me gusta dejarlo con nadie, para eso soy algo especial...

—¿No te fías de mí? —pregunté preocupada.

—Por eso lo decía, eres de la única de quien me fío aparte de mis padres y me preguntaba si me podías hacer el favor de cuando saliese del colegio llevártelo contigo hasta que ellos regresaran, el problema es que lo mismo llegan a las nueve que a las doce de la noche.

—Pues claro que me lo quedo, ¿pero no sería mejor que se quedase en mi casa a dormir y ya nos recoges el viernes en el cole para irnos? Lo digo por si llegan tarde y el pequeño está durmiendo, para no tener que despertarlo.

—Gracias, no sabes cuánto te lo agradezco, si a ti no te importa quedártelo a dormir por supuesto que puedes hacerlo.

—¿A mí, importarme? Todo lo contrario, me hace mucha ilusión, así aprovecharé que tengo que ir a un centro comercial a comprar un abrigo que quiero llevarme a París y así me acompaña el pequeño y será más divertido.

—¡Quiero que llegue ya el jueves! —dijo Mateo ante mi asombro, que se había estado enterando de todo desde las bolas.

—Faltan dos días —le dije guiñando el ojo.

—Gracias, el jueves cuando lo traiga mi madre por la mañana, te dará una bolsita aparte con la muda del día siguiente y el pijama.

—Perfecto, me parece genial.

—Que tranquilo me quedo, pero sobre todo mi madre que me había dicho en varias ocasiones que te lo dijese.

—Pues claro, estoy para las buenas y para las malas, a Mateo ya lo considero parte de mi vida.

—¿Solo a Mateo? —Decía poniendo morritos y acercándose hacia mí para que le diese un beso.

—A ti también tonto. —Le di un fuerte beso ante la risa del pequeño.

—¿Tú qué miras? —preguntó, bromeando.

—¡Que sois novios! —dijo poniéndose las manos en la boca muerto de risa.

—¿Sí? ¡No lo sabía, hijo! Qué noticia —bromeó Darío.

—¿Novios? ¿Y mi anillo de compromiso? —pregunté, bromeando, mientras me miraba la mano.

—Si es cuestión de anillo, ahora mismo voy a por uno —dijo con aire seductor mientras me guiñaba el ojo.

—Por cierto, ¿a dónde te vas mañana?

—A Roma, voy a Roma...

—Jo, qué suerte la tuya, mañana a Roma y el viernes a París...

—Tranquila, te llevaré a todos los lugares del mundo que desees. —Volvió a guiñar el ojo sin dejar de mirarme fijamente a los ojos.

—Empezar por París está de lujo, ya luego miramos lo de irnos al Caribe —dije bromeando.

—Pues mira, qué casualidad que tenemos el mes de julio entero libre los dos, aunque tú también tengas agosto, pero no sería mala idea plantearnos irnos 10 días en verano a perdernos al Caribe. —Sonrió diciéndolo convencido.

—Pues por mi parte encantada, me iría sin dudarlo, por cierto, ¿cuánto ha sido mi vuelo a París?

—Nada, ¿te pensabas que te lo iba a cobrar?

—Puse como condición que yo lo pagaría...

—Vale, acepto que lo pagues, si aceptas tú que yo te regale un viaje en julio a la Riviera Maya.

—Eso es trampa, también me puedo pagar ese viaje, aprovechar la paga de julio y meternos en un hotel todo incluido, de esos que hay a primera línea de mar —dije entusiasmada.

—Bueno, ya ajustaremos entonces cuentas cuando compremos lo del Caribe...

—Eso no vale Darío, no me gusta ir de gorrón por la vida, me gusta pagar mis cosas, siempre andas tú pagando todo, nunca me dejas hacerlo a mí.

—Entonces que, ¿nos vamos a la Riviera Maya?

—Síiiii, al caribeeee —gritó el pequeño metiéndose en nuestra conversación y a nosotros nos entró un ataque de risa.

—¿Y quién le ha dicho a usted que vendrá? —decía su padre mientras le hacía cosquillas.

—Yo lo digo —dijo, poniéndose las manos sobre la cintura, en plan jefazo. Yo estaba que me ahogaba de la risa con Mateo.

—Pues yo opino que mi alumno tiene que venir, es mi favorito, es muy bueno, encima me hace reír mucho, así que somos dos contra uno y el pequeñajo se vendrá con nosotros.

—Papá has perdido.

—Ya veo que sí hijo. Me veo cargando con dos pesados todo el viaje —decía para buscarle la lengua al pequeño.

—Bueno, que nosotros tampoco lo tenemos fácil, el tener que cargar contigo — dije yo en defensa de Mateo y mía.

—Venga vale, nos vamos los tres al Caribe.

—Biennnnnnnn —gritó levantando las manos el niño.

—Me veo en un año recorriendo el mundo... —Puse los ojos en blanco ante la risa de Darío.

—Y yooooooo —volvió a gritar Mateo.

Pasamos una tarde muy divertida y nos despedimos en la puerta de mi casa con un gran abrazo y un beso, hasta el viernes.

Darío se pasó el miércoles entero poniéndome WhatsApp y diciéndome lo mucho que me echaba de menos. A mí me pasaba exactamente lo mismo, así que me dormí con la esperanza de que al día siguiente al menos tendría a Mateo a mi lado para tapar un poco el hueco que nos faltaba de su padre, era un alivio.

Salí de trabajar el jueves directa hacia el centro comercial Bahía Sur para comer allí con el pequeño y luego comprar algunas cosas que quería llevarme al viaje. Entramos en el McDonald que había en la entrada, pedimos los menús y nos fuimos a la zona de juegos infantiles.

—¿Porque no vas a jugar un poco?

—No te voy a dejar sola —decía mientras se encogía los hombros.

—Pero chico, no hay problema, yo me quedo aquí revisando el móvil. Ve a jugar un poco mientras yo me tomo el café —le dije mientras le guiñaba el ojo.

Se levantó y antes nos tiramos un *selfie* que le mande a su padre, luego él se metió en la zona de juegos y yo me quedé charlando con Darío por WhatsApp. Un rato después nos metimos por los pasillos del centro para comprar algo de ropa y pasamos por delante de la tienda Disney. Entramos y dio con un pijama de *Star Wars* que era tipo mono, así que lo miré sonriendo y decidí comprárselo.

—Esta noche me lo quiero poner, me encanta, muchas gracias por regalármelo señorita Carla.

Me hacía mucha gracia cuando me llamaba y, aunque por norma general fuera del colegio tenía la manía de solo llamarme por mi nombre, en esa ocasión me estaba llamando como en las clases.

—Me parece genial la idea.

—Mira, allí lo hay para personas mayores. Cómprate tú otro y vamos los dos iguales esta noche —dijo emocionado al pensar que los dos nos lo pondríamos cosa que me hizo mucha gracia.

—Por supuesto que sí, además a mí también me encanta, vamos a pagar los dos y esta noche hacemos fiesta de pijama de *Star Wars* —dije, sonriendo, mientras le guiñaba el ojo.

Al final terminé comprándome unas botas preciosas, además se veían muy cómodas para andar por París y a la vez vestían bastante, parecía que eran de montar a caballo y me habían encantado; había sido todo un flechazo, el mío con aquellas

botas.

Cenamos en casa, prepare unos sándwich de pollo y puse acompañando unas patatas de jamón de las que tanto le gustaban al pequeño. Era para vernos a los dos en el sofá con ese pijama de una sola pieza de *Star Wars*. Nos tiramos varias fotos y se la mandamos a su padre, que se quedó sorprendido y no paraba de enviar mensajes graciosos metiéndose con nosotros.

Mateo durmió conmigo. Hacía años que tenía una cama de matrimonio, así que ahí terminamos los dos, quedando K.O. mientras le contaba un cuento que me iba inventando improvisadamente.

Capítulo 7

A la salida del colegio Darío nos estaba esperando y nos montamos en el coche muy felices y emocionados por el viaje que íbamos a emprender. Me daba mucha alegría volverlo a ver, esos dos días parecían que habían sido eternos.

—Papaaaaaaaá. ¿Te gustó la foto de nosotros con los pijamas de *Star Wars*?

—Pues claro, me quedé triste porque yo no tenía uno.

En ese momento Mateo se quedó mirándome y poniéndose las manos sobre la boca, ante mi risa, al interpretar que él estaba pensando que se nos había olvidado comprarle uno a su padre.

—No quedaba de tu talla, pero la semana que viene los traerán —le dije a Darío mientras le guiñaba el ojo a Mateo que se reía al saber que yo lo había hecho para que papá no estuviese triste.

—Ahhhh, entonces la semana que viene tendré mi pijama de *Star Wars*, ¡qué guay!

Salimos dirección a Sevilla, pero justo a la salida de San Fernando aprovechamos para comprar unos bocatas que nos comimos sentados en un parque de forma apresurada.

Durante el camino estuvimos contándole todo el día anterior. Él no paraba de bromear, buscándole la lengua al pequeño, diciéndole que se lo había perdido por culpa del trabajo en Roma.

—Bueno papá, nosotros nos hemos perdido el ir de viaje a Italia.

Me quedaba impresionada, estaba a punto de cumplir cuatro años y destacaba por su forma de hablar, parecía que tuviese diez, nos reíamos mucho con las frases que nos soltaba.

Llegamos al aeropuerto y el pequeño no paraba de mirar hacia todos lados, incluso se asomó por unos cristales desde los que se veían los aviones parados.

—¡Qué guay! Tengo muchas ganas de montarme.

—Pues nada, en un rato estarás disfrutando de la experiencia —dije mientras le guiñaba el ojo.

—Venga, vamos para abajo a pasar el control policial —dijo Darío.

Nunca antes había estado en París, por eso fue emocionante cuando íbamos en el coche de camino a casa del hermano de Darío. Mateo iba sentado junto a mí y los dos estábamos alucinando con la ciudad, era impresionante. La arquitectura y la magnificencia de los edificios, hacía que tuviera un color especial. En ese momento entendía por qué la gente la llamaba la ciudad del amor, te enamorabas de ella desde el primer momento.

Llegamos a casa de José, un ático enorme justo en frente de la *Torre Eiffel*. Se notaba que al chico le iban bien las cosas desde que decidió mudarse a París a vivir

con Adele, su novia. Según me había contado Darío, José trabajaba en la empresa de la familia de ella y las cosas le iban de maravilla, además de haber encontrado al amor de su vida.

Entramos en el ático y allí estaba ella, con una enorme sonrisa en la cara, vestida como la típica parisina con su boina. Se acercó a nosotros y nos dio un gran abrazo; hablaba muy bien español, lo que nos haría más fácil la comunicación pues el francés nunca había sido de mis idiomas favoritos. A veces pensaba que tenía un problema, pero era incapaz de pronunciar esos sonidos guturales tan necesarios en ese idioma.

Me sentí cómoda desde el primer instante pues José y Adele eran muy cariñosos y simpáticos, cosa que me aliviaba.

Tras enseñarnos el dormitorio donde dormiríamos, instalar a Mateo en otro y darnos una vuelta por la casa, decidimos salir a cenar algo.

Riendo con Adele, me vestí al estilo de París; íbamos las dos a juego. Mateo y Darío reían y me decían que estaba guapísima.

—¿Nos pueden poner una degustación? —preguntó Darío muy serio cuando nos sentamos en el restaurante.

—¿Una degustación? —José frunció el ceño.

Pellizqué la pierna de Darío, sabiendo por dónde iba.

—Aquí, nuestra amiga —dijo señalándome con la cabeza—, es adicta a las degustaciones.

—Darío... —me quejé.

—Bueno, se puede pedir, imagino. ¿Pero de todo? —preguntó Adele con los ojos abiertos como platos.

—Absolutamente de todo —afirmó Darío con la cabeza.

—No le hagáis caso, hoy no se tomó la medicación y no piensa con claridad —sonreí irónicamente.

—Pensé que sin medicación no lo dejaban salir del manicomio. —José me siguió la broma y todos comenzamos a reír.

Las ganas de reír se me quitaron cuando vi la cantidad de comida que había en la mesa, me estaba viendo como cuando estuve en el hotel de Chiclana con Darío y ya me empezó a doler el estómago.

Tras un par de botellas de vino y el banquete, nos fuimos a pasear por la ciudad.

José se había propuesto enseñarme —era la única que nunca había estado en París —, Notre Dame. Cuando estuve delante de esa enorme Catedral, no supe ni reaccionar. Me encantaba ese tipo de turismo, ver monumentos, iglesias, cualquier detalle característico y había conocido muchos interesantes, pero nada como eso.

Volvimos andando, se turnaban cogiendo a Mateo en brazos pues estaba cansado, pero mereció la pena caer agotada en la cama esa noche por la cantidad de imágenes que se habían quedado grabadas en mi retina.

Cuando desperté al día siguiente, me encontré con Mateo en mi cama, abrazado a mí.

Le di un achuchón, un beso en la cabeza y me acurruqué más cerca, no queriendo romper ese momento especial.

Minutos después, la puerta del cuarto se abrió y Darío entró con la cara descompuesta. Lo vi apoyarse en el marco de la puerta y suspirar de alivio al vernos en la cama, imagino que estaba buscando al pequeño.

—Dios, qué susto —susurró.

—Me acabo de despertar y estaba aquí.

—Te tiene cariño y lo entiendo. —Una sonrisa iluminó su cara.

Le sonreí y no contesté, de repente se me había formado un nudo en la garganta; me emocionaba el cariño que Mateo me tenía y era recíproco.

Me levanté, intentando no despertarlo y me acerqué a Darío. Me cogió por la cintura y me abrazó, dándome los buenos días y besándome después.

—Estoy muerta de hambre —dije.

—Tú siempre tienes hambre. ¿Alguna vez te han hecho análisis o pruebas?

—¿Para qué? —Yo era hipocondríaca y ya había comenzado a asustarme.

—No sé, quizás tienes una solitaria, porque no es normal que con todo lo que comas, tengas este cuerpo. —Agarró mi culo y me pegó completamente a él.

—Schhh, te va a escuchar el niño.

—Está bien dormido, no te preocupes. ¿Nos damos una ducha?

—¿Nos?

—Mmmm... Me he levantado con ganas de fo...

—Calla —reí, interrumpiéndolo—, anda, te espero allí. —Le guiñé el ojo y fui al baño.

Darío apareció poco tiempo después, yo ya estaba dentro de la ducha, sintiendo cómo el agua caía por mi cuerpo.

Pegó su pecho a mi espalda y fue directamente al grano, su mano entre mis piernas, la otra en mis pechos y su erección en mi trasero.

Aquello iba a ser rápido por parte de los dos...

El sábado volvimos a estar de turismo. Paseamos por el barrio turco, nos hicimos decenas de fotos bajo el Arco del Triunfo, José nos llevó a la parte comercial de la ciudad, La *Grande Arche* o el *Arche* de la *Défense* me impactó. Un gran monumento moderno, en la zona de negocios de la ciudad, que te hacía sentir que estabas en otra ciudad diferente.

Sin duda, París era un lugar de contrastes.

Pensaba que esa noche descansaríamos, pero al llegar al ático, Darío me dijo que él y yo íbamos a salir solos. No pude sacarle más información, así que le pedí ayuda a Adele para vestirme. Al principio me arrepentí, el vestido gris marengo que me prestó era demasiado ajustado y escotado y yo tenía bastante pecho, siempre intentaba taparlo.

A Darío casi se le salen los ojos de las órbitas al verme, como la escena de la película *La máscara*, cuando al protagonista se le cayó la mandíbula al suelo y los

ojos le sobresalían. Me reí, no pude evitarlo.

Salimos del ático y me llevé una enorme sorpresa cuando estuvimos a los pies de la *Torre Eiffel*. Miré a Darío, preguntándole silenciosamente, me dijo que cenaríamos allí, que su hermana y su cuñado nos habían reservado una mesa en el Restaurante de la Torre.

Nos sirvieron una copa de vino y pedimos la comida.

—Darío, no sé qué decir...

—No digas nada, solo disfruta.

—Todo esto es perfecto —dije mirando alrededor—. No olvidaré este viaje en mi vida.

—Espero que no sea el único que hagamos juntos. —Cogió mi mano y le dio un apretón. Me acerqué y le di un beso.

—Gracias.

—No me las des, soy yo quien tiene que agradecerte a ti. Por estar conmigo, por ser como eres con mi hijo...

—Adoro a Mateo —sonreí—, es tan especial...

—Siempre sacas todo lo bueno de la gente, ¿verdad? —preguntó, sonriendo también.

—Quizás... —Me encogí de hombros—. La vida es corta.

—Nadie mejor que yo sabe eso.

—Por eso tenemos que disfrutar de cada segundo, reír, ser agradecidos.

—Lo hago cada día. Y espero tenerte cerca siempre.

Sus palabras me dejaron muda, no era una oferta de matrimonio, pero sí una declaración muy importante.

La cena fue increíble y Darío y yo no dejábamos de besarnos y acariciarnos. Ver la ciudad iluminada desde allí hacía que todo fuera más impresionante.

Esa noche acabamos agotados en la cama, hicimos el amor lentamente, el ambiente romántico aún estaba con nosotros y era como si ninguno de los dos quisiera romper ese momento que nos unía.

El domingo, nuestro último día completo en París, fuimos a pasarlo a Disneyland. Ver a Mateo saltando de la emoción me llegó al alma. Desde el primer momento se agarró a mi mano y ya no me dejó ni a sol ni a sombra, acabé montándome en la mayoría de las atracciones con él. Reí y disfruté más que el niño.

—Quiero montarme allí —dijo Mateo señalando *The Twilight Zone Tower Terror*, una impresionante atracción, simulando a un Hotel, conocida como La dimensión desconocida.

—Eso da mucho miedo —dijo Darío—, yo no me monto ahí.

—Tú no, papá, eres un miedica, pero mi madre sí.

Nos quedamos todos en silencio tras esas palabras, ¿se estaba refiriendo a mí?

—¿A que sí, mamá? —preguntó Mateo, sacándonos de dudas a todos al referirse a mí como su madre.

Miré a Darío, un poco avergonzada y sin saber qué hacer, en parte disculpándome por si le había sentado mal.

Él se encogió de hombros, como diciendo que no le importaba en absoluto, que era cosa mía si yo aceptaba que Mateo me llamara así o no.

Me agaché y me puse a la altura de Mateo.

—Cariño, ¿estás seguro de que no me dará miedo? —dije pareciendo aterrorizada.

—No, mamá, tú eres una valiente —sonrió.

—No tanto, pero estando tú para defenderme... ¿Quién dijo miedo?

Chilló feliz y me abrazó.

Entramos a varias tiendas de los personajes de Disney, le compramos varios regalos al pequeño, que iba alucinando por la cantidad de bolsas que llevábamos para él.

Llegamos al ático de noche, Mateo ya estaba dormido, lo dejamos en su cama y nos acostamos.

—Me ha encantado que te llamase mamá y tú le contestases tan natural —decía mientras me sostenía en su pecho acariciando mi pelo.

—Me quedé impactada, él tiene a su madre que seguro que lo cuida desde el cielo, pero a mí no me importa que me llame mamá, él sentirá la necesidad de cubrir eso que le falta de algún modo.

—No te imaginas lo mucho que estás haciendo en nuestras vidas.

—Vosotros también sois importantes mí, habéis llegado en el momento en que mi madre se ha independizado y que yo pensaba que me iba a faltar mucho para llenar su lugar.

—Ella está feliz, al igual que tú...

Me abracé a Darío y nos dormimos casi sin darnos cuenta.

Abrí los ojos cuando escuché la puerta del dormitorio abrirse, escuché unos pequeños pasos que se acercaban a la cama y sonreí, sabía que era el pequeño. Me hice la dormida hasta que se acostó entre su padre y yo, agarrándose a mí.

—¿Estás despierta? —preguntó susurrando.

—Sí, ¿estás bien?

—No quiero dormir solo, echo de menos mi cama.

—Lo entiendo, pero mañana ya dormirás allí.

¿No te lo estás pasando bien?

—Sí —dijo y noté una sonrisa en su voz, cargada de emoción y cansancio—, no quiero que se acabe. ¿Cuándo volveremos?

—No lo sé, pero seguro que prepararemos otro viaje pronto.

—Pero tú vendrás, ¿verdad?

—¿Tú quieres que vaya?

—Claro, eres muy divertida y te quiero mucho. —Me abrazó más fuerte—. Le voy a decir a mi papá que vivas con nosotros, ¿vale?

Carraspeé, intentando evitar llorar.

—Vale —dije emocionada. Venga, cariño, descansa.

Le di un beso y lo acomodé mejor, esperando que se durmiera.

A mí se me había quitado el sueño, las emociones comenzaron a desbordarse y algunas lágrimas cayeron por mis mejillas. Di gracias porque Darío no escuchara esa conversación, no sabía qué podía pensar él y yo no estaba preparada para su reacción, no si era negativa. Todo eso me quedaba un poco grande, bastante tenía intentando controlar el amor que sentía por esos dos hombres.

Suspiré, dispuesta a dormirme y a dejar de darle vueltas en la cabeza a las cosas. En ese momento noté la mano de Darío cogiendo la mía y dándole un apretón.

Se me paró el corazón, lo había escuchado todo.

—Gracias —dijo emocionado—, pronto planificaré todo para que nos vayamos los tres a vivir juntos —dijo el padre mientras le tocaba la nariz a Mateo y le guiñaba el ojo.

Me mordí el labio y le devolví el apretón, quedándome en silencio. París me había dado tanto...

A las doce estábamos despidiéndonos de José y su novia. Un taxi nos esperaba para llevarnos al aeropuerto y volver de nuevo a España.

Nos montamos en el avión y el pequeño nos sorprendió con sus cosas.

—Mamá, en el colegio te voy a decir señorita Carla, como siempre —dijo, ante nuestras miradas de sorpresa al saber lo listo que era Mateo.

—Claro, que si no los niños sienten celos —dijo Darío mientras él le guiñaba el ojo y luego me miraba sonriendo.

—Estoy muy feliz con este viaje, he sentido que tenía una familia de verdad, estoy muy feliz y deseando contarle a los abuelos que tengo una nueva mamá.

Me giré, asustada por lo que pudiesen llegar a pensar sus padres, pero él entendió mi mirada a la primera y respondió con mucho arte.

—Los abuelos se van a volver locos de contento, ya te habían avisado muchas veces de que deberías de mirar a Carla cómo si fuese tu propia madre —dijo, desvelando algo que yo no sabía, ante mí me asombro.

—También le pienso contar lo del Caribe.

—¿Tú no te pondrás ahora en plan chivato, verdad pequeñajo? —dijo Darío bromeando.

—Perdón, no sabía que era un secreto. —Puso sus manos sobre la boca, haciendo un gesto gracioso.

—No lo es cariño —dije, mientras le sacaba la lengua.

—Pues entonces se lo cuento, estoy muy ilusionado con irme al Caribe, solo lo he visto en películas de dibujitos.

—Pues cuando lo veas en directo vas a alucinar, me han dicho que el agua está a la temperatura del cuerpo y no se pasa frío al entrar en ella. —Volví a guiñarle el ojo a la vez que comprobaba que Darío tenía un brillo especial en sus ojos y una sonrisa

de oreja a oreja.

—Entonces no saldré del agua en todo el día.

—Bueno, hay que salirse ya que hay hamburguesas y todo tipo de comida gratis para coger.

—¡Me quiero ir ya!

—Aún nos queda 2 meses para irnos, pero antes debes de aplicarte mucho en el colegio y sacar muy buenas notas —soltó Darío.

—Él es muy aplicado, va por delante de casi toda la clase, si es por las notas, estoy segura que sacará todo perfecto —dije, en defensa del pequeño, que miró sonriendo a su padre como diciendo: «¿Ves?».

—Entonces hay que ir comprando ya el viaje, esta noche comenzaré a mirar las fechas y a elegir hoteles, la abuela va a sentir mucha envidia de que nos vayamos al Caribe —dijo Darío bromeando.

—Pues los abuelos también podrían venirse —dijo el pequeño preocupado por ellos.

—Nooooo, deja a los abuelos aquí, tenemos que hacer muchas cosas allí y va a ser difícil que nos sigan el ritmo.

—Pues lo podemos dejar en el Hotel tomando cerveza el abuelo y un refresco la abuela.

—¡Pasarían mucha calor!

Estuvimos riéndonos todo el vuelo y cuando llegamos al aeropuerto de Sevilla salimos directo hacia Cádiz, justo cuando nos estábamos montando en el coche Darío recibió una llamada a la que apenas respondía con monosílabos y su gesto de cara era preocupante. Terminó diciendo que al día siguiente estaría allí.

—¿Pasa algo? —pregunté, preocupada, al ver que su rostro se había quedado serio.

—Mañana tengo que volar urgentemente hacia Berlín, hay problemas con unos clientes.

—Lo siento, espero que todo se solucione.

¿Cuántos días estarás?

Volvió a coger otra llamada que le entró, quitó el manos libre del coche para atenderla directamente. De nuevo solo respondía con monosílabos y decía que no sé preocupase que estaría allí para arreglarlo inmediatamente.

Había algo que me había dejado un poco pillada, me daba la sensación de que me estaba mintiendo, que tras esa llamada había otra cosa totalmente distinta a lo del trabajo que me estaba comentando, quise quitarme esa idea de la cabeza y no desconfiar de él, así que me mantuve todo el camino callada, respetando que él estuviera pensando.

Llegamos a Cádiz y dejamos al niño primero en su casa, eso me sorprendió un poco, fuimos hasta la mía y me acompañó hacia arriba y se tomó un café conmigo.

—Carla no he querido traer al niño porque quiero comentarte algo.

—Dime —dije preocupada.

—No te puedo contar ahora nada, te prometo que lo haré lo antes posible, hay un problema gordo en mi trabajo y no sé cuánto tiempo tardaré en volver, es muy serio lo que debo hacer allí, además de peligroso. Debo estar totalmente concentrado, quiero que me esperes y confíes en mí.

—Darío. ¿Estás metido en un problema?

—Problemas son todos los trabajos, algunos son más serios que otros, me refiero al tema de responsabilidad y a veces hasta ponemos en peligro la vida de uno mismo.

—Me estoy preocupando, no me puedes dejar así.

—Confía en mí por favor Carla, tengo que irme a prepararlo todo, solo te pido que cuides a Mateo y me esperes por favor.

—Darío tengo la sensación de que debo sentir miedo —dije a la vez que se me caían algunas lágrimas.

—No debes de temer nada, sé cuidarme solito, prometo que voy a volver lo antes posible.

—¡Dime quién eres!

—Soy la persona que estás conociendo, de la que sé que te estás enamorando, pero ahora mismo no puedo contarte más de lo que debo, por el bien de todos hazme caso por favor.

—Me da la sensación de que estás metido en algún tema raro.

—Te ruego que no le des más vueltas a la cabeza, lo sabrás todo en su debido momento, pero ahora mismo no me hagas más preguntas de las que debes.

—Pero no me puedes dejar así.

—Escúchame, no te quiero ver llorar, cuando termine este trabajo volveré aquí y estará todo más normalizado, habrá un cambio que hará que esté más estable en este país.

—Me estoy asustando demasiado Darío, algo me dice que estás metido en algo peligroso.

—Sí que lo es, pero no estoy haciendo nada ilegal créeme.

—Tengo miedo de que nada sea como me he imaginado contigo, que pueda pasar algo que perjudique mi vida y lo bonito que está sucediendo entre nosotros.

—Lo único que te pido es que confíes en mí hasta que vuelva y te pueda contar todo, prométeme que lo harás.

—Lo haré, pero estoy ahora mismo muy afectada con esto, sé que está pasando algo grave...

—Tienes que confiar en mí plenamente.

—Vale.

—Te prometo que te mandaré algún mensaje en cuanto pueda, si algún día te apetece llevarte a Mateo por ahí, solo tienes que decírselo a mi madre.

Nos levantamos y nos despedimos con un abrazo muy fuerte. Yo no dejaba de llorar y él se marchó muy afectado también.

Llamé a mi madre por teléfono para contarle cómo me había ido en París y notó que me pasaba algo, le dije que estaba cansada del viaje pero que había ido fenomenal, le conté la anécdota de que el pequeño me había llamado mamá y se quedó impresionada, le dije que a lo largo de la semana lo llevaría para que lo viese.

Antes de caer rendida recibí un mensaje por parte de Darío.

Me quedé dormida, pensando en aquellas palabras, quizás debido a que mediaba entre grandes empresas del mundo, a veces dónde hay dinero hay complicaciones. Podía ser que algo no hubiese salido bien y él tuviera que arreglarlo de la manera que fuese. Me estaba quedando loca, además yo solo había idealizado lo que él me había contado, sí que era verdad que siempre tenía en mente que él esquivaba mucho su tema laboral, pero sentía tranquilidad por sus palabras, sin embargo, me sentía completamente desolada sin estar a su lado y sin saber todo lo que estaba pasando.

Por la mañana volví al trabajo. Mateo estaba con una sonrisa de oreja a oreja. Me abrazó fuertemente y al oído me llamó mamá, sin que nadie se enterase, me hizo mucha gracia y me lo comí a besos.

Ese día no recibí noticias por parte de Darío. No paraba de mirar el móvil por si había sonado y no me hubiese enterado, estaba triste y no me apetecía salir de casa durante toda la tarde, así que me quedé encerrada hasta que me fui a dormir.

Al día siguiente tampoco tuve noticias de él, menos mal que trabajé a doble turno y por la noche fui a cenar con mi madre y el doctor, así que el día se me pasó más ameno, pero por la noche al acostarme sentí un dolor en el pecho muy grande y comencé a llorar como una niña pequeña. Estaba enamorada de él, no tenía noticias, no sabía absolutamente nada desde que se marchó, me estaba quedando loca con tanta desinformación por su parte.

El miércoles por la mañana cuando llegue al colegio y vi a la abuela de Mateo con una sonrisa le pregunté si le importaba que me lo llevase a comer por ahí y se lo entregase por la tarde. No me puso problemas, es más le encantó que tuviese ese detalle.

Al mediodía, al salir de la escuela, decidimos irnos al centro comercial Bahía Sur que tanto nos gustaba ya que comíamos en el McDonald's y él aprovechaba para jugar un poco, luego entramos a la tienda Disney a comprarle el pijama a su padre; le habíamos prometido que lo haríamos. Mateo iba con la bolsa muy feliz y esperando el momento de poder entregárselo.

Por la tarde lo llevé a casa de la abuela, que me obligó a pasar a cenar; había preparado una tortilla de patatas y unas croquetas caseras. Estuvimos charlando durante toda la cena, me trataba como una hija más, demostraba que le importaba y que le había hecho mucha ilusión nuestra nueva relación, pero a mí me daba vergüenza hablar sobre ello.

Al despedirnos me sorprendió sacando un regalo preciosamente envuelto.

—Esto te lo compré mientras estabais en París, lo vi y me pareció muy gracioso y emotivo para ti.

—No debiste haberte molestado en comprarme nada, pero te lo agradezco de corazón —dije mientras abría el envoltorio de aquella cajita.

—No ha sido una molestia, lo hice encantada y feliz de la vida.

—¡Es preciosa! —exclamé mientras miraba esa preciosa pulsera del Plata donde le colgaban algunas letras del abecedario, era muy original.

—Te lo mereces, has devuelto la ilusión a mi hijo y sobre todo a mi nieto le has dado la figura que él tanto anhelaba tener.

—Yo los adoro.

—Lo sé, solo hay que ver cómo te comportas con todos nosotros.

—Se lo agradezco.

—No me tienes que agradecer nada, simplemente quería saber si te gustaría.

—Me ha encantado.

Me despedí de todos y salí hacia mi casa, ya que al día siguiente tenía que volver a trabajar y seguía sin tener noticias de Darío, cosa que me partía el corazón.

Capítulo 8

No saber.

No saber nada. A veces es mejor no saber nada de tu pasado, ni de ti, ni de los otros. A veces.

Cada vez que recuerdo los días a los que voy a referirme aquí, no puedo evitar soltar alguna lágrima.

Fueron días llenos de emoción y de una intriga que casi me dejan fuera de juego.

Sabía que no todo podía ser un cuento de hadas. Sabía que, en cualquier momento, las verdades iban a salir a la luz y yo tenía que estar preparada para enfrentarme a ellas.

Seguía sin tener noticias de Darío. Misteriosamente seguía sin tener noticias de él.

Las preguntas podrían ser innumerables, pero la realidad era una. Yo estaba sola y seguía siendo la maestra de Mateo. Ya no era la princesa de ese cuento de hadas que había imaginado en mi cabeza. No. No era una de esas bellas y encantadoras princesas de Disney. No tenía ganas ni de mirarme al espejo.

Darío no estaba, pero yo sí que estaba. En un mundo que era el que me correspondía. No en aquel mundo de pura fantasía y de ocio continuo. Todo aquel paraíso de sensaciones parecía haberse acabado. Mis conversaciones telefónicas con Susan lo evidenciaban, ponían de relieve mi desesperada actitud, a la vez que conformista, hacia esa desaparición de Darío.

—Tía, ¿ni siquiera una llamada?

—No, Susan. Ni una sola llamada. Como si se lo hubiese tragado la tierra — susurraba con un tono abatido.

—No sé qué ha podido pasar. No sé qué puedo decirte. Me dejas preocupada. ¿Lo has llamado?

—Sí, he hecho lo imposible por llamarlo y no hay forma de contactar con él.

—¿Habíais discutido?

—No. No habíamos discutido. Todo parecía que marchaba genial.

—Sabes, Carla, que aquí me tienes para lo que necesites.

—No quiero entrometerme en la vida de sus padres. ¿Debería preguntarle a su madre?

—No lo sé. Seguramente estará muy ocupado. Los negociadores y empresarios desconectan del resto del mundo cuando hay en juego alguna operación importante.

—Espero que tengas razón. Que este silencio se deba a algún tipo de transacción comercial.

—No lo dudes. No me preocuparía tanto. Si hubiera sucedido algo grave, ya te habrías enterado, Carla.

—Confiaré en tu optimismo.

—Desde que me pasó aquello con el cabrón de Robert, tiendo a ver las cosas con optimismo. Me puse el mundo por montera y no quiero caer en una actitud derrotista ante la vida. Bastante me amargó aquel gilipollas.

Esas conversaciones con Susan me tranquilizaban momentáneamente, pero no me serenaba. Pensaba en él de forma constante y aquellas noches se hacían eternas. Su nombre, su rostro, su cuerpo, su tacto, su fragancia áspera y sus palabras de cariño venían a mi cabeza una y otra vez.

No quería que aquel estado de nervios afectara a mi trabajo, pero, por las mañanas, me levantaba molida. Luego, con ayuda del paso de las horas, los cafés y el amor de Mateo, aquel cansancio se iba diluyendo y volvía a ser la maestra enérgica y activa de siempre.

No quise preguntarle nada a Paloma. No quería preocuparla. No quería que mi problema personal se convirtiera en el suyo. La veía con la misma simpatía de siempre y con el mismo ánimo entusiasta al que acostumbraba siempre que venía a dejar y a recoger a Mateo. Quizá era la forma habitual que Darío tenía para romper con sus parejas. No casaba con su actitud de galán y conquistador.

Fueron días sombríos, con un poco de leve claridad cuando el niño que me decía mamá se acercaba a mí para darme un fuerte abrazo. Sus amiguitos lo imitaban muchas veces y entonces me veía rodeada por una turba de pequeños roedores que me tiraban al suelo. Yo reía al compás de ellos.

Sucedió un lunes. Mi madre tocó al timbre.

Yo leía en mi cuarto sin dejar de darle vueltas a la cabeza. Aquel hombre me había cautivado de tal forma que se estaba convirtiendo en una obsesión. Y eso me intranquilizaba. Nunca me gustó esa palabra «obsesión», pues me recordaba al ex de Susan.

Dejé mi libro sobre un cojín del sofá y abrí con cautela. Era mi madre. No la esperaba a aquella hora. Algo me decía que aquella noche podía cambiar casi todo.

—Mamá, ¿te has peleado con el doctor Quevedo? No te esperaba.

—¿Te molesto, hija?

—Mamá, no digas tonterías. Tú no molestas a nadie. Además esta es tu casa también.

—Pensaba que a lo mejor estabas ocupada.

—No. Estaba leyendo —dije con cierto recelo, pues no me gustaba ese gesto sobrio en el rostro de mi madre.

—Quiero contarte una cosa. Necesito hacerlo.

Pasamos al salón, pero mi madre se fue a la cocina y yo la seguí. Estaba nerviosa. Había anochecido. No quería mirarme a los ojos. En el parque los últimos ruidos morían.

—Por favor, mamá, ¿qué pasa?

—Llevo esta espina clavada en mi corazón durante años.

—¿Qué espina? —pregunté yo temiéndome la respuesta.

—Quiero que sepas la verdad de tu padre.

Di unos pasos atrás y la miré seria. Fruncí el ceño. Quería darme la vuelta y darle la espalda, desaparecer de allí en ese mismo instante, sin que ella se diese cuenta de que me había evaporado.

Después de los días que llevaba, solo me faltaba un enfrentamiento con mi madre. Me mantuve serena y fui cautelosa con mis respuestas. —Quiero que leas esto. Lo he intentado muchas veces y tu ira sobre este tema me ha acobardado. Pero hoy debes saberlo. Hoy me he propuesto que lo sepas. Al doctor Quevedo le ha parecido bien— dijo ella con voz temblorosa.

—Ese hombre al que aprecio no tiene por qué involucrarse en estos asuntos que solamente nos conciernen a nosotras.

—Te pones de nuevo a la defensiva, Carla.

—No me gusta ponerme así y menos contigo, pero debo hacerlo. No quiero saber nada de mi padre.

—Lee, por favor, esta carta.

Me entregó una cuartilla y a punto estuve de rasgarla y de arrojar cada trozo de papel a la papelera. Pero, por respeto a ella, me contuve. Desplegué la cuartilla y leí en voz baja el último párrafo de lo que parecía una larga carta de amor.

Esther, he sido un cobarde. Ha pasado ya un año y te sigo echando de menos. No conozco a mi hija. He decidido romper con mi familia. Quiero una vida contigo. No sé expresarlo mejor. Quiero estar contigo. En unos días apareceré por casa de tus padres. Si me cierras la puerta, lo entenderé y me marcharé. Pero no soporto más este dolor. No tenerte a mi lado me está matando lentamente.

Terminé de leer el párrafo y comencé a abanicarme con aquella cuartilla, como si no me importase demasiado el contenido. Pero sí me importaba. Sabía que aquellas palabras eran palabras escritas por mi padre. Era su voz y su pensamiento.

—¿Y? Mamá, ¿qué me quieres decir con esta carta? Estás siendo patética.

—Fue un lunes como este cuando tu padre se mató en la carretera. —Aquella frase de mi madre sonó a sentencia.

Ella se sentó en una silla y miró al vacío. Yo me quedé petrificada. El viento fuera arrastraba las hojas y unas voces que volvían a perderse en el fondo de las calles para que regresara de nuevo aquel silencio mortal.

—Sigo sin entender nada.

—Tu padre, Carla, huyó. Huyó de mí. Su familia era una familia adinerada y lo mandó a estudiar al extranjero para que nadie supiera quién era el que me había dejado embarazada —dijo mi madre con voz serena.

Sus ojos brillaban y su boca seca pronunciaba lentamente cada una de aquellas palabras.

—Pero eso es una estupidez. Todo el mundo lo sabría.

—No. No lo dije. Pagaron mi silencio.

—¿Y tú aceptaste? —pregunté horrorizada.

—Sí, ese dinero pagó muchas cosas. Muchas, entre ellas, gran parte de tu universidad. ¿De dónde pensabas que salía el dinero? ¿Crees que lo que ganaba yo fregando y limpiando era suficiente para llevar una vida digna?

—Mamá, no me puedo creer nada de lo que me estás contando.

—Debes creerme.

En ese instante, yo también me senté en una silla. Me tapé los ojos con una mano y mi rostro palideció.

—Mamá, ¿vendiste tu silencio? ¿Por qué?

—Porque tu padre, al principio, no quiso saber nada de ti. Pero luego empezamos secretamente a mandarnos cartas. Todas las semanas recibía una carta como esta desde Sevilla.

—¡Cuéntamelo todo, por favor! —elevé la voz reclamando que me dijera de una vez todo—. En esta última carta, me escribe que quiere conocerte, que quiere volver contigo, que quiere alejarse de ese círculo del mal que eran sus padres y amarme de nuevo.

—¿Y entonces...?

—Sí, una noche como hoy su coche cayó por un barranco nada más salir de Sevilla. Mala suerte —dijo ella acongojada.

—Pero, ¿cómo lo supiste? Hay muchos accidentes al cabo del día.

—Algunos vecinos se enteraron por algunos de sus familiares que vivían en Sevilla. Las malas noticias corren deprisa, Carla.

Bajó la cabeza y yo seguía con los ojos fijos en el suelo. Temblaba yo y temblaba mi voz.

—Mamá, sigue, por favor.

—No hay nada más que contar. Tus abuelos paternos nunca se comunicaron contigo. Nunca vinieron a visitarnos. Aquel pacto de silencio fue definitivo. Algunas veces pensé que aparecerían, pero no lo hicieron.

—Mamá, ¿sabes lo que has hecho?

Mi madre tragó saliva y se levantó para llenar un vaso de agua.

—Has hecho que, hasta hoy, odiara a ese hombre.

—Lo sé. Alimenté un rencor. Fue lo más fácil para mí. Eras muy pequeña. Y quería que vivieras con la ausencia de un hombre que sencillamente no te quiso, como tantos hijos de este país a los que sus padres y madres abandonan.

—Pero es injusto, mamá —dije yo antes de romper a llorar.

—Sé que es muy injusto. Pero traté de explicarte esto mismo muchas veces y te negabas.

Eras un perro rabioso.

—Mamá, viví con una imagen de mi padre equivocada. Alimenté un odio hacia un hombre que no era real. Y tú callabas.

—Yo no callé. Yo lo intenté. Hoy me podrías haber montado el mismo número que veces anteriores, pero has querido saber —dijo con contundencia mientras bebía

del vaso.

Mi madre tenía razón. Hoy había dejado que se explicara. Y había una razón. La ausencia repentina de Darío me había hecho más vulnerable y mi madre, con aquella carta como prueba, había conseguido que yo la escuchara.

—¿Cómo se llamaba?

—Como tú, Carlos —susurró con tacto, con mucho tacto.

—Nunca lo habría imaginado.

—Siento haberlo hecho —dijo ella con una serenidad expectante.

—No sientas nada. Pero me dejas noqueada.

—Lo sé. No ha sido fácil callar todos estos años.

—¿Por qué aceptaste el dinero?

—Éramos gente sencilla, Carla. Tus abuelos no tenían el poder de aquella familia que, en Cádiz, regentaba varios negocios. Muchos de mis primos trabajaban gracias a los padres de Carlos. Podrían haber sido despedidos inmediatamente y, sin embargo, gracias a ese silencio, conservaron su trabajo —argumentó mi madre, mirándome ahora a mis ojos vidriosos.

—Pero era un dinero manchado.

—Era dinero, Carla. Era dinero. Era el dinero con el que hice magia para que hoy trabajas en aquello que soñabas.

—Pero, tus primos y tus tíos nunca te lo agradecieron. Cuando murieron los abuelos, nadie nos invitó por Navidad a cenar en sus casas.

—No. Porque yo era una puta, la puta de la familia —dijo con rabia.

El vaso de cristal cayó al suelo y se rompió en mil pedazos. Aquello no era más que el signo de que un secreto que había condicionado mi existencia se había revelado por fin.

Mi madre comenzó a llorar. La luna brillaba en el cielo. Las estrellas titilaban al ritmo de nuestro pulso acelerado. No era tristeza lo que sentí al abrazar a mi madre para que se calmara, sino impotencia por no poder cambiar las cosas.

—Tengo que pedirte disculpas, mamá.

—¿Por qué? —preguntó extrañada mientras se separaba de mí para mirarme con ternura.

—Por no haber dejado que me contaras esta historia mucho antes.

—No tienes por qué pedir disculpas. Fui una tonta al no ser sincera contigo desde que tenías uso de razón. El hecho de que imaginaras esta historia tan dura, impregnada de mala suerte, de fatalidad y de inexperiencia, me hundía en la desesperación.

—Pero tu silencio te hizo vivir en la desesperación igualmente.

—Es cierto, y así vivimos y así logramos todo, Carla.

—¿Desde la desesperación y la felicidad?

—Y desde el silencio.

La invité a cenar. Reímos con una película de Chaplin, *Tiempos modernos*, y

aquella noche, después de llamar al doctor, se quedó a dormir allí conmigo.

—Vuelvo a estar contigo aquí, en esta casa, toda una noche —dijo ella con satisfacción y alivio.

—Sí, pero solo por una noche. No pienses que vas a quedarte aquí otra vida —bromeé—. Me gusta volver siempre a esta casa.

—Hay muchos recuerdos, mamá.

—Muchos espíritus, Carla.

Agradecí a mi madre que me contara aquella historia sobre mi padre, aquel loco amor que, pese a la distancia, la muerte y el tiempo, no se había enterrado del todo.

Por la mañana, mientras desayunábamos, le pregunté a mi madre:

—¿Qué hubieras hecho si se hubiese presentado papá? —por primera vez utilicé aquella palabra y no con un sentido destructivo.

—¿Tú qué crees? —me devolvió la pregunta hábilmente.

—Habrías abierto la puerta y os habríais casado.

—Quizá, Carla. Me abandonó, es cierto. Pero éramos unos críos. Demasiado valiente fue para enfrentarse a sus padres, dispuesto a perder una herencia y unos ingresos de por vida, y para coger su coche y...

—No sigas, mamá. No volvamos a torturarnos. Ya está bien —dije yo agarrándola de un brazo para que no siguiera hablando—. Descanse en paz —murmuró mirando al techo y sin mirarme a los ojos.

Fue el miércoles cuando apareció Darío a recoger a Mateo. Sentí una sacudida en mi pecho y no le dije nada. Estaba enfadada, confusa, alterada, pues no me había hecho ninguna gracia que se olvidara de mí, de que me dijera un adiós de aquella forma tan poco cortés, por no llamarla por su nombre. Ruin.

—No te esperaba ya —dije yo con maldad.

—He tenido unos días complicados —repuso como avergonzado.

—¿No existen los teléfonos ni el messenger? ¿Tan poco valgo? ¿Tan poco te gusta estar conmigo? —dije con un tono triste.

Mateo se dio cuenta de que algo me pasaba y algo que no era bueno.

—No quiero que seas injusta conmigo.

—Perdone, señorito, no sabía que usted era una persona tan sensible o debería decir sinvergüenza. —Mi tono no era precisamente dulce.

—Por favor, vamos a tomarnos un café. No quiero que Mateo nos vea discutir.

Era cierto. Aquella criatura encantadora estaba mirándome con ojos tristes. Su cara no mentía. Estaba a punto de hacer pucheros.

Salimos del colegio. Yo seguía en mis trece. Su actitud me había parecido humillante. Y no sé qué explicaciones tendría para estar todos esos días desaparecido, lejos de mí, ajeno a mis sentimientos de amor, sentimientos sinceros y llenos de empatía hacia la pérdida de su esposa.

En la cafetería no había apenas clientes. Mateo estaba junto a mí, bebiéndose un batido. Cuando lo acabó, bajó de su silla y se puso a hablar con una de las camareras.

Se la ganó enseguida con su simpatía natural y la camarera, una joven que me recordaba a mí en mis tiempos de la Universidad, dejó que jugase un rato con su móvil.

Logramos unos instantes de intimidad. Lo realmente frustrante fue que, durante el trayecto en coche hasta la cafetería estuvo hablando del tiempo que hacía y de las previsiones para los próximos días. Por un momento, pensaba que se estaba burlando de mí o que se había vuelto gilipollas. Yo, mientras tanto, me limitaba a hablar con Mateo de las tareas que habíamos hecho en clase.

Lo realmente frustrante fue también cómo comenzó nuestra conversación en la cafetería.

—Ya tengo los billetes y el alojamiento para nuestro nuevo viaje al Caribe en julio.

—Pero, ¿te estás oyendo? —pregunté yo alarmada.

En el tono de su voz había ilusión y yo entonces pensé que Darío estaba loco de remate.

—Pensaba que te iba a hacer ilusión.

—¿Ilusión? Ni una llamada estos días —dije enfurruñada.

—Entiendo tu cabreo, pero han sido días complicados —dijo con un tono sobrio.

—No tienes excusas. Me has tratado como una piltrafa.

—No te he tratado así. —Su voz sonaba cavernosa y grave, como si mi intervención le hubiese ofendido.

—No me vengas con esas, machito.

Desapareces de mi vida y ahora te plantas aquí a decirme que nos vamos al Caribe. Yo no soy una mascota, ¿sabes?

Darío esbozó una sonrisa que me hirió profundamente antes de sorber de su café.

—No quiero que te enfades conmigo, mi vida.

—¿Mi vida? —farfullé y me crucé de brazos, esperando oír otra de sus chanzas.

—Sé que tienes razones, como te he dicho, para que estés enfadada. Pero voy a explicarme.

—Sí, lo estoy deseando —murmuré.

—Estoy cerrando una de las operaciones comerciales más importantes de mi carrera profesional. He estado fuera estos días y el trabajo me ha impedido ponerme en contacto contigo.

—¿Ni un mensaje?

—Lo siento. Quizá he pecado de confiado. Pensaba que no estarías preocupada. Mi trabajo es así a veces.

—No me conoces todavía, Darío. Ya tiene que ser importante esa operación —repuse yo un poco más relajada.

Las palabras de Darío no me satisfacían del todo, pero intuí que había mucha verdad detrás de aquel argumento al que no le faltaban el misterio y la intriga.

Bebí de mi café con nata y, en la punta de mi nariz, se adhirió una gota blanca.

—Estás preciosa. Te he echado de menos.

—No te creo. Lo dices para halagarme, pero no resultas convincente —dije yo frunciendo el ceño.

Yo estaba fingiendo. Estaba loca por él. Qué tontas somos a veces. Me estaba cautivando nuevamente con su voz grave, con sus pausas meditadas y con unas miradas que derretirían al mismo acero.

—Cuando te enfadas, estás más guapa, Carla.

—No seas idiota. ¿De qué película has sacado la frase? ¿de *Pretty Woman*?

—Ya quisiera Julia Roberts parecerse a ti.

Reí enseguida. No pude evitarlo. Darío se acercó hasta mi rostro y con la punta de su lengua rebañó la punta de mi nariz.

—Llevabas un poco de nata, cariño.

—Gracias, lo he pasado mal por tu culpa.

Pensaba que te habías olvidado de mí.

—¿Cómo me iba a olvidar de ti?

—Pensaba que querías deshacerte de mí y no sabías cómo. Estos silencios han sido letales estos días. No vuelvas a hacerlo, por favor.

Era mi turno. Me acerqué y lo besé suavemente en los labios. En ese instante, Mateo aplaudió desde la barra donde la camarera le enseñaba cómo jugar al Candy Crush.

—Míralo, qué feliz está —dijo Darío con luz en sus ojos.

—Pues cuando se entere de que se va al Caribe, no quiero imaginar los saltos que va a dar.

—Tengo que decirte algo, Carla.

Su tono de voz cambió. Se volvió más sombrío. Estaba claro que quería hacerme una confidencia.

—Necesito que confíes en mí.

—Me asustas. ¿Qué sucede, Darío?

—En julio nos marchamos de vacaciones, ¿vale?

—Sí, eso ya me ha quedado claro y debo confesarte que estoy entusiasmada, aunque no se me note. Han sido unos días muy duros también para mí. Ahora te contaré.

—En agosto debo cerrar esa operación. No solo es vital para mí, sino también para muchas personas.

—Me estás acojonando. Y no puedes decirme nada, ¿claro?

—No puedo hacerlo. Faltaría a mi palabra y me saltaría una de las cláusulas que he firmado.

Aquella información me superaba. No tenía ni idea de qué clase de operación se refería Darío. Nunca imaginé que sus negociaciones fuesen tan trascendentales.

—Pero, Darío, debes confiar en mí. Yo soy a la persona que quieres.

—Lo sé, pero no es que desconfíe de ti —dijo concentrado.

—¿Entonces? ¿Por qué no puedes contarme de qué se trata? No soy ninguna espía, aunque, si quieres, me visto de *Matahari* para ti. —Intentaba quitarle tensión a aquel diálogo que estábamos manteniendo.

—Lo pensaré. No me des ideas que me desato, Carla. Ya me conoces. —Su mirada sensual me puso más nerviosa de lo que lo estaba.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué no puedes contármelo?

—Mira, Carla, la mayoría de las operaciones comerciales que se frustran no es por la existencia de espionaje industrial. No voy a negar que no exista, pero la gente, sin querer, se va de la lengua, la gente que te aprecia y a la que quieres. Tontamente alguna persona de tu máxima confianza se relaja y de repente suelta la información en cualquier sitio, pues piensa que está entre amigos. Así sucede, así de sencillo. Un amigo tuyo lo sabe y se lo dice a otro que a su vez, por torpeza o para alardear, se lo dice a otro hasta que...

—Hasta que llega a alguien que quiere sacarle partido a esa información —añadí yo haciéndome la listilla.

—Así es. Cuando, en agosto, todo esto acabe, te podré contar con todo lujo de detalles de qué se trata esta importantísima operación. Antes no debo ni puedo hacerlo, porque así consta en el precontrato.

—No te preocupes, Darío, lo soportaré. Pero me dejas en ascuas.

—Lo sé. No es fácil para mí callar esta clase de proyectos y empresas a la persona más importante de mi vida junto a mi hijo Mateo.

—Siempre haces que te quiera un poco más —dije con aire infantil.

Terminamos el café después de mi última intervención. Callamos mientras hacíamos manitas por debajo de la mesa. Tenía unas ganas de tirármelo allí mismo... No me podía contener.

Darío lo advirtió en mi mirada ávida de placer.

Dejamos a Mateo con sus padres y aproveché para saludar a Mat y a Paloma. Sus caras se iluminaban cuando me veían. No. No era eso. Escribiré mejor: sus caras se iluminaban cuando nos veían. Juntos.

Al llegar a mi casa, empezamos a besarnos en el vestíbulo. Le susurré: «Tengo las bragas mojadas». Y entonces todo fluyó como había fluido anteriormente. Con energía, pasión y un fuego que se extinguiría con el agotamiento y mi rendición sobre la cama.

Aquella noche le conté que mi madre había decidido confesarme qué había ocurrido con mi padre. Darío me abrazó mientras yo lloraba por la alegría de volver a tenerlo y por la tristeza de saber que mi padre acabó muerto en la soledad absoluta de una carretera que se precipitaba a un barranco.

Los días pasaron deprisa. El tiempo no importaba porque Darío y Mateo estaban conmigo. Volví a esa felicidad estúpida que tanto me embargaba y no importaba otra cosa en mi vida que esa felicidad que aquel hombre me brindaba una y otra vez. Qué tonta fui. Pero la vida es lo que tiene y ahí estaba yo, un día cualquiera de julio, en un

avión hacia el Caribe observando que Mateo me miraba como siempre, entrañable, como si fuese su madre.

Capítulo 9

Estaba encantada.

Mi vida se había convertido en poco tiempo en una clase de hechizo. ¿Qué estaba ocurriendo en realidad? ¿Por qué la vida estaba siendo tan generosa conmigo? ¿Era una clase de premio a todos estos años de escasez y duro trabajo?

El Caribe. Ahora viajaríamos al Caribe. No me lo podía creer. Cuando salimos de Cádiz hacia Madrid, tuve la sensación de estar dentro de un cuento de hadas donde, a la princesa, le iba fenomenal. No existía ninguna nube oscura en el horizonte.

Tenía miedo, sin embargo, de que las cosas no saliesen como yo esperaba, a que, en algún momento, todo aquello se jodiera. Pero no podía continuar pensando solamente en aspectos negativos, sino que debía confiar en la felicidad, en una manera mucho más positiva de ver las cosas. No podía actuar como había actuado mi madre todos esos años.

Durante el trayecto en coche, Mateo estaba ilusionado y comprobé que Darío, concentrado en la carretera, no dejaba de sonreír. Hablábamos de cosas triviales, de todo lo que íbamos a hacer en aquel complejo hotelero de la Rivera maya.

—¿Papá, es verdad que hay tiburones en la playa? —preguntó con temor.

—Sí, son enormes y se comen a los niños rollizos y que no paran de hablar —respondió Darío con tono burlón.

—Papá, me da miedo.

—Es una broma. Lo que tu padre te está contando es mentira. No le hagas caso.

—Menos mal que vienes tú, mamá.

Cuando me decía mamá se me encogía el corazón y miraba a Darío con resignación, pero el padre de la criatura, de quien me había enamorado profundamente, solo se limitaba a sonreír y a guiñarme el ojo.

La felicidad por la que habíamos luchado mi madre y yo debía ser algo parecido a esto, a este ambiente familiar que yo no había conocido al lado de mi madre. Miraba a los ojos de Mateo y me identificaba con esa sensación de soledad que yo también había experimentado a lo largo de toda mi infancia.

No quería preocupar a Darío ni a los abuelos, pero Mateo, aunque creciera feliz como lo hice yo, ese sentimiento de ausencia maternal lo lastraría siempre y lo extinguiría cuando se convirtiera en padre. Mateo me miraba con ansia de tenerme cerca, con ansia de que yo no me alejara jamás de él. Pensaba, durante el vuelo, mientras Darío y Mateo dormían, que no podía asumir la responsabilidad maternal que aquel niño reclamaba de mí. En algunos momentos, me agobiaba que me solicitase como madre. Pero debía relajarme. A Susan se lo comenté por teléfono antes de ese viaje.

—Me da pena que me llame mamá.

—Entiéndelo, es un niño —dijo Susan con un tono comprensivo.

—Lo sé, pero me impone una responsabilidad que yo no quiero, porque aunque me casara con Darío, yo nunca sería su madre biológica.

—¿Has hablado de boda? —preguntó con tono irónico.

—Es una hipótesis para que me entiendas.

—No le des más vueltas. Míralo por el lado positivo.

—¿A qué te refieres, Susan?

—A que ese hombre no ha tenido antes ninguna mujer como tú en su vida. El niño solo te nombra a ti y te llama mamá. Todo eso significa que la relación entre Darío y tú es una relación seria.

—No lo había mirado así.

—Además, disfruta. Te vas al Caribe y te pones a pensar en memeces. Ojalá estuviera yo en tu lugar. No vas a encontrar un tío así en toda tu vida. Ni yo tampoco.

—Ya sabía yo que estabas tardando en sacar tu faceta de loba.

—Sí. Así que ya puedes follártelo bien, si no quieres que se te escape —añadió bruscamente.

—Nena, no sé por qué no me sorprende esa frase —apostillé yo, como si no me importasen sus exabruptos.

—Es que me lo pones a huevo, hija. Ahora hablando en serio, no puedes vivir en esa continua incertidumbre. Debes relajarte y dejarte llevar. No va a pasarte nada malo si descubres que este hombre no es el hombre de tu vida —dijo con convicción.

Ahora que miraba a padre e hijo, abrazados, dormidos, respirando con la levedad que da la tranquilidad de sentirse queridos, de saber que se tienen el uno al otro, pensaba en las palabras aleccionadoras de Susan y me percataba de que tendría que aprender a ser feliz.

Pese a las alegrías de esos últimos años, subyacía en mí un rencor latente que me llevaba a pensar que nada de lo que había logrado me lo merecía.

Ese rencor no estaba dirigido contra nadie en particular, ni siquiera contra mi padre, sino contra mí misma. ¿Por qué? No lo sé.

Seguramente porque consideraba injusto que hubiera vivido de la forma en que viví al lado de mi madre. No culpo a mi madre de nuestra situación. A lo largo de estas memorias, he escrito que fui feliz al lado de ella, pero no es la felicidad que experimentaba en ese momento.

Era la felicidad de los humildes. La bondad, la ternura y la generosidad no se diferencian de otros sentimientos terribles como la marginación, la soledad o el abandono.

Viví en una mezcla confusa entre la alegría y la tristeza. Ahora aparecía Mateo en mi vida y su padre era ese hombre generoso, educado y sensible que se había cruzado en mi vida. Por esa razón, no sabía cómo actuar, no sabía cómo interpretar aquella conducta a la que no estaba acostumbrada. Nadie me había regalado nada en mi vida, pero él parecía que me lo quería regalar todo.

—¿Te pasa algo? —preguntó Darío con los ojos entreabiertos.

—No, nada. Estaba pensando —dije yo con naturalidad.

—Me da mucho miedo cuando una mujer como tú se pone a pensar.

—Oye, eso ha sonado muy machista.

—Lo sé. Tenía ganas de meterme contigo.

—Además, ¿cuántas mujeres como yo has conocido, listillo? —le reproché un poco enfadada.

—A ninguna. No te lo tomes a mal. Estaba bromeando, pero no te veo feliz —susurró para que Mateo no se despertara.

—¿A ninguna? Tendré que mirar ese móvil —reí al decir esa frase.

—No. Hablo en serio. No te veo ilusionada.

—¿Cómo no voy a estar contenta?

—No he dicho contenta. He dicho feliz, Carla.

—La felicidad no es esto. La felicidad no puede ser esto.

—No sé de qué estás hablando.

—Las he pasado putas en mi vida. Y mi madre lo ha pasado peor que yo. De repente, apareces tú y todo se vuelve color de rosa.

Los ojos de Darío se oscurecieron. Su rostro reflejaba temor.

—No ha sido fácil, lo sé. Te recuerdo que yo perdí a mi mujer —su tono se volvió más sombrío.

—Perdona, no quería herir tus sentimientos.

—Ya sé que no querías herir mis sentimientos, pero tenemos derecho a ser felices, aunque sea mentira.

—¿Aunque sea mentira? —pregunté extrañada.

—Sí, aunque sea mentira. Cuando yo miro a Mateo, veo la tristeza y el desamparo. Intento que mi hijo no se dé cuenta. Tú me estás ayudando en ese sentido.

—Pero, ¿finges que eres feliz?

—Este viaje es una forma de fingir que los tres somos felices. No lo olvides. Cada persona busca ser feliz como puede.

—Te entiendo. Siento si te he ofendido.

—No, al contrario, es bueno que aclaremos nuestros sentimientos. Mi vida es Mateo y ahora lo eres tú, ¿sabes?

—Vosotros también sois ahora mi vida.

Sus ojos volvieron a brillar y Mateo se removió en su asiento, pero siguió durmiendo.

—Tenía unas ganas locas de hacer un viaje como este. Te lo puedo asegurar.

—Lo pasaremos muy bien. Te lo prometo —dijo él, seguro de sí mismo.

Me encantaba cuando hablaba así, con esa convicción de que las cosas saldrían como él esperaba.

—Solo he visto el Caribe en fotos y películas.

—Te lo mereces, Carla.

—No paro de preguntarme cómo es posible que aparecieras en mi vida.

—Aparecí, Carla. Yo también podría decir lo mismo de ti.

—No seas bobo. No es igual. Me habría gustado haber tenido esta conversación antes, pero ha ido todo tan deprisa.

—Me gusta escucharte, ya te lo he dicho más de una vez.

—A mí que estés a mi lado, pero debo ser te sincera, me gustaría saber ya toda tu vida, me gustaría que por fin me contaras que está pasando en tu trabajo.

—Te he prometido que cuando cierre eso que estoy haciendo, te contaré todo. En septiembre todo estará más calmado y podré darte todo lo que te mereces, confía en mí.

—Si no lo hiciese no estaría aquí...

Mateo se despertó y dijo que tenía hambre. Lo bueno de viajar en primera clase es que, nada más abrir el niño la boca, había una azafata pendiente y le pregunto qué le apetecía tomar y comer.

—Quiero un Cola Cao con galletas para mojar y hacer migotes.

—Ahora mismo se lo preparo —dijo la azafata, sonriendo, al escuchar a Mateo pedirle eso.

—Papá he tenido un sueño —dijo el pequeño con un nudo en la garganta.

—Ven aquí cariño —dijo Darío para sentarlo en su falda—, ¿qué has soñado?

—El tiburón me comía en la playa del Caribe —dijo triste y a punto de llorar.

—Mi vida, solo es un sueño, los tiburones del Caribe son blancos y no comen ni muerden a las personas, lo que pasa es que al haber bromeado sobre ello, se te ha quedado metido en la cabeza y te ha producido ese sueño.

—Además, si se tienen que comer a alguien será a mí, que tengo más culo —dije sacándole la lengua y provocando una risa en él.

La azafata volvió con la merienda del pequeño y aprovechamos para pedir dos cafés. Saqué mi *tablet* y le puse unos dibujitos; había metido un montón en una carpeta para que el pequeño estuviese distraído en algunos momentos de trayectos y sobre todo en ese vuelo que duraba cerca de diez horas.

Pasamos el resto del vuelo viendo dibujitos. Mateo ya estaba más relajado con el tema de los tiburones, le habíamos gastado varias bromas hasta que lo convencimos de que nada podía suceder.

Por fin aterrizamos en el aeropuerto internacional de Cancún, en la Península de Yucatán. La humedad de aquel lugar se hacía palpable nada más bajar las escaleras del avión. Fuimos hacia el control de seguridad para entregar las tarjetas y de allí a por las maletas. Al salir, me impresionó que había que tocar una especie de botón y si aparecía el color rojo te registraban la maleta, por suerte a ninguno de los tres nos tocó, así salimos más rápido de aquel aeropuerto pues estábamos reventados del viaje. Un coche privado no se esperaba fuera y nos llevó directos al hotel.

Durante el trayecto observaba lo que era diferente aquello; los colores eran más vivos y la intensidad del azul del cielo era mayor, todo parecía de postal.

Llegamos al *resort*. Aquella entrada era impresionante y desde ahí se veía la playa tan cerca que parecía que la podías tocar, el hotel estaba en horizontal formando un semicírculo. Un señor vino a por nuestras maletas y nos acompañó hasta recepción que estaba ahí mismo en la entrada, en un precioso *lobby* e hicimos el registro y nos acompañaron hasta el *bungalow*.

El hotel era precioso. Una alargada piscina formando un lago estaba frente a ese precioso mar caribeño, repartido a lo largo de las instalaciones todo estaba lleno de bares y restaurantes de muchas especialidades.

—Mamá, mira qué flipada, hay un bar dentro de la piscina.

—Si Mateo ya lo estoy viendo, lo vamos a pasar en grande —dije mientras entraba en el *bungalow* siguiendo al chico que nos acompañaba.

Aquello era inmenso, con una terraza que daba la piscina y frente al mar, la habitación era toda diáfana, una cama gigante al fondo en el centro, en un lado otra cama pequeña que habían puesto para el pequeño Mateo.

Un sofá que cabían seis personas y un televisor gigante de plasma. A un lado estaba el cuarto de baño, también de unas dimensiones extravagantes, con una gran bañera en forma de concha y en el otro lado una ducha; aquel cuarto de baño era más grande que el salón de mi casa y me reí al comprobarlo.

La terraza tenía unas cómodas hamacas y un *jacuzzi* que invitaba a meterse inmediatamente en él. Aprovechamos para ducharnos y cambiarnos y bajar a cenar ya que empezaba a oscurecer.

Fuimos a un restaurante de especialidad mexicana, el *resort* contaba con seis restaurante de especialidades de diferentes países y un bufé internacional, esa noche nos apetecía cenar mexicano, así que nos metimos en él y empezamos a pedir un poco de todo.

En cuanto Mateo comió un poco, se quedó dormido en la silla. Darío y yo nos miramos riendo y me levanté a juntar otra silla y tirar al niño sobre ellas para que estuviese más cómodo y así nosotros poder cenar más tranquilos.

—No me puedo creer que esté aquí, en el Caribe —dije muerta de risa mirando a Darío.

—Te voy a enseñar lugares increíbles que tus pensamientos jamás hubiesen imaginado.

—He estado mirando muchas fotos por internet, sé que hay lugares espectaculares; si en fotos son alucinantes, en directo deben ser impactantes.

—Mañana podríamos irnos por ahí. A primera hora iré al *hall* y alquilaré un coche para estos diez días. Ya nos quedaremos otro día a pasar el día relajados en el hotel, pero ahí fuera hay toda una inmensidad de cosas por descubrir, mañana quiero darte una sorpresa y enseñaros un lugar que sé que os va a encantar.

—A mí sinceramente me interesa más irme por ahí, por las tardes y noche tenemos ya más tiempo para aprovechar en el hotel, pero de día prefiero estar viendo los rincones que tiene este lugar, tanta historia y cultura que han dejado huella.

—Además la naturaleza de aquí es diferente, esto es una mezcla explosiva, para mi uno de los rincones favoritos del Caribe, vine varias veces y no me ha importado seguir repitiendo, siempre hay algo nuevo por ver.

—Te envidio por todo lo que has viajado...

—Anda ya tonta, te prometo que te enseñaré el mundo entero...

—Me encantaría, viajar es la única forma de abrir del todo la mente.

Después de la cena nos fuimos a la habitación a tomar algo en la terraza, para dejar a Mateo dormir plácidamente sobre la cama; era normal que estuviese cansado, ya habría días en que duraría hasta las tantas.

Tomamos una Coronita en aquella terraza durante un rato. La humedad no daba tregua, el calor era impresionante incluso por la noche, menos mal que la habitación estaba a una temperatura agradable, había una gran diferencia entre estar dentro y fuera de ella.

A las seis Mateo ya estaba en pie; el cambio de horario nos había desvelado a los tres, Darío preparó dos cafés con la Nespresso que había en la habitación y aprovechó para hacerle un Cola Cao al pequeño. Queríamos aguantar por lo menos una hora en la habitación antes de irnos a desayunar al bufé.

Mateo no paraba de salir a la terraza, se quedaba mirando el mar y los colores tan brillantes que tenía frente a él, estaba feliz, no paraba de decir que era la playa más bonita que habían visto sus ojos. Me hacía gracia, ya que él estaba acostumbrado al mar, en Cádiz estábamos rodeados por playas, diferentes, pero también preciosas, pero está al pequeño le llamaba mucho la atención, ver el mar tan en calma y con ese azul tan intenso, invitaba a Mateo a sentir atracción hacia él.

Fuimos al bufé a desayunar, el pequeño cogió un plato y comenzó a recorrer todo aquello, echando en él todo lo que se le antojaba, era para verlo con ese cuerpecito haciendo aquel recorrido. Yo iba detrás porque a la mayoría de los sitios no alcanzaba por su estatura, tuve que decir que frenase y que se comiese todo lo que había echado, que luego volviera si le apetecía más; se estaba volviendo loco al ver tanta variedad.

Mientras desayunábamos tranquilamente, Darío fue a hacer el trámite del alquiler del coche. Mateo me miraba con ojos de desesperación ya que sabía que estaba intuyendo que no se iba a comer ni la mitad de lo que había en el plato.

—Ya no puedes más, ¿verdad?

—Me duele la tripa —dijo, tocándose la barriga, sin mirarme a los ojos.

—Es que eres muy bruto, te pudo la gula —dije muerta de risa.

—Mi papá me va a reñir cuando vea todo esto en el plato —dijo conteniendo la risa.

—Va, te ayudo un poco, me voy a comer este bollo de chocolate, al final se me pondrá un culo inmenso por tu culpa.

Terminamos de desayunar y fuimos al encuentro de Darío que estaba aún con los trámites del coche, por lo visto tuvo que esperar un rato ya que no estaba abierto. Al final había alquilado un Peugeot 208 blanco. Fuimos al aparcamiento a cogerlo y nos

fuimos a perdernos en nuestro primer día por aquella zona de la Península de Yucatán.

Cuando nos dimos cuenta estábamos en la zona arqueológica de Tulum, un lugar mágico lleno de historia con una de las mejores playas de todo México, era impresionante ver aquel lugar arqueológico a orillas de ese mar turquesa.

Al borde de un acantilado estaba la estructura llamada El Castillo, nos tiramos unas magníficas fotos delante de él, nos paramos ante un guía que le estaba explicando a unos turistas el tema de los equinoccios que eran influyentes para aquella arquitectura.

Bajamos las escaleras de madera que llevaban desde esa zona arqueológica a la playa y nos dimos en aquellas aguas cristalinas uno de los mejores baños que me había dado en mi vida. El pequeño estaba flipando con la temperatura del mar, estaba acostumbrado a bañarse en Cádiz donde metías un pie y te echabas hacia atrás hasta que el cuerpo se habituaba, allí estaba a temperatura corporal, era una sensación extraña pero a la vez placentera.

De allí nos fuimos a bañarnos a un cenote. Darío estaba pendiente de nosotros en todo momento, sus miradas cómplices y el cariño con el que nos trataba hacía que todo aquello fuera pura magia, yo me estaba derritiendo con cada gesto y atención suya, tenía el corazón a mil, ya que mis sentimientos cada vez eran más fuertes.

Llegamos al cenote llamado Escondido, estaba en plena selva entre la vegetación pero pudimos llegar hasta él en coche. Exploramos algunas cuevas submarinas que había en el lugar, yo no paraba de reír con Mateo que ahora estaba experimentando lo que era un agua realmente fría. Estaba disfrutando de una impresionante belleza natural en ese precioso lugar.

—Mamá hay que convencer a papá y quedarnos en este lugar más días, diez van a ser pocos.

Darío me miró muerto de risa; el pequeño de forma descarada me estaba pidiendo ayuda en todas sus narices buscando mi complicidad para que lo convenciese.

—Solo llevamos un día, lo mismo dentro de una semana estamos hartos, te está pasando como esta mañana, que pensabas que eras capaz de comerte todo lo que había en el restaurante —dije riendo.

—No sé yo si seré capaz de aguantar a los dos juntos estos diez días —dijo Darío, bromeando, mientras nos tiraba agua con las manos.

—Para nosotros tampoco es nada fácil aguantarte a ti papá, así que no nos pongas de malos —dijo mientras le tiraba las gafas de *snorkel* que Darío consiguió esquivar.

Terminamos comiendo en un precioso restaurante frente al mar, en una playa que parecía desértica, llena de hamacas impresionantes de madera tipo balinesas.

Pedimos un surtido de pescado frito de aquel lugar, la estampa era de película, parecíamos una familia feliz de vacaciones. Realmente lo éramos, con la única diferencia de que yo no era la madre biológica de Mateo, pero cada vez veía más consolidada la relación entre Darío y yo, demasiada complicidad, nos sentíamos muy

cómodos el uno con el otro.

Pasamos el resto del día en aquella preciosa playa, el niño no paraba de jugar entre la orilla y la arena, estaba feliz con un cubo de plástico que le habíamos comprado con las palas y rastrillos.

Llegamos al hotel y sin cambiarnos nos fuimos a cenar al chiringuito que preparaba barbacoa, entre la piscina y la playa.

Estábamos agotados así que después de cenar nos fuimos a la habitación y el pequeño se quedó dormido enseguida. En cuanto le dimos un baño y lo acostamos, aprovechamos para bañarnos juntos.

Darío llenó la inmensa bañera de agua caliente y le echó sales de baño relajantes. Cuando estuvo a su gusto, se desnudó. Yo estaba mirándolo por el espejo mientras me recogía el pelo en un moño para no mojármelo. Me quedé con las manos levantadas mientras observaba su cuerpo; en un segundo ya me había puesto cardíaca.

Me di la vuelta mientras él entraba en la bañera y se acomodaba, me miró a los ojos y me extendió una mano para que lo acompañara. Sin ninguna vergüenza, me acerqué a la bañera y, sin dejar de mirarlo, me quité la ropa, dejándola caer al suelo.

Entré, él me hizo hueco entre sus piernas y apoyé mi espalda en su pecho, suspirando.

—Otro viaje que jamás olvidaré —dije suspirando. Dejé caer la cabeza sobre su hombro, él puso las manos en mis piernas, acariciándolas.

—Aún queda. —Una de sus manos comenzó a acariciar la parte interna de mis muslos, para excitarme, como si yo lo necesitara en ese momento...

Ya no hubo más palabras, lo siguiente fue su mano en mi sexo, tanteando, acariciando superficialmente. Me gustaba jugar, pero en ese momento quería ir al grano del asunto rápido, así se lo hice saber al mover mis caderas, buscando un mayor contacto.

Él rio en mi oído, me dio un beso e introdujo dos dedos dentro mí. Me mordí el labio pero no pude evitar gemir.

—No quiero eso —me quejé.

Darío no hablaba, notaba su respiración en mi oído, su otra mano jugando con mis pechos...

Yo estaba demasiado excitada, no quería ese tipo de preliminares, lo quería a él por entero. —¿Qué quieres?— preguntó unos segundos después, con voz ronca.

Un escalofrío me recorrió por el tono de su voz.

—A ti —le dije, quitándole los dedos de mi interior y dándome la vuelta para mirarlo cara a cara.

Apoyó los brazos en los laterales de la bañera, dejándose hacer.

No lo dudé ni un momento, me senté a horcajadas sobre él a la vez que lo besaba. Mordí su labio cuando lo tuve dentro completamente y comencé a moverme despacio, sabía que el primer orgasmo iba a llegar rápido y no quería que acabara.

De repente, como si algo lo hubiera poseído, como si no se pudiera controlar, se

incorporó un poco, me abrazó y empezó a moverme frenéticamente. Solo necesité unos segundos para llegar al límite. El orgasmo me hizo emitir un pequeño grito y me quedé inmóvil.

Darío siguió moviéndose un poco más hasta acabar. Cogimos aire, estabilizando nuestras respiraciones y me abracé a él, con la cabeza en su hombro.

Había sido increíble, pero al parecer yo había sido poco para él.

Cuando salimos de la bañera, el agua estaba helada y estaba segura de que tendría agujetas, pero la sonrisa de satisfacción en nuestras caras era el mejor regalo.

Por la mañana el pequeño se levantó exigiendo que ese día quería pasarlo disfrutando de las instalaciones del hotel y del todo incluido.

Darío, sonriendo, me miró para buscar mi aprobación a lo que el niño estaba pidiendo.

—La verdad es que a mí también me apetece quedarme en el hotel metida en esa piscina, apoyada en la barra acuática, tomando un cóctel. Podemos combinarlo con la playa. —Guiñé el ojo a Mateo.

Fuimos a darnos el atracón del siglo ya que el restaurante bufé era toda una provocación para el paladar, después de estar una hora allí desayunando nos fuimos a la piscina a darnos un baño y tomar algo.

Era increíble que allí pudieras tomar lo que quisieras de alcohol a primera hora de la mañana, parecía como si el cuerpo te cambiase.

Me senté en aquella banqueta acuática en la barra de la piscina y me pedí un daiquiri de fresa. Estaba delicioso. En ese momento Mateo estaba mirando embobado a una fila de niños, siguiendo a unos monitores infantiles mientras cantaban.

Un monitor se nos acercó y nos comentó que si pensábamos pasar el día en el hotel el pequeño podía disfrutar de un día de juegos infantiles en la zona infantil, dónde había una gran sala con juguetes y distracciones además de una piscina, en todo momento vigilado por monitores y también había una comida temática de piratas.

—Yo quiero ir —dijo Mateo, emocionado.

—Puedo llevarlo y después si a él no le apetece seguir, avisamos por megafonía para que vayan a recogerlo —dijo el monitor para tranquilizarnos.

Nos pareció genial la idea, el pequeño pasaría un día divertido con los demás niños y nosotros tendríamos el día para disfrutar juntos de la playa, la piscina y de tomar copas.

No despedimos de él deseándole que pasase un gran día y que cuando se aburriera pasaríamos a recogerlo.

Darío me agarró del brazo, me sacó de la piscina y me llevo hacia la habitación. Yo lo seguía muerta de risa; me estaba viendo venir que su cuerpo le estaba pidiendo juerga.

Cogió de la nevera una botella de champán y llenó dos copas, las apoyo en el jacuzzi y nos metimos en él.

Estaba mirando a Darío ensimismada. Estábamos los dos dentro del *jacuzzi* del dormitorio, las vistas desde allí eran increíbles, el mar en toda su plenitud, pero nada era comparable al hombre relajado que tenía enfrente. Con los ojos cerrados y recostado, me estaba volviendo loca, mi imaginación ya volaba a temas sexuales, no podía evitarlo.

Llevaba el bikini, pero echándole un poco de cara al tema, me lo quité despacio, esperando que él no se diera cuenta de lo que estaba haciendo.

Me quedé completamente desnuda y él seguía ajeno a todo.

Me mordí el labio, pensativa, quería sorprenderlo. Aunque con él la vergüenza en el sexo casi no existía, yo no era demasiado espontánea, seguía siendo algo tímida, pero quería cambiar eso.

Doblé mis piernas y las abrí. Eché la cabeza hacia atrás, cerré los ojos y bajé mi mano hasta mi entrepierna. Iba a tocarme a mí misma, iba a sorprenderlo.

Aunque me costó un poco, pensar que Darío podía estar mirándome me ayudó, me excitó deprisa y comencé a mover la mano como si estuviera allí sola, como si fuera él quien lo hiciera.

Cuando el orgasmo llegó, abrí los ojos un poco. Darío estaba entre mis piernas, sin tocarme y sin dejar de mirarme fijamente.

—¿Bien? —preguntó con una sonrisa en la voz.

—Tú lo hubieras hecho mejor. —Sonreí.

—Cada día me sorprendes más.

Después de esas palabras, su boca ya estaba en mis pechos, lamiéndolos y dándome pequeños mordiscos en los pezones. No sabía que él también se había quitado el bañador hasta que noté su erección contra mi piel.

Me cogió por las caderas, me levantó y me sentó en el poyete del *jacuzzi*. Se levantó, apoyó las manos al lado de mi cuerpo y se introdujo dentro de mí.

Antes del orgasmo, miré el mar y aguanté la respiración, emocionada. ¿Qué más se podía pedir?

Nos quedamos un buen rato abrazados mirando el mar, mientras tomábamos esas copas de champán.

—Eres todo lo que jamás pensé que podría encontrar después de lo que me sucedió —dijo flojito, mientras yo seguía mirando al mar, sonriendo.

Estaba feliz, sentía que tenía el mundo a mis pies, lo amaba con todas mis fuerzas, quería pasar toda una vida junto a él.

Un rato después bajamos y nos acercamos a ver al pequeño en la zona infantil. Estaban comiendo *pizza* disfrazados de piratas. Se nos acercó corriendo para decirnos que se lo estaba pasando genial, así que lo dejamos allí y fuimos a comer.

Después de pasar todo el día en la playa, por la tarde recogimos al pequeño y fuimos a ducharnos para irnos a la famosa Quinta Avenida de Playa del Carmen.

Cuando llegamos nos dimos cuenta de que era el corazón de la ciudad. Estaba llena de restaurante, bares y tiendas de *souvenir*. Aprovechamos para hacer algunas

compras y cenar por aquel animado lugar; las calles que la bajaban daban directamente a la famosa playa.

Al día siguiente aprovechamos para ir a *Chichén Itzá*. Nos pillaba a dos horas en coche, pero no queríamos perder la oportunidad de ver aquella pirámide tan famosa de la cultura maya.

Nos tiramos varias fotos impresionados al tenerla delante, luego nos fuimos a conocer el cenote sagrado, pasamos todo el día por aquella zona y luego nos fuimos hacia el hotel, directos a dormir ya que estábamos reventados.

Antes de quedarnos dormidos, Darío me abrazo muy fuerte.

—No puedo imaginarme una vida sin ti Carla.

—No tienes por qué hacerlo.

—En septiembre todo cambiará —dijo mientras besaba mi coronilla.

—Eso espero, aunque no te lo diga a menudo, me tienes preocupada.

—Relájate, tendré que trabajar en agosto pero luego todo será diferente como ya te he repetido en varias ocasiones.

—Eso espero —dije apenada.

—Vuelvo a repetirte que confíes en mí, parece que no llegas a hacerlo del todo —dijo en tono enfadado.

—Si lo hago, pero me da mucho miedo cuando desapareces por el trabajo y estoy un tiempo sin noticias tuyas; me preocupa, aunque no quiera, me preocupa mucho —dije mientras me quedaba dormida.

Los siguientes días pasaron volando haciendo recorridos por todas las ruinas mayas que quedaban por aquella zona de Yucatán. La Riviera Maya tenía mucho que ofrecer.

Fuimos a la isla de Cozumel al igual que a la isla de las mujeres; el pequeño Mateo se lo estaba pasando bomba y no paraba de repetir que no quería regresar a España. La última noche la paso llorando diciendo que tenía pena porque no quería vivir sin mí. Su padre intento consolarlo diciéndole que eso sería por poco tiempo.

La última mañana nos fuimos a la playa del Carmen de compras, luego volvimos al hotel a comer y esperar a que nos recogieran para llevarnos al aeropuerto, para la vuelta volábamos de noche.

Antes de que el avión despegara el pequeño Mateo ya estaba durmiendo, menos mal que antes de montarlo le dimos un sándwich para que lo hiciese con el estómago lleno.

Darío y yo cenamos y al momento nos quedamos dormidos y no nos despertamos hasta que anunciaron el aterrizaje por megafonía.

La vuelta hacia Cádiz en el coche parecía que era en un tanatorio; al pequeño se le notaba bastante triste por la vuelta, aún le quedaban a Darío quince días de vacaciones que pensábamos aprovechar haciendo cosas, pero parecía que habíamos dejado nuestras vidas en aquel rincón del caribe.

Por el camino, Mateo dijo que no quería dormir sin mí; en el tono se le notaba

bastante dolor.

—Cariño, esta noche vamos a dormir con la abuela, pero a partir de mañana vamos a hacer los tres muchas cosas juntos, así que no te preocupes.

—Quiero que ella viva con nosotros —respondió enfadado.

—Pronto lo haremos, te lo prometo —dijo Darío guiñando el ojo por el espejo retrovisor.

La verdad es que yo también estaba deseándolo, pero el cierre de esa enigmática maldita negociación nos tenía sin poder tirar hacia delante, me daba mucha rabia el no saber de qué se trataba, pero no pensaba decirle nada más ya que sabía que le molestaba que lo hiciese.

Capítulo 10

Por la mañana estaba sonando el timbre de la puerta. Me levanté rápidamente, asustada, porque no esperaba a nadie y me quede sorprendida al mirar por la mirilla y ver que era Darío; abrí inmediatamente.

—Me has asustado, te he llamado veinte veces —dijo mientras besaba mi frente y entraba.

—Tengo el teléfono silenciado, ¿ha pasado algo?

—Que son las dos de la tarde y no dabas señales de vida, ¿te parece poco?

—¡Mierda! No pensé que fuese tan tarde, el cambio horario me ha dejado un poco aturdida.

Darío entro en la cocina y comenzó a prepararme un café, aunque realmente ya era la hora de la comida, pero necesitaba un poco de cafeína para espabilarme, me había dado pena ver la cara de preocupación con la que había llegado.

—¿Porque no has traído a Mateo?

—Se lo han llevado los abuelos a pasar el día en la casa de campo de mi tía en Chiclana.

—Perfecto, así jugará con los niños de tu prima, siempre me habla de ellos.

—Se matan entre ellos pero realmente no pueden estar los unos sin los otros.

—Es normal a su edad...

—¿Qué te apetece hacer hoy, Carla?

—Casarme contigo —bromeé mientras me tomaba el café, sentada en aquella mesa de la cocina y él apoyado sobre la encimera.

—Eso me parece que hoy no puede ser, pero está dentro de la lista de los objetivos próximos que tengo en la lista de deseos —dijo guiñando el ojo.

—Lo mismo cuando tú quieras no me apetecerá y será demasiado tarde —dije haciéndole una mueca.

—No sabes con quién estás hablando...

—Pues... ¡Dime quién eres! —grité riendo mientras lo miraba fijamente.

—Soy quien ves aquí.

En ese momento le sonó un mensaje en el móvil, la cara se le descompuso, me miró y me dijo que al día siguiente tenía que irse para cerrar con antelación esa negociación, que debía marcharse pero que volvería lo antes posible y ya no volvería a irse más.

Sentía miedo al ver la preocupación en su rostro, las lágrimas comenzaron a salir rápidamente; me parecía bien, pues cuanto antes terminase todo sería mejor, pero me daba mucho miedo, no sabía dónde estaba metido, ni siquiera tenía la certeza de que todo saliese bien. No dejaba de llorar mientras Darío intentaba consolarme con un fuerte abrazo. Sentir que iba a volver a pasar unos días sin saber nada de él me partía

el alma.

—¡Hostias! Problemón —dijo Darío preocupado por algo más.

—¿Qué pasa ahora?

—Mis padres se van de viaje a Tenerife mañana, no contaban con que yo iba a tener que irme antes.

—Por Mateo ni te preocupes, me lo quedo yo, así al menos la espera se hace más corta y más fácil con él al lado.

—¿En serio?

—Darío, quiero a ese niño como si fuese mío, separarme de los dos sería más doloroso aún.

—Luego cuando vuelva del campo iré y le prepararé una maleta. Lo traeré esta misma noche, cogeré el primer vuelo y mis padres igualmente lo tienen temprano.

—Vale. —Seguía llorando desconsoladamente.

Pasamos el día abrazados en el sofá. Por la noche fue a por el pequeño y lo trajo una hora después con todo listo para pasar conmigo los días que fuese necesario.

Darío durmió con nosotros y se despertó a las nueve. Estaba abrazada a Darío en la cama y no podía sacarme de la mente que permaneceríamos separados por un tiempo. Me alegraba lo que suponía para él esa oportunidad en su trabajo, pero el pensar que no iba a tenerlo cerca de mí... Me estaba destrozando.

—Carla...

Susurró mi nombre; lo dijo con tristeza y supe que intuía en qué estaba pensando.

—Estoy bien. —Mentí, sin negar que tenía razón sobre el rumbo de mis pensamientos, ¿para qué hacerlo?

—Solo será un tiempo, y me duele igual que a ti —dijo con la voz tomada, abrazándome un poco más.

Levanté la cabeza de su pecho y lo miré a los ojos.

—Te voy a echar mucho de menos. —Un par de lágrimas se escaparon de mis ojos sin que pudiera evitarlo.

—No más que yo a ti.

Acercó su boca a la mía y me besó. El beso fue convirtiéndose en algo más, la pasión comenzaba a asomar. Me coloqué encima de él, ambos sin ropa, disfrutando del roce de nuestros cuerpos.

Hicimos el amor lentamente, con ternura, cada beso nos demostraba lo que significábamos el uno para el otro, la necesidad que teníamos de tocarnos, de ser uno solo.

Terminamos y permanecemos abrazados, sin que él saliera de mi cuerpo. Hizo que levantara la cabeza y lo mirara a los ojos, la tristeza en los suyos.

—Prométeme que estarás bien —me dijo tristemente—, será poco tiempo.

—Lo estaré —mentí.

—Y que reirás.

—Lo haré...

Se quedó observándome, como si en mis pupilas pudiera encontrar las respuestas a todos los enigmas de la humanidad.

—Volveré —me dijo antes de volver a besarme y hacerme suya de nuevo y un rato después salir por la puerta.

El pequeño seguía durmiendo plácidamente, no quiso despertarlo. Cuando atravesó la puerta, algo dentro de mí me decía que eso no iba a salir bien; tenía mucho miedo de que algo pudiese enturbiar nuestros planes.

—¡¡¡Buenos días!!! —escuché al pequeño chillar desde la habitación.

Fui hacia allí y estaba con una sonrisa metido aún en la cama.

—Buenos días mi vida —dije mientras me sentaba en el borde de la cama y le daba un fuerte abrazo.

—¿Papa sigue durmiendo?

—No, ya se ha ido a trabajar, pero te ha dado un fuerte abrazo mientras dormías.

—Ojalá esta vez no tarde tanto —dijo esta vez con tono triste.

Lo cogí en brazos, abrazándolo fuertemente y me lo lleve hacia la cocina para prepararle el desayuno.

Luego nos duchamos y nos fuimos a la calle. Mi madre nos estaba esperando para comer. Nada más entrar Quevedo le dio un regalo al pequeño.

Al abrirlo alucinó al ver que era un muñeco de un metro del personaje de *Star Wars*, Luke Skywalker.

—Mira, mamá, ¡qué pasada! Gracias, abuelos —dijo ante el asombro de todos nosotros.

A Quevedo se le caía la baba, no tenía hijos y que ahora este pequeñajo lo llamase de repente abuelo, le hacía poner cara de emoción.

Pasamos el día con ellos. Después de la cena nos fuimos hacia casa a descansar ya que aún no nos habíamos recuperado del viaje tan largo.

Por la mañana me fui con el pequeño al centro comercial Área Sur de Jerez, al pasar por un escaparate de juguetes, el pequeño hizo un comentario que me dejó perpleja e hizo saltar todas mis alarmas.

—Mira, esa pistola es como la de papá.

Miré al pequeño, sorprendida. No podía creer lo que me estaba diciendo.

—Pero la pistola que tiene papá es de mentira como esa —dije para investigar un poco más sobre el tema.

—Nooooooo, es de verdad. La lleva cuando viaja para trabajar, es para defenderse de los malos.

—¿Cómo sabes eso?

—Lo he escuchado muchas veces hablar por teléfono y también he visto cuando la guardaba detrás de su pantalón antes de irse.

Se me empezaron a pasar muchas cosas por la mente, lo primero que esos viajes de los que me hablaba era mentira que fuese en avión, le detectarían el arma del tirón. Sin quererlo, el pequeño volvió a hacer otra revelación.

—Mi papá quiere hacerle algo al que mató a mi mamá.

—¿De qué me estás hablando? ¿Quién te ha contado eso?

—He escuchado hablar muchas veces por teléfono a mi padre, mientras él pensaba que yo dormía.

—¿Qué escuchaste?

—Una cosa que no sé qué es. Trabaja de terrorista con una banda.

En ese momento lo agarré y salí de aquel centro comercial. Creía que me iba a desmayar, sabía que no era nada bueno lo que le estaba haciendo, pero no me podía creer que fuese de esa índole.

Comencé a llorar como una niña chica, no podía evitarlo. Arranqué el coche y volví hacia Cádiz.

Sabía yo que algo había raro, estaba empezando a pensar que me había utilizado para cuidar al pequeño o algo por el estilo, evidentemente mi Mateo no tenía nada que ver, no tenía culpa de lo que le había tocado.

Me había mentido en todo momento, su mujer no había muerto durante el parto, de ser cierto lo que había escuchado Mateo, había muerto asesinada.

Volví a casa ante el asombro de Mateo. Le dije que me encontraba mal y él se conformó enseguida y se puso a ver dibujitos.

Cómo sabía la fecha de nacimiento del pequeño y la muerte de su madre había sido en esos días posteriores después de dar a luz, comencé a buscar noticias de mujer asesinada en esas fechas.

Diez minutos después, ya había encontrado la noticia, hablaba de que había sido asesinada en la puerta del hospital. Le habían dado dos disparos, dos hombres en moto, justo cuando había colocado al bebé en el coche y se iba a meter ella. Se sospechaba que los disparos iban dirigidos al marido que en ese momento estaba de conductor, recogiendo, que no se podía dar más información ya que el caso se encontraba bajo secreto de sumario y las autoridades competentes estaban intentando esclarecer el tema.

¿En qué lío estaría metido Darío para que lo quisiesen asesinar? ¿Sabría su mujer a lo que él se dedicaba? Lo que ya tenía claro era que el trabajo que él me decía que desempeñaba, era toda una mentira, como todo lo que le rodeaba.

Estaba asustada, desilusionada, triste, enrabiada, me habían vuelto a romper el corazón, me había enamorado de quien no debía, había vivido una historia que no tenía nada que ver con la realidad, miraba al pequeño y me daba miedo el futuro que le podía deparar estar al lado de ese hombre, tenía que protegerlo como fuese, estaba empezando a volverme loca.

Me pasé todo el día dando vueltas a la cabeza sobre cómo podía salir de esa; no quería volver a ver en mi vida a Darío. Se me ocurrió investigar sobre su empresa y las oficinas que decía tener en el edificio de Jerez, así que al día siguiente por la mañana me dirigí hacia allí y me atendieron en portería. En la vida habían visto a Darío entrar ahí y mucho menos que tuviese oficina, por más fotos que le enseñase

me decían que estaban seguros de que ese hombre en la vida había estado en ese edificio y muchísimo menos trabajar.

Me fui arrebatada, cada vez tenía más claro que había estado durmiendo con mi peor enemigo, para colmo, había sentido que era el amor de mi vida. No dejaba de llorar, no podía evitarlo, el pequeño Mateo no dejaba de abrazarme en todo momento, sabía que estaba triste e intentaba consolarme por todos los medios.

Me pasé toda la semana encerrada en casa, los abuelos de Mateo volvieron del viaje y vinieron a recogerlo. El pequeño se fue triste, le costaba mucho trabajo separarse de mí. Para mí también fue muy duro, sabía que posiblemente nunca más volvería a verlo fuera del colegio, me había acostumbrado a verlo como a un hijo, es más, lo quería como si hubiese salido de mis entrañas.

No me atrevía a contarle nada a mi madre, ni siquiera a mi amiga Susan con la que estuve comiendo al día siguiente y solo le conté que había decidido dejar a Darío, que por favor no me preguntase porqué, que se lo contaría más adelante, que ahora mismo me hacía mucho daño hablar sobre ello.

Ella comprendió mi dolor, no me preguntó absolutamente nada, intentó animarme de mil maneras, pero sabía que estaba en el peor momento de mi vida, que de esta me iba a costar recuperarme.

Por la noche, al llegar a casa, decidí mandarle un correo electrónico a Darío.

Quizás te sorprenda mi *email*, jamás te he mandado ninguno, más que nada porque no me gusta molestar, pero ahora mismo era la manera más fácil para poder comunicarte lo que pretendo.

Sé que nunca tuviste oficina en ese edificio de Jerez, en el que siquiera has estado nunca. Pude leer la noticia de la muerte de tu mujer en un tiroteo en la puerta del hospital, no pariendo como me hiciste creer.

He cuidado mucho mi vida como para enterarme de que voy con un tipo que va armado y encima me hace creer que es intermediador, quizás se te olvidó decirme que intermediabas como todo un terrorista.

No vuelvas a acercarte a mí, ni siquiera para preguntarme en el colegio por el pequeño, en este momento cuando te envíe el *email* te bloquearé de todas las formas de contacto que puedas tener conmigo, no abriré ningún mensaje ni nada que venga de alguna parte desconocida, quiero decirte que no me podrás convencer de ninguna de las maneras, no eres el hombre que creía y del que me enamoré, y el que eres, créeme que no me interesa. Si te acercas a mí tomaré todas las medidas necesarias sin que me tiemble el pulso, la única impotencia que tengo es que tienes en tus manos a una personita que no se merece tener el padre que tiene.

Espero y deseo que no te vuelvas a cruzar en mi camino.

Le di a enviar con el alma en pedazos; en ese momento cerraba la historia más bonita y falsa que había podido vivir en mi vida. Me dio rabia sentir que la vida me volviese a tratar mal de nuevo, llegué a pensar que en otra vida debí ser muy mala para estar allí recibiendo tanto castigo continuo.

Pasé unos días metida en casa, iba a visitar a mi madre para que no sospechara nada; no estaba preparada para contarle aún nada.

La madre de Darío no paraba de llamarme. Yo le ponía excusas para no ir a comer; quería cerrar lo antes posible ese episodio de mi vida. Echaba mucho de menos al pequeño, pero estaba intentando asimilar que ya no lo vería hasta que empezase el curso, sabía que me echaba mucho de menos y que lo iba a pasar muy mal al descubrir que yo ya no tenía nada que ver con su padre, que no iba a poder ser esa mamá que tanto había deseado, para mí iba a ser difícil, lo sentí mi hijo.

Las llamadas de su abuela dejaron de sonar, tenía la certeza de que Darío yo le había comentado algo a ella para que no siguiese insistiendo; era evidente que ya estaba al tanto de que yo sabía toda la realidad de su asquerosa vida. Me sentía mal al saber que había estado con un terrorista, estaba hundida, me parecía todo tan fuerte que era incapaz de afrontar la realidad.

Esa mañana estaba dispuesta a salir a la calle. Salí de la cama y me fui a la cocina a prepararme un buen café, en ese momento estaban dando la noticia en el telediario matinal de que habían detenido en Londres a cinco terroristas que pretendían hacer volar un coche bomba delante del cuartel policial, entre los detenidos había dos franceses y tres españoles de entre treinta y cuarenta años.

No podía creer lo que estaba escuchando, sabía perfectamente que se trataba de él, decía que había pasado a manos de las competencias pertinentes para su extradición, ya que había un acuerdo entre la policía antiterrorista española y londinense, que conjuntamente habían hecho toda la investigación y el proceso, para poder detener a esta banda que llevaban varios años tras su pista.

Me quería morir, encima decían que el andaluz era el cabecilla más importante de la banda, el que preparaba todos los movimientos.

En esos momentos decidí que mi vida debía de cambiar. Por otro lado, sentí alivio al saber que el pequeño iba a estar alejado una temporada de su padre, aunque era doloroso y penoso, era lo mejor que le podía pasar a Mateo.

Me pase todo julio y mitad de agosto arreglando la casa, intentaba salir y aparentar normalidad, no conseguía quitarme el dolor tan grande que sentí en el momento en que me enteré de toda la verdad, me había arrebatado todas las ilusiones, no conseguía que nada tuviese sentido y sobre todo el no ver al pequeño me desgarraba el alma.

Una mañana fui a hablar con mi madre y Quevedo, les conté toda la verdad y, en ese momento, me reveló algo el novio de mi madre que me dejó impactada más aún si cabe.

—Todo lo que nos has comentado y cómo lo descubriste es muy fuerte, pero hay algo que no es cierto, o al menos no concuerda con la historia. Anoche, cuando volvía del hospital, al parar en un semáforo, Darío pasó con Mateo de la mano, les pité y me saludaron sonriendo, así que de los detenidos que hablas, no me coincide que sea él, es más, si consiguió escapar, no iba a estar paseando tan tranquilo por la avenida de

Cádiz.

No podía creer lo que estaba escuchando, aunque no fuera él, todo lo anterior que había descubierto si era real, lo único que tenía la suerte de que no lo habían pillado, pero había vuelto, si yo hubiese mentido en algo en mi *email* ya hubiese venido a buscarme.

Mi madre intentó convencerme de que me fuese una temporada a vivir con ellos, pero le dije que era lo último que me apetecía, que necesitaba estar sola, en ese momento más que nunca.

Los días pasaban y cada vez estaba peor, había perdido algunos kilos y mi estado de ánimo era de lo peor que le podía pasar a una persona, echaba mucho de menos a mi pequeño, pero me quedaba el consuelo de que en breve lo vería en el colegio.

Era lunes por la mañana, mi última semana de vacaciones antes de la vuelta al colegio. Fui a la cocina a desayunar plácidamente, no había conseguido olvidar a Darío y mucho menos a mi pequeño Mateo, pero al menos conseguía respirar más relajadamente. Hubo momentos en que, de la presión en el pecho, parecía que me iba a ahogar, había pasado momentos muy duros, pero aunque aún seguía sintiendo algo muy fuerte por los dos, ya era más llevadero.

Mientras preparaba el café recibí una llamada de mi madre.

—Cariño, tengo que contarte algo, me enteré hace media hora y aún estoy en estado de *shock*, te voy a poner un enlace en el Whatsapp, es de las noticias de última hora.

—Mamá me estás asustando.

—Lee la noticia.

Me colgó el teléfono y en seguida me apareció el mensaje de WhatsApp, le di a abrir al enlace y lo primero que me apareció fue la imagen de Darío y la noticia que marcaría para siempre este momento.

Hasta ahora el jefe encargado de la operación antiterrorista que ha conseguido capturar a la banda terrorista que cometió varios atentados entre ellos el asesinato de su mujer, ha sido galardonado y ha recibido ya su nuevo destino permanente en su ciudad natal, después de pasar varios años detrás de esta banda, en la que se dejó la piel infiltrándose de forma secreta durante varias operaciones a lo largo de Europa para conseguir capturar a los que le arrancaron una parte de su vida.

Tuve que dejar de seguir leyendo, no paraba de llorar, lo había acusado de algo muy grave, dejándome llevar por un comentario de un menor que había interpretado lo que había visto y escuchado a su manera, ya que era muy pequeño y no había entendido el concepto de las cosas.

Me quería morir, aquel mensaje seguro que dejó caos a Darío, jamás me hubiese perdonado que hubiese dudado de él de esa forma tan miserable y encima decirle las burradas que le solté en aquel *email*. Quería salir corriendo a buscarlo y pedirle perdón, al menos intentarlo, aunque sabía que no lo haría, le debió de doler tanto como para no venir a explicarme el porqué de las cosas.

Me reuní con Susan urgentemente. Cuando le conté toda la historia empezó a decirme de todo.

—Ve a su casa ahora mismo, cuélate allí y pídele perdón.

—Lo haría, pero no quiero que me forme un numerito delante de sus padres — dije en tono triste.

—Siempre estás suponiendo, por eso has liado la que has liado, no puedes esperar a que suceda un milagro, tú eres la que has metido la pata, debes ir a dar la cara lo antes posible, has dejado a un hombre destrozado y a un pequeño que no tiene la culpa de nada, te digo la verdad porque te quiero como una hermana y es lo que siento.

—He perdido a dos personas importantes en mi vida, he sido la más injusta del mundo, he causado mucho dolor a esa familia, ¿con qué cara me cuelo yo ahora a hablar de nada?

—Con la que tienes, dame tu móvil —dijo, quitándomelo de las manos.

Temí por lo que fuese a hacer mi amiga, pero yo ya no tenía fuerzas para nada, sabía que en el fondo ella tenía razón, veía como ella no dejaba de escribir por el móvil y cuando terminó me lo entregó para que mirase lo que había hecho.

Le había mandado un WhatsApp a Darío. En ese momento comprobé que ya lo estaba leyendo.

Leí el mensaje varias veces, sabía que él nunca aparecería, pero no vi mal lo que le había puesto, era lo mismo que debía haber hecho yo. Miré a mi amiga y comencé a llorar mientras me ella me abrazaba con fuerza.

—Aunque él no vaya, tú al menos debes intentarlo. Siento mucho todo lo que te ha pasado, solo espero y deseo que a su lado o no, la vida te vuelva a dar la oportunidad que te mereces.

Pasamos todo el día juntas, paseamos por Cádiz, tomamos algo de terraza en terraza, ella intentado por todos los medios consolarme; me sentía demasiado sucia, ese sentimiento me estaba atosigando.

Esa noche no dejaba de mirar las fotos en la *tablet* del viaje a la Riviera Maya y la felicidad que había en el rostro de los tres. ¿Cómo podía haber sido tan imbécil? Ninguna persona podía haber fingido tan bien los deseos que Darío me había transmitido cuando estaba conmigo. ¿Cómo pude dudar?

Por la mañana me levanté después de haber pasado toda la noche desvelándome a cada momento. Me tomé un café mientras lloraba con mucha agonía, sabía que a partir de ese momento iba a estar sola toda mi vida, había dejado escapar a dos personas que me habían enseñado lo que era la felicidad completa.

Fui a comer a casa de Quevedo. Mi madre me había dicho que iba yo o venían a por mí, así que decidí aceptar, así el día se me pasaría más rápido antes de ir a San Antonio, aunque era consciente de que él nunca aparecería.

Me recibieron con un fuerte abrazo, estaban al tanto de todo, incluso de que esa noche lo había citado en aquella plaza.

—Algo me dice que aparecerá —dijo mi madre, sosteniendo mis manos.

—Mamá no, el *email*... no me lo va a perdonar en la vida, si hubiese tenido intención de hacerlo, se hubiese puesto en contacto conmigo desde el primer momento y me hubiese contado la verdad.

—No sé hija, pero si de verdad te ama, estará allí.

—Sí por la más mínima remota idea apareciese, sé que me escucharía por lo correcto que es, pero nunca lo haría con intención de volver conmigo, pero vamos que él no va a aparecer...

—Eso nunca lo sabrás hasta que llegue el momento —dijo Quevedo.

Me pasé toda la tarde con ellos y luego me fui tranquilamente hacia la Plaza San Antonio, sabía que una vez pasada las nueve, cuando él no apareciera, iba a volver a derrumbarme para siempre.

Me senté en un banco que había delante de la iglesia y de repente escuché una voz que reconocí al momento, venía a lo lejos corriendo hacia mí.

—Mamaaaaaaaaá —gritaba Mateo mientras corría hacia mí.

No me lo podía creer, había venido con mi niño. Él venía detrás, andando más lentamente, corrí hacia el pequeño, lo levante en brazos y nos abrazamos llorando los dos.

—Creí que ya no me querías —dijo con lágrimas en los ojos.

—No digas eso, jamás dejaría de quererte, eres la persona más importante en mi vida —dije mientras él me escuchaba, atento, a la vez que Darío llegaba hasta nosotros.

—Gracias por traer al pequeño —dije avergonzada y nerviosa al tenerlo delante.

—Se lo importante que es para ti, quería que lo vieses —dijo mientras se acercaba a mí y me daba dos besos.

—Muchas gracias —dije con un nudo en la garganta y rompiendo a llorar.

—Venga relájate, vamos a ir a tomar algo —dijo, mientras señalaba una terraza en una esquina de la plaza.

Nos sentamos y esperé a que nos trajesen la bebida para empezar a hablar; estaba muy nerviosa.

—Darío quiero pedirte disculpas...

—No hace falta, con que hayas vuelto a aparecer es suficiente —interrumpió Darío ante mi asombro.

—Pero...

—Pero nada, tenías muchas razones para pensar mal, no podía contarte que estaba metido en ese tema ya que corría mucho más riesgo de lo que imaginaba, luego por lo que he ido investigando y sacando a este personaje y lo que pudiste deducir por lo que te contó de la pistola y del trabajo terrorista, era normal que aparecieran las dudas. ¿A quién se le ocurre sacar información a un petardo como este? —dijo de forma simpática mientras me guiñaba el ojo a mí y al pequeño—. Fui una estúpida...

—Bueno, hiciste bien en investigar, comprendo que al saber que yo no tenía

oficinas allí se te pasaran muchas cosas por la cabeza. Me ha costado mucho esperar a que te pusieses en contacto conmigo, llegué a pensar que nunca lo harías.

—He sido de lo peor —dije mientras rompía a llorar.

—Escúchame, he pasado una época muy dolorosa en mi vida. Por fin he conseguido enterrar a los que asesinaron a mi mujer en un acto de cobardía hacia mí, eso no sustituirá el daño tan grande que provocaron en mi familia, pero yo podré seguir mi vida, esa que hasta ahora no podía continuar sin conseguir cerrar este capítulo. Quiero ser feliz, quiero que los tres lo seamos, no quiero volver a hablar del pasado, quiero vivir el presente, nuestro presente —decía mirándome fijamente a los ojos y acariciando mi mano, mientras yo lloraba sin poder parar de hacerlo.

En ese momento comprendí que sí que era el hombre del que me había enamorado, ese por el que mi corazón comenzó a vibrar desde el minuto uno, ese que me había cuidado y dado los momentos más bonitos e importantes de mi vida, ese con el que quería pasar el resto de mi vida.

Epílogo

—Di pa-pá. Venga...

Estaba de brazos cruzados, apoyada en el quicio de la puerta, mirando divertida la escena que tenía delante de mí.

—¿Mamá? —susurró Mateo.

Bajé la mirada hasta mi pequeño y elevé las cejas, en silenciosa pregunta.

—¿Está haciendo lo que creo que está haciendo? —preguntó de nuevo, con el ceño fruncido y mirándome alucinado.

Me mordí el labio para evitar reír, pero era para hacerlo. Asentí con la cabeza, hice un gesto como dando a entender que estaba loco y Mateo puso los ojos en blanco.

Volvimos a mirar al frente, a Darío. Estaba de pie junto a la cuna de la pequeña Lucía. Aún no tenía ni tres meses y su padre ya intentaba hacerla hablar.

—Venga, queda poco para que lo digas, tú eres lista —insistía él—. Pa-pá.

—Creo que no trabajar tanto le está afectando —dijo Mateo, repitiendo las palabras que yo le decía en ocasiones a su padre cuando me sacaba de quicio o bromeaba con él.

Estallé en carcajadas, Darío miró hacia la puerta y nos miró muy serio.

—¿Desde cuándo estáis ahí? —preguntó.

—¿En serio intentas que diga papá? —Mateo no se callaba una.

—Tú lo dijiste pronto. —Darío se cruzó de brazos, cabezota.

—Papá, es una bebé, no sabe hablar —le explicó, como si su padre no diera para más.

—Es una buena forma de crear un vínculo padre hija. No seas tan sabelotodo.

—¿Papá?

—¿Sí?

—Estás fatal. —Mateo se fue, negando con la cabeza. Estaba claro que su padre lo superaba en ocasiones.

Me separé de la puerta, me acerqué a mi marido y le di un beso sin poder parar de reír.

—Es demasiado adulto a veces —dijo refiriéndose a Mateo.

—Lucía le ha hecho sentirse diferente, ahora es su hermano mayor, pero se le pasará. ¿Estás bien? —pregunté.

—Sí, solo vine a saludarla. La escuché llorar.

Miré a mi pequeña, con el dedo en la boca y sus ojos cerrándose por el sueño.

—Darío, lloraría porque no la dejas, eres un cansino —reí.

—Solo intento no perderme nada —dijo mirándome serio—, como me pasó con Mateo.

Nunca había pensado en eso, pero ahora entendía ese afán de estar cerca de nuestra hija veinticuatro horas.

—Cariño, yo sigo aquí, Mateo te adora, tu hija está bien. Deja el miedo, solo disfrútalo y perdónate.

—Lo hice hace tiempo, no me reprocho nada, pero quiero disfrutar de mi familia el máximo tiempo posible.

—Si es así como dices, me parece bien. —Le di otro beso—. ¿Una copa de vino?

—Por supuesto. —Sonrió.

Nos quedamos unos minutos más allí hasta que Lucía se durmió. Fuimos al salón, abrimos una botella de Rioja y nos sentamos en el sofá, disfrutando de nuestra mutua compañía.

—¡Papá!

El grito de Mateo nos alarmó y salimos corriendo a su dormitorio, asustados.

—¿Qué pasa? —preguntamos a la vez, entrando en su dormitorio.

—He perdido —dijo señalando la televisión, estaba jugando a un videojuego.

—Joder, Mateo, me vas a matar de un susto —refunfuñó su padre—. Y claro que has perdido, eres muy malo.

—No soy malo, solo necesito un poco de ayuda —dijo el pequeño enfadado.

—Chico... Te voy a convertir en el mejor jugador. —Darío ya se acercaba a su hijo a la vez que remangaba su camisa.

Sonreí observándolos jugar. Todos los días la misma historia, pero me encantaba hacerlo. Los dejé solos, miré que Lucía siguiera dormida y que no se hubiera despertado con el grito de su hermano y me volví a sentar en el sofá con mi copa de vino.

Suspiré, sin dejar de sonreír.

Habían pasado tres años desde que Darío me perdonara y contara toda la historia con pelos y señales. Ahora estábamos casados y éramos padres de dos hermosos niños. De dos, porque Mateo era para mí tan hijo como Lucía.

El pequeño me adoraba tanto como yo a él, pero no como a su hermana, era auténtica devoción lo que tenía con ella. Desde el momento en que la vio, fue como amor a primera vista, se convirtió en su salvador. Pero eso le hacía chocar con su padre por pelearse la atención de la pequeña.

Pero todo era perfecto, el amor había llegado a nuestras vidas. Darío había decidido aceptar otro puesto dentro de la Policía donde no corría tanto riesgo, en las oficinas, y aunque a veces echaba de menos el trabajo de campo, decía que nosotros, su familia, éramos lo más importante. Lo demás era solo eso, trabajo.

Yo jamás pensé que se pudiera ser tan feliz, pero mi marido y mis hijos me demostraban cada día que sí lo era.

Di un sorbo a mi copa y miré por la ventana. Empezaba a anochecer, otro día que se iba, otro día más de felicidad vivido. Pero sabía que al día siguiente me levantaría con ganas, mi familia se merecía eso y más...

Agradecimientos.

A Teresa de Ediciones Kiwi por haberme dado la oportunidad de publicar este libro.

A Patrick Norton y Mónica Hoff por acompañarme en tantos momentos de esta aventura literaria.

Y a ti, lector, porque sin ti nada de esto sería posible.